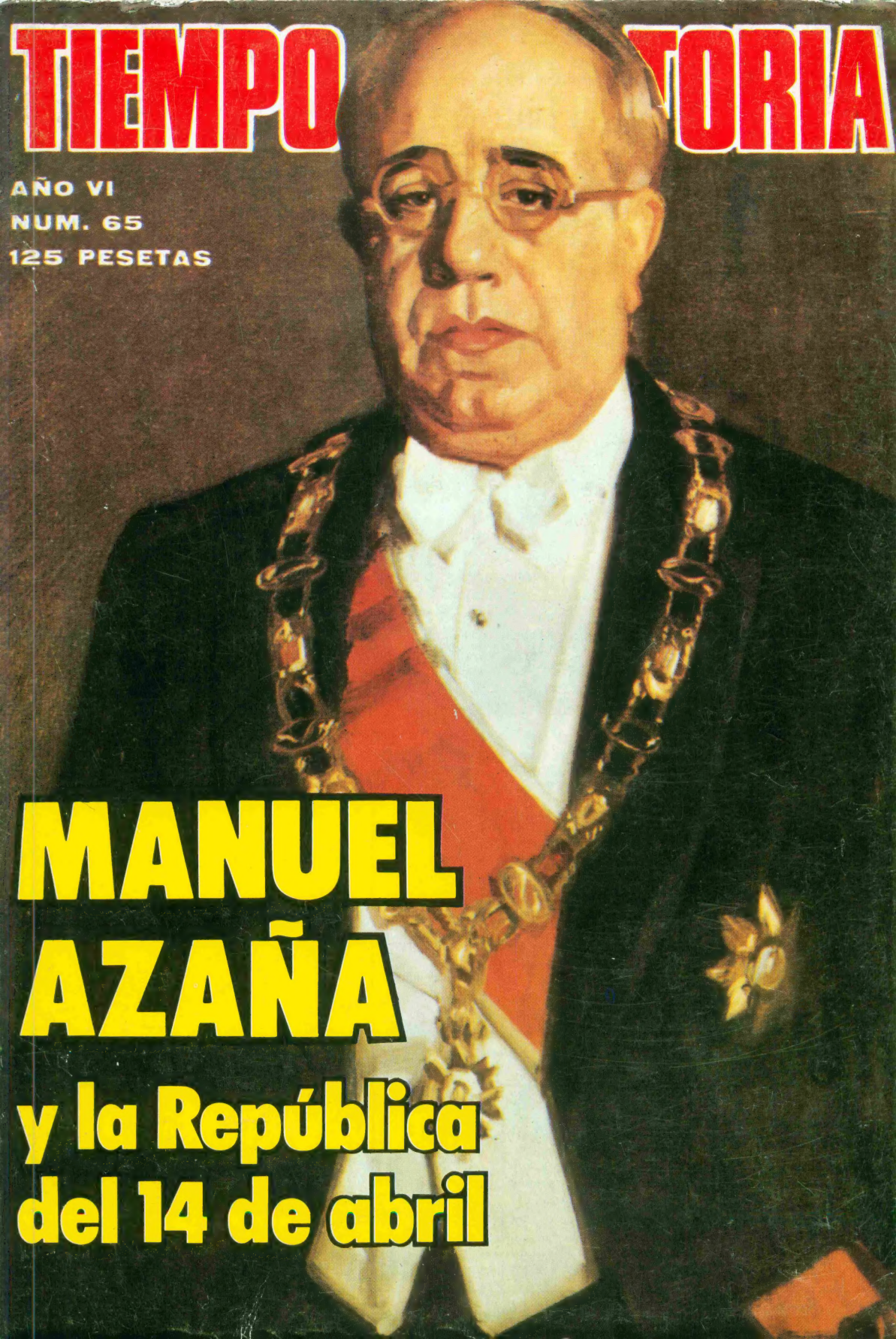
TIEMPO TORIA

AÑO VI
NUM. 65
125 PESETAS



MANUEL AZAÑA

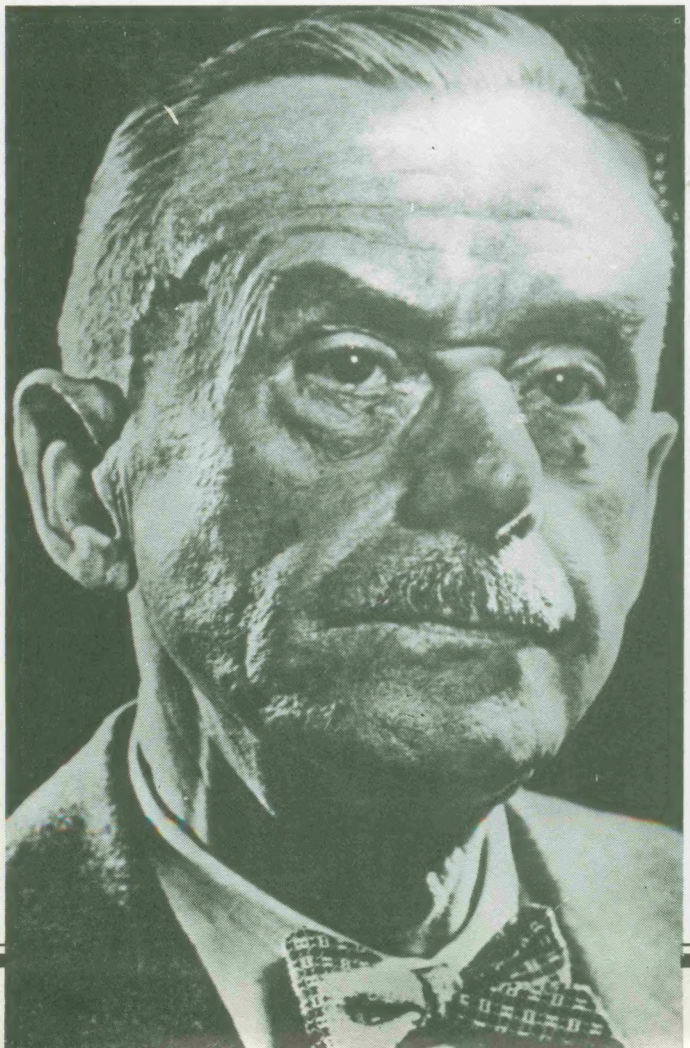
y la República del 14 de abril

EN ESTE NUMERO DE

Heleno Saña

Cultura y barbarie:

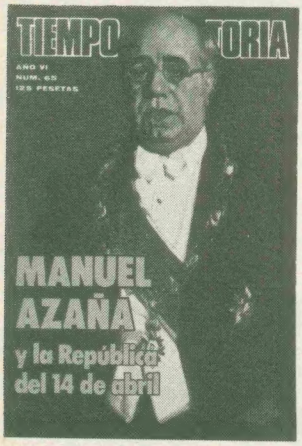
Los intelectuales alemanes y el Tercer Reich



Thomas Mann (1875-1955). Premio Nobel de Literatura en 1929.

SUMARIO

AÑO VI • NUM. 65 • ABRIL 1980 • 125 PESETAS



PORTADA: La figura histórica de quien encarnó, durante los años amargos de la guerra civil, á la Nación, en su doble vertiente de Jefe del Estado legítimo y conciencia viva de su pueblo, adquiere las auténticas proporciones de un hombre de Estado, acaso el único (con la excepción de Canalejas) de lo que va de siglo en España. (Azaña, cuadro de López Mezquita, propiedad de The Hispanic Society of America, Nueva York).

EL 14 DE ABRIL EN MADRID: La alegría con que acogió la mayoría del pueblo español la proclamación de la República, en aquel ya nostálgico 14 de abril de 1931, queda reflejada en esta portada de «Nuevo Mundo».

© TIEMPO DE HISTORIA 1980. Prohibida la reproducción de textos, fotografías o dibujos, ni aun citando su procedencia.
TIEMPO DE HISTORIA no devolverá los originales que no solicite previamente, y tampoco mantendrá correspondencia sobre los mismos.

Págs.

AZAÑA, MEMORIA VIVA DE ESPAÑA, por María Ruipérez 4-27

MANUEL AZAÑA: ESCRITOR Y CRITICO, por Francisco Caudet 28-35

EL 14 DE ABRIL EN MADRID, por Carlos Sampelayo 36-43

HABLA JULIO ALVAREZ DEL VAYO, por Abel Paz 44-49

MARTINEZ ANIDO, EL TERROR EN BARCELONA, por José M.ª Morrerés Boix 50-61

A LOS TREINTA AÑOS DE SU MUERTE: LEON BLUM, HUMANISTA Y POLITICO, por José M.ª Solé Mariño 62-77

CULTURA Y BARBARIE: LOS INTELECTUALES ALEMANES Y EL TERCER REICH, por Heleno Saña 78-93

ESPAÑA 1950: Selección de textos y gráficos por Fernando Lara y Diego Galán .. 94-107

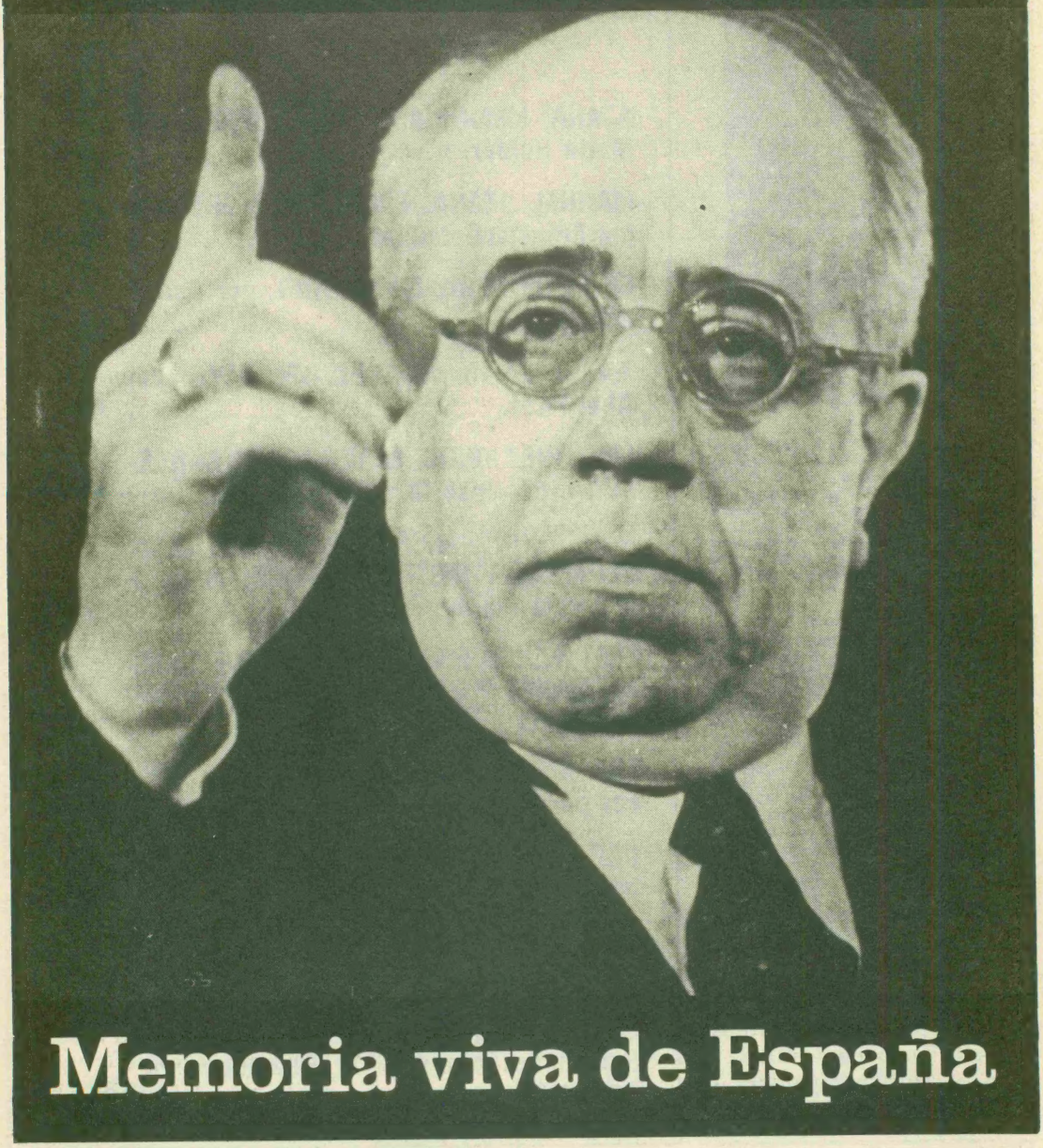
CARO BAROJA Y EL PUEBLO SAHARAUI, por Pedro Vaquero 108-113

JOSE MORENO VILLA, POETA. LA HISTORIA EN MARCHA, por José Miguel Naveros 114-123

LIBROS: La gestación de una crisis; La España de Fernando VII; Rebeldes a la República 125-129

DIRECTOR: **EDUARDO HARO TECGLEN,** SECRETARIO DE EDITORIAL: **GUILLERMO MORENO DE GUERRA,** CONFECCION: **ANGEL TROMPETA.** EDITA: **PRENSA PERIODICA, S. A. REDACCION, ADMINISTRACION Y DISTRIBUCION:** Plaza del Conde del Valle de Suchil, 20. Teléfono 447 27 00, MADRID-15. Cables: Prensaper. **PUBLICIDAD:** REGIE PRENSA. Joaquín Moreno Lago, Rafael Herrera, 3, 1.° A. Teléfonos 733 40 44 y 733 21 69. MADRID-16 y Emilio Becker, Av. Príncipe de Asturias, 8, pral. 1.ª. Teléfonos 218 42 55 y 218 41 71. BARCELONA-12. **DISTRIBUCION:** Marco Ibérica, Distribución de Ediciones, S. A. Carretera de Irún, Km. 13,500. MADRID-34. **IMPRIME:** Editorial Gráficas Torroba. Polígono industrial Cobo Calleja. Fuenlabrada (Madrid). Depósito Legal: M. 36.133-1974. **ISSN** 0210-7333. **SUSCRIPCIONES:** Ver página 130. **EJEMPLARES ATRASADOS:** 125,— Ptas. Las peticiones de ejemplares de números atrasados deberán ser acompañadas por su importe en sellos de correos.

Manuel Azaña:



Memoria viva de España

(A mi padre, hombre bueno, liberal y alcalde de Izquierda Republicana en 1936).

María Ruipérez

«ES obligación moral, sobre todo de los que padecen la guerra, cuando se acaba como nosotros queremos que se acabe, sacar de la lección y de la musa del escarmiento el mayor bien posible, y cuando la antorcha pase a otras manos, a otros hombres, a otras generaciones, que se acordarán, si alguna vez sienten que les hierve la sangre iracunda y otra vez el genocidio español vuelve a enfurecerse con la intolerancia y con el odio y con el apetito de destrucción, que piensen en los muertos y que escuchen su lección: La de esos hombres, que han caído embravecidos en la batalla luchando magnánimamente por un ideal grandioso y que ahora, abrigados en la tierra materna, ya no tienen odio, y no tienen rencor, y nos envían, con los destellos de su luz, tranquila y remota como la de una estrella, el mensaje de la patria eterna que dice a todos sus hijos: Paz, Piedad, Perdón» (1).

En plena guerra civil, en su prólogo a los discursos pronunciados por Azaña durante la contienda, anunciaba Antonio Machado que el nombre del entonces Presidente de la República «quedará en la historia con una significación universal y como una enseñanza inolvidable». Durante casi cuarenta años, la propaganda franquista, con su sistemática campaña de denigración del período republicano, y en especial de su figura más destacada, intentó impedir que se cumpliera la profecía del poeta. Y sin embargo, en 1980, cuando se cumple el centenario del nacimiento de Azaña, a cuarenta años justos de la fecha de su muerte, la frase de Machado sigue manteniendo todo su valor. Dejando de lado las diferencias ideológicas y las discrepancias políticas, nadie puede ya negar que Manuel Azaña fue la máxima figura política del primer tercio de nuestro siglo; y no sólo eso: también la culminación del liberalismo español de la Edad Contemporánea.

(1) Manuel Azaña: **Los españoles en guerra** *(Discurso en el Ayuntamiento de Barcelona, de 18 de julio de 1938), en* **Obras Completas** *(Ediciones Oasis, México 1967, 4 vols.), tomo III, pág. 378.*

DON Manuel Azaña y Díaz nació en Alcalá de Henares el 10 de enero de 1880, en el seno de una familia de larga tradición liberal. Su bisabuelo había proclamado en Alcalá la Constitución de 1820, y como consecuencia de ello, su familia había sufrido el ataque de las «desalmadas turbas» realistas la noche de San Lorenzo de 1823; y este incidente seguía vivo en la tradición familiar sesenta años más tarde: «El niño Manuel Azaña —dice Marichal— creció en una casona otrora asaltada por la turba antiliberal, y en él quedará siempre el recuerdo de esa herida histórica».

Huérfano desde muy niño —su madre murió cuando Azaña tenía nueve años, y su padre un año después—, su infancia en la casona de Alcalá, bajo la autoridad de sus tías, estuvo marcada por la soledad y la tristeza. Tampoco su adolescencia sería más feliz: en 1893, cuando contaba 13 años, su familia decidió enviarle a estudiar a la Universidad M.ª Cristina, o Real Colegio de Estudios Superiores, fundada por los agustinos de El Escorial, donde pasaría cuatro años, sometido a las coacciones propias del ambiente clerical, que el mismo Azaña plasmó más tarde en su novela autobiográfica **El Jardín de los Frailes**, escrita en 1920 (2).

En este ambiente surgió la vocación literaria de Azaña, que le acompañaría el resto de su vida. En 1897 y 1898 escribió en la revista **Brisa del Henares** sus primeros artículos, firmados con el seudónimo de «Salvador Rodrigo», que más tarde emplearía en otras ocasiones. Por fin, en 1898 Azaña se trasladó a Madrid para realizar sus estudios de doctorado en la Universidad Central, que culminaron con la presentación, dos años más tarde, de su tesis doctoral titulada **La responsabilidad de las multitudes**, que obtuvo la calificación de sobresaliente. Sus primeras relaciones con la política comienzan poco después: como el propio Azaña recuerda en sus **Memorias**, en el bufete de don Luis Díaz Cobeña, uno de los «más importantes de Madrid» en aquella época, en el que trabajaba de pasante, conoció a quien sería el primer Presidente de la República española, don Niceto Alcalá Zamora. Pero su dedicación principal seguía siendo el trabajo intelectual: además de escribir de 1901 a 1903 en la

(2) No vamos a detenernos aquí en el examen de la actividad literaria de Manuel Azaña, analizada en este mismo número por F. Caudet.

Manuel Azaña a los veinte años.

revista **Gente vieja**, con el seudónimo de «Salvador Rodrigo», frecuentó en estos años la Real Academia de Jurisprudencia, y ya en 1902 pronunció en ella un discurso sobre «La libertad de asociación», fiel reflejo de las preocupaciones que permanecerán durante toda su vida política. Esta vocación intelectual, nutrida constantemente con copiosas lecturas, y reflejada en sus primeros artículos, será en último extremo la causa de su decicación final a las tareas políticas: «En Azaña —Escribe su mejor estudioso, Juan Marichal— el "hombre interior" y el hombre de acción son inseparables, el uno se transforma constantemente en el otro. Es más, Azaña veía su destino personal íntimamente ligado al de la sociedad española: y por lo tanto la actividad política había de ser, simultáneamente, realización de la persona y transformación de la vida nacional» (3).

TRES VIAJES A FRANCIA

En el otoño de 1911, Azaña consiguió una beca de la Junta de Ampliación de Estudios para investigar sobre Derecho civil en París. Durante su estancia de un año en la capital francesa, y deslumbrado por su cultura, publica en **La Correspondencia de España**, bajo el seudónimo de «Martín Piñol», una serie de artículos titulados «Notas de París». París ha calado profundamente en el ánimo de este español de 31 años, a diferencia de otros intelectuales de su generación influidos fundamentalmente por la cultura alemana: desde ahora será «su gran amor intelectual» (como escribe Giménez Caballero) (4).

Seis años más tarde, en 1916, Azaña viajó por segunda vez a Francia con un grupo de intelectuales, para visitar los frentes de guerra. A su regreso a España, dedica una serie de conferencia en el Ateneo a temas militares franceses, y redacta su libro **Estudio de Política Francesa contemporánea: I. La Política Militar**, publicado en 1919 como primer volumen de una obra en tres partes, que no llegaría a completar. Su admiración por el Ejército francés de la Tercera República, concebido como «una institución eficaz y una garantía de libertad» es, precisamente, la raíz de su preocupación por los temas militares, que le convirtió en uno de los pocos civiles españoles con abundantes conocimientos en este campo, como lo demuestra su participación con una ponencia sobre las reformas en el Ejército en el Congreso celebrado por el Partido Reformista en 1928, y más tarde su actuación en el Ministerio de la Guerra de la Segunda República. Sólo la ignorancia puede explicar las críticas injustas de Mola en

(3) *Juan Marichal:* **La vocación de Manuel Azaña.** *(Ed. Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1968), pág. 57.*

(4) *Ernesto Giménez Caballero:* **Manuel Azaña (profecías españolas).** *(Ed. Turner, Madrid, 1975).*

1932: «Entre los señores que constituirían dicho Gobierno era difícil encontrar uno que hubiese dedicado sus ocios a empaparse en materia tan árida y poco grata a los profanos como es el estudio de los problemas castrenses» (5).

Por tercera vez, en 1919, tras su fracaso electoral como candidato a diputado en Puente del Arzobispo, Azaña volvió a Francia, donde permaneció hasta abril de 1920 como corresponsal de **El Fígaro.** En estos meses se dedicó al descanso personal, y a lo que él llamó, en una carta a un amigo de Alcalá, «cura de silencio».

EL ATENEO Y LOS PRIMEROS FRACASOS POLITICOS

En el desarrollo de su personalidad y de su dedicación política juegan un papel fundamental los años que Azaña pasó en el Ateneo, sumido de lleno en la intensa actividad cultural que en el primer tercio de nuestro siglo desarrollaba esta institución. Los testimonios de esta influencia son numerosos: su amigo íntimo, y más tarde cuñado, Cipriano Rivas-Cherif, recuerda que en el Ateneo de entonces se concentraba el ambiente más selecto y liberal del país, de forma que «cumplía la función que llenaron los **clubs** traducidos de Francia en el siglo pasado». Giménez Caballero, por su parte, escribe: «Azaña se acogió al Ateneo —en un principio— con pasión y ensueño de provinciano. Después, como quien ha hecho una cosa suya, la defendió partiéndose el pecho. Asimilándolo, Azaña llegó a ser el Ateneo, y el Ateneo, Azaña. Azaña no se comprende sin Alcalá y sin El Escorial. Pero mucho menos sin el Ateneo» (6). Y el propio Azaña confesaba en sus **Memorias** que en el Ateneo aprendió una de las cualidades políticas más difíciles de conseguir: el arte de la polémica: «Este ejercicio de polemista —escribe— y el hábito de entendérmelas con una muchedumbre que vota es lo que he sacado del Ateneo y que me sirve en la Política. En todo lo demás, nada».

Elegido secretario del Ateneo en febrero de 1913, ante la sorpresa de muchos ateneístas para quienes era un completo desconocido, Azaña puso en práctica muy pronto sus asombrosas dotes organizativas, acabó con el desorden interno y consiguió dar un funcionamiento eficaz a la institución. El Ateneo fue su auténtica escuela política, su punto de contacto con la vida política del momento: «Azaña —dice Marichal— se sabía dentro de una continuidad, se sabía respaldado por todo lo que el Ateneo representaba. Gracias al Ateneo había podido **estar** en la política sin **hacer** política, o mejor dicho sin hacer **carrera** política». Y Giménez Caballero afirma: «Azaña se apoderó del Ateneo como de la mejor escuela política de España. ¡Cuánto aprendió allí! Allí aprendió lo mejor de todo lo que se puede

(5) *Emilio Mola Vidal:* **El pasado, Azaña y el porvenir,** *en* **Obras Completas** *(Librería Santarén, Valladolid, 1940), págs. 1044-45.*

(6) *Ernesto Giménez Caballero:* **Manuel Azaña (profecías españolas),** *pág. 89.*

Aleluyas aparecidas en un periodico satírico de la época con ocasión de ocupar don Manuel Azaña la Presidencia del Consejo de Ministros, en diciembre de 1931. («Vida de Manuel Azaña, que hoy lleva el rumbo de España»).

aprender en política: **esperar la hora**».

Sometido a la influencia ateneísta, Manuel Azaña, cuyo pensamiento político en estos momentos tenía un tinte conservador, dentro de su indudable liberalismo, muy alejado de sus posiciones jacobinas y revolucionarias de los años treinta, se afilió al Partido Reformista de Melquíades Alvarez, y comenzó una carrera en la que durante bastante años sólo cosecharía fracasos. Como otros muchos intelectuales de la época, Azaña intentaba hacer una carrera política «ortodoxa», cercana a las concepciones krausistas de mejorar «desde dentro las instituciones, bajo la jefatura de una minoría dirigente intelectual». Fruto de estas ideas fue la fundación en 1913 de la **Liga de Educación Política**, cuyo manifiesto inaugural estaba firmado por Ortega, Fernando de los Ríos, Gancedo, García Morente y el propio Azaña, entre otros. Pero debido a su polémica con Ortega, este último abandonó muy pronto la Liga para dedicarse a la política activa. Y en 1918, se presentó por primera vez como candidato a las elecciones a Cortes Constituyentes por Puente del Arzobispo (provincia de Toledo), sin alcanzar resultados positivos.

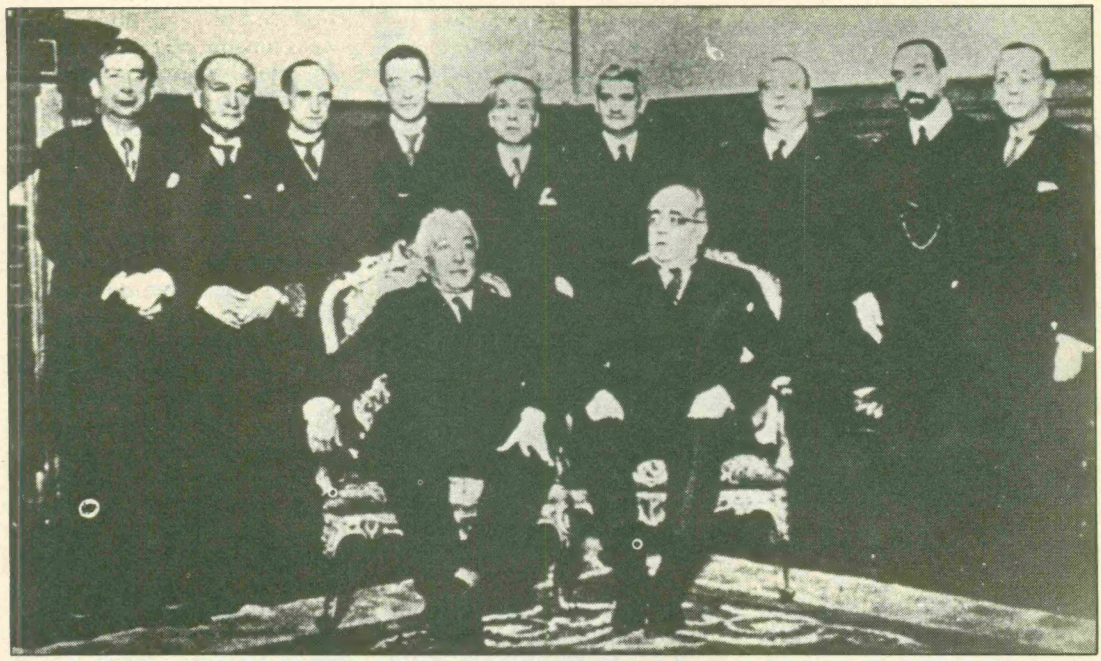
Decepcionado por este fracaso, su reincorporación a la vida intelectual se centró en la revista **La Pluma**, fundada en 1920 por Azaña y Rivas-Cherif, tras su estancia en París. La financiación de la revista fue posible gracias a la ayuda de Amós Salvador; el título era idea de Azaña, lo mismo que el lema que la presidía: «La pluma es la que asegura —castillos, coronas, reyes— y la que sustenta leyes». Entre sus colaboradores se encontraban figuras como Valle-Inclán, Juan Ramón Jiménez, Unamuno, Jorge Guillén, o Pedro Salinas, junto a los cuales los dos fundadores pensaron en incluir en el primer número, «una breve nota cómica» a quienes nunca colaborarían en sus páginas: Ortega, Pío Baroja y Eugenio D'Ors. Aparecida en junio de 1920, con una declaración de principios donde se mostraba la decisión de mantener una línea independiente, en sus páginas se publicó como folletón la novela autobiográfica de Azaña, **El Jardín de los Frailes.** Por desgracia, y como la mayoría de los proyectos de Azaña en estos años, la revista tuvo corta vida: ante su limitada acogida, los fundadores decidieron dejar de publicarla en junio de 1923; a cambio, en enero de este año Azaña había pasado a dirigir la revista **España**, en cuyas páginas expuso su pensamiento político.

Pese al fracaso en las elecciones de 1918, en 1923 Azaña volvió a presentarse como candidato a las elecciones en Puente del Arzobispo, para ser derrotado de nuevo. Parece como si su destino en estos años le llevara a sufrir una derrota tras otra, hasta acostumbrarle a aceptarlas con la mayor tranquilidad: «Para él —dice Rivas— la política no era entelequia ni abstracción. Se podía elegir el hacerla o no; pero si se dedica uno a ella había que aceptar la evidencia de las derrotas» (7).

El golpe de Estado de Primo de Rivera, al poner fin a la vida parlamentaria, acabaría también con esta racha de fracasos. Manuel Azaña esperaba una reacción de repulsa inmediata de la dictadura por parte de su jefe político, Melquíades Alvarez; y ante la pa-

Visita de personalidades españolas al frente italiano, durante la Gran Guerra (1917). De izquierda a derecha: Santiago Rusinyol, Manuel Azaña, Luis Bello, Américo Castro, Miguel de Unamuno y dos oficiales del Ejército italiano.

(7) Cipriano Rivas-Cherif: **Retrato de un desconocido** *(Ed. Oasis, México, 1961), pág. 132. Recientemente, la Editorial Grijalbo ha publicado una reedición ampliada de esta obra (Barcelona, 1980).*



El primer Gobierno Constitucional de la República (14 de diciembre de 1931). De izquierda a derecha: Marcelino Domingo, Francisco Largo Caballero, Santiago Casares Quiroga, Luis de Zulueta, Alvaro de Albornoz, Jaume Carner, Indalecio Prieto, Fernando de los Ríos, José Giral. Sentados: Niceto Alcalá-Zamora y Manuel Azaña.

sividad de éste, a los cuatro días del golpe militar, decidió romper con el Partido Reformista. Se retiraba así de la política «clásica» de la España de principios de siglo, en la que no había cosechado ningún éxito, y con más de cuarenta años empezaba el giro hacia las posiciones radicales típicas de su madurez. Su primer paso fue el rechazo de la monarquía, considerada responsable del golpe militar; frente a ella, la República se convirtió desde este momento en el ideal político azañista.

La expresión teórica de esta nueva actitud republicana y radical —o revolucionaria, según la define Manuel Aragón— se encuentra en los artículos publicados por Azaña en estos momentos en la revista **España.** A su juicio, el fracaso histórico de la corriente liberal en España se debía a su transigencia y a sus compromisos con el poder; frente a esta actitud conformista, sólo la «intransigencia» permitiría el triunfo. En un artículo publicado en diciembre de 1923, Azaña afirmaba: «Habrá que restaurar en su pureza las doctrinas y acorazarse contra la transigencia. La intransigencia será el síntoma de la honradez».

APELACION A LA REPUBLICA (1924-1930)

La conversión de Azaña al republicanismo intransigente se produce en un momento crucial para esta corriente. Los republicanos carecían de un jefe con el suficiente prestigio político, capaz de aglutinar en torno a su figura las fuerzas hasta entonces dispersas, y comenzar un movimiento con suficiente apoyo de masas para derrocar a la monarquía. El «republicano histórico» más conocido, Alejandro Lerroux, estaba ya bastante desprestigiado en muchos sectores para poder llenar ese vacío. Los sucesores empezaron a surgir en torno al núcleo republicano que se reunía en la rebotica de la Farmacia de José Giral, en la calle Atocha; allí acudió Azaña, animado por Martín Jara, a quien había conocido en París años antes. Aunque la actividad del grupo era muy escasa, al menos se publicó un manifiesto en 1924, titulado **Apelación a la República**, del que sólo conocemos una parte incluida en el folleto conmemorativo del aniversario de la Primera República (publicado el 11-II-1926, con motivo de los actos celebrados por Alianza Republicana). El pensamiento político de Azaña está perfectamente reflejado en este texto. La defensa del liberalismo exige un sistema democrático, se dice en él; pero no basta con una «democracia aparente», limitada al sufragio universal. Es necesaria una democracia auténtica, basada en el desarrollo cultural y en una con-

Alcalá-Zamora, presidente de la República, recibiendo el título de Doctor «honoris causa», por la Universidad de Alcalá de Henares (tercero de derecha a izquierda, en la fotografía).

cepción ética de la actividad política: «La democracia no es sólo una organización de garantías expectante, como si dijéramos, una parada de ciudadanos que están arma al brazo en torno a la Constitución para que nadie la maltrate. La democracia es una operación activa de engrandecimiento y bienestar moral. Debemos considerar a la nación como un gran depósito de energías latentes, de obras posibles, que sólo necesitan una buena explotación, aprovechamiento cabal. Es un deber social que la cultura llegue a todos, que nadie por falta de ocasión, de instrumentos de cultivo, se quede baldío. La democracia que sólo instituye los órganos políticos elementales, como son los comicios, el parlamento, el jurado, no es más que aparente democracia. Si a quien se le da el voto no se le da la escuela, padece una estafa. La democracia es fundamentalmente un avivador de la cultura» (8).

El grupo de **Acción Republicana,** aglutinado en torno a esta tertulia, tendría que esperar a la caída de la Dictadura para poder empezar su actividad pública. Es, por ello, en febrero de 1930 cuando encontramos los primeros actos de propaganda política republicana, en los que Azaña comienza a desempeñar un papel destacado. Precisamente, su «primer discurso político con transcendencia nacional» corresponde al banquete organizado por la Alianza Republicana el 11 de febrero de 1930, como conmemoración del aniversario de la Primera República. Bajo el significativo título de **Llamada al combate** (9), su argumentación iba dirigida a demostrar la necesidad de la unión entre los distintos partidos republicanos, para derribar los restos del régimen dictatorial y establecer la república: «La cooperación no es indispensable, con todas las salvedades que se quiera para la personalidad, la disciplina y el programa de los partidos (...). Y la opinión pública, que tiene puestos los ojos en los republicanos, lo primero que nos pide es cohesión y ejemplos de valor cívico». Como en ocasiones anteriores, «la intransigencia» seguía siendo el único medio para el triunfo republicano: frente a toda componenda, Azaña reclamaba «fanáticos de la idea», y no se preocupaba por las posibles acusaciones de sectarismo: «No temáis que os llamen sectarios. Yo lo soy». Estaban ya lejos para él los tiempos del Partido Reformista, del posibilismo y de la defensa de la «accidentalidad» de las formas de Gobierno. El moderado de antaño era ya un jacobino, que tras su elección como presidente del Ateneo en junio de 1930, y en su discurso de inauguración del curso 1930-1931 («Tres generaciones del Ateneo»), definía a su propia generación como «revolucionaria».

AZAÑA, «REVELACION» DE LA REPUBLICA

La agonía del régimen monárquico, que se descomponía a ojos vista tras su complicidad con la Dictadura de Primo de Rivera, y el resurgir de las fuerzas políticas prohibidas por el Dictador y de las esperanzas de un cambio político radical, favorecieron el acercamiento entre los distintos grupos republicanos, tan reclamado por Azaña. Las reuniones de los líderes republicanos y socialistas en San Sebastián, en el verano de 1930, llevaron a la fundación de un Comité Revolucionario, que se convirtió en Gobierno Provisional de la Segunda República española el 14 de abril de 1931.

Desde una perspectiva histórica actual, resulta difícil explicar la vertiginosa ascensión al liderazgo republicano de un hombre que hasta este momento había sido práctica-

(8) «Apelación a la República», en **Obras Completas,** *T. I, pág. 555.*

(9) Este discurso, junto con otros de temas políticos pronunciados por Azaña de 1930 a septiembre de 1932, está recogido bajo el título de **Una política** *en el tomo II de las* **Obras Completas.**

mente un desconocido en la política del país, cuyas actuaciones políticas anteriores habían conducido a sucesivos fracasos, y que a sus 50 años no contaba con un pasado equiparable al de otros dirigentes republicanos, como Marcelino Domingo o Alvaro de Albornoz, por no citar al «histórico» Alejandro Lerroux. Pero lo cierto es que en sólo unos meses este desconocido irrumpiría como un vendaval en el universo político, desplazando a los líderes clásicos del republicanismo, hasta acabar convirtiéndose en la encarnación misma del régimen republicano. Este ascenso vertiginoso asombraría incluso a sus enemigos políticos más directos: «Cuando se formó el Gobierno del 14 de abril —escribió José Antonio Primo de Rivera— una de sus figuras menos conocidas por la multitud era la del Ministro de la Guerra. A las demás se les conocía de sobra, y —fuera, si acaso, de los socialistas— no parecían prometer mucho: llegaban al Gobierno con una vejez de estilo desconsoladora». Para el líder falangista, autor de esta descripción, la aparición de Azaña, en cambio, «parecía el augurio de un cambio de estilo», y ésta fue la razón de su éxito inmediato: «Azaña no era popular: era un intelectual de minoría, un escritor selecto y desdeñoso, un dialéctico exigente, frío, exacto y original. Desde que había surgido ante las candilejas de la actuación pública resonante se había mostrado como aparentemente libre de la mediocridad colectiva y como absolutamente despectivo para las aclamaciones. Era, sin duda, un ejemplar político del mayor interés, un hombre llegado al primer puesto de mando casi sin compromisos ni esfuerzos, en una época singularmente propicia y que preparaba el instrumental para recortar a su pueblo a su talante. Los viejos radicales y radical-socialistas no tenían nada que revelar; este ateneísta arisco y misterioso podía acaso realizar experiencias sorprendentes» (10).

El primer testimonio de este ascenso se encuentra en su participación, el 29 de septiembre de 1930, en el mitin republicano de la plaza de toros de Madrid. Su cuñado escribe: «Nadie —ni aun los mismos amigos fieles a mi cuñado, y yo el primero, con todo

(10) José Antonio Primo de Rivera: «Azaña. La revolución, ocasión de un César», en **Textos de doctrina política** *(Ed. Almena, Madrid, 1971), págs. 670-671.*

Don Manuel Azaña, saliendo de su domicilio de la madrileña calle de Serrano, en la mañana del 10 de mayo de 1936, camino del Congreso donde sería investido como Presidente de la República. (En la fotografía, detrás del Presidente, se puede distinguir al entonces ministro de Estado, don Claudio Sánchez-Albornoz).

y con estar seguros de que no había mejor definidor que él—, nadie acertó a creer, por mucho que lo deseara, que el acontecimiento de aquella reunión primera, **la revelación de la República** (...) fuese el secretario del Ateneo, que mi cuñado había vuelto a ser». En su discurso, Azaña trazó una vez más las líneas definitorias de su pensamiento liberal: «La voluntad popular —dijo— se reduce a esto: no más tiranos, no más despotismo; a todo trance queremos libertad». Por primera vez, hizo un llamamiento público a los socialistas para su unión con los partidos republicanos, «acallando las disputas de clase» en beneficio del triunfo de la República deseado por todos: «La República —afirmó— le es tan necesaria al proletariado como a la burguesía liberal, pero nosotros no tenemos el pensamiento ni los socialistas tienen ahora la ambición de que nuestra fuerza común concluya en una República socialista. Pensamos en una República burguesa y parlamentaria, tan radical como los republicanos más radicales consigamos que sea, si tenemos opinión y votos para ello». Precisamente esta República burguesa permitiría, en su opinión, paliar los conflictos de clase y conseguir la justicia social deseada por el proletariado, favoreciendo así a todos los españoles, sin distinción de ideologías o posiciones sociales. La intransigencia, predicada por él durante años, se reflejaba también en las frases finales de su primer discurso en un acto de masas: «Seamos hombres decididos a conquistar el rango de ciudadanos o a perecer en el empeño. Y un día os alzaréis a este grito que resume mi pensamiento: ¡Abajo los tiranos!» (11).

(11) Manuel Azaña: **Una política,** *en* **Obras Completas,** *T. II, págs. 13-17.*

De acuerdo con este planteamiento, la gran preocupación política de Azaña en aquellos meses fue conseguir la coalición con los socialistas. Un pograma basado en la satisfacción de las reivindicaciones sociales más apremiantes, y en especial en la realización de una reforma agraria radical, era a su juicio suficiente para dar entrada en la coalición al sindicato socialista, la UGT, y atraer los votos necesarios para derribar a la monarquía. De hecho, la participación socialista en las reuniones del Comité Revolucionario —celebradas en el Ateneo para evitar sospechas de la policía— serviría, como Azaña esperaba, para la aprobación de las líneas generales del programa político del primer Gobierno de la República: convocatoria de Cortes Constituyentes; promulgación de leyes sobre los derechos individuales de la persona; separación de la Iglesia del Estado; reforma del Ejército; reforma agraria; enseñanza laica; estatuto del trabajo, etc.

Tras el pronunciamiento militar de Jaca, Manuel Azaña, como otros republicanos tuvo que esconderse para no caer en manos de la policía. Sus cambios de domicilio hasta el 14 de abril fueron frecuentes, y guardados en el secreto más absoluto; y su encierro en estos meses le sirvió para comenzar a escribir su novela **Fresdeval.** De él le sacaría el aviso del Comité Revolucionario el 13 de abril, una vez conocidos los resultados electorales, para que acudiera al domicilio de Miguel Maura, donde entró como un particular, y de donde salió al día siguiente convertido en Ministro de la Guerra de la recién proclamada República española. Pese a lo cual, el «frío y desdeñoso ateneísta», al decir de José Antonio, no mostró emoción alguna ante el cambio; es más, su primer comentario fue: «Un mes más de encierro, y terminaba la novela».

ORADOR, MINISTRO Y PRESIDENTE DEL GOBIERNO: EL BIENIO AZAÑISTA

La primera sorpresa para muchos de los componentes de las primeras Cortes republicanas fue el descubrimiento del más grande orador parlamentario de su época. Según explica Marichal: «Pocos oradores habrá habido en los Parlamentos europeos del siglo y medio 1789-1939 que hayan sabido combinar, con tanta maestría como Manuel Azaña, la soltura de la improvisación con la corrección lingüística más acentuada, la presencia de ánimo con la "elegante ingenuidad" de que hablaba Maura. Azaña era manifiestamente un orador "nato": mas sólo en las Cortes Constituyentes realizó por vez primera su vocación» (12). Y esta opinión se ve corroborada con el juicio de un contemporáneo y adversario político de Azaña, Luis Araquistáin: «Estemos o no de acuerdo con todas las ideas del orador, en un punto nos cautiva por completo: en la sugestión estética de su lenguaje. Hacía mucho tiempo —si es que se dio alguna vez— que no se hablaba un lenguaje político así en España. Su palabra es con frecuencia popular, pero nunca plebeya o chabacana, y cuando es también, con frecuencia, literaria, jamás da la impresión de rebuscamiento ni de pedantería, sino de algo espontáneo y consubstancial con el orador...». No era la

(12) Juan Marichal: **La vocación de Manuel Azaña,** *pág. 178.*

Con ocasión de la celebración del primer aniversario de la proclamación de la República, doña Dolores Rivas Cherif de Azaña, esposa del Presidente del Consejo de Ministros, entrega una bandera a un regimiento de Artillería. (A la izquierda de la foto, don Manuel Azaña).

suya una oratoria demagógica, en busca de las frases y latiguillos aptos para conseguir el aplauso: «Azaña —sigue diciendo Araquistáin— es leal a la naturaleza antihistriónica de su carácter, más de autor, de creador que de actor, de representador. Azaña no ha sabido o no ha querido saber representar comedias políticas, porque la política es para él un gran drama, mientras para los demás políticos, para la mayoría, es una comedia. Ese es, a la vez, su gran drama personal: que no se le deja tomar dramáticamente la política» (13). Las **Memorias** de Azaña recogen, por su parte, comentarios del propio protagonista sobre sus actuaciones como orador parlamentario, que confirman estas apreciaciones ajenas. Refiriéndose a su intervención del 16 de septiembre de 1931, en defensa del artículo primero de la Constitución, señala: «Cuando me levanté a contestarle (a don Santiago Alba) ya estaba yo seguro de la situación. Hablé con el salón de bote en bote, y en medio de un silencio sepulcral. No había en la sala los molestísimos ecos que advertí en otras dos veces que he hablado brevísimamente. Y el oírme bien, así como la expectación general, me pusieron en mi terreno. Me encontré tan dueño de mí y del auditorio como en el Ateneo. Hablé muy poco tiempo, con el asentimiento de todos, y desde el primer momento hallé el tono parlamentario, y el aplomo y la tranquilidad que habían faltado durante la sesión». Su actitud es similar en la sesión de Cortes del 13 de octubre, en la que se levantó a hablar en defensa de la aprobación del artículo 26 de la Constitución: «Como siempre que rompo a hablar, yo estaba absolutamente sereno y tranquilo; hubiera podido entretenerme en decir chistes». Gracias a esta facilidad, y al éxito constante de sus intervenciones, solamente durante el primer bienio, Azaña pronunció más de 70 discursos, recogidos en sus libros **Una política** y **En el poder y en la oposición.**

Pero no sólo como orador destacó Azaña. Su papel como ministro de la Guerra tendría, al menos momentáneamente, una repercusión aún superior. Basándose en sus estudios de la década de 1910, Azaña se lanzó a una reforma del Ejército que le permitiera ponerse al servicio de la democracia y del régimen republicano. Para realizar esta transformación

(13) Luis Araquistain: «La utopía de Azaña», **Leviatán**, *núm. 5, septiembre de 1934, págs. 19-20.*

Don Manuel Azaña, presidente del Consejo de Ministros de la República, con Francesc Maciá, presidente de la Generalidad de Cataluña.

de importancia decisiva para el futuro sistema político, era necesario enfrentarse a las arcaicas estructuras militares. El primer paso consistió en reducir los efectivos del Ejército a la mitad, dada la superabundancia de oficiales; pero para evitar una animadversión a la República del cuerpo militar, Azaña decretó el pase voluntario a la reserva de los oficiales que quisieran hacerlo, con el sueldo íntegro. Según sus **Memorias**, tras la publicación de este decreto, de 22.000 oficiales quedaron 8.000; de 16 divisiones se pasó a 8; desaparecieron las capitanías generales sustituidas por comandancias (Azaña afirmó ante las Cortes: «El capitán General, en las regiones españolas, era el heredero del virrey»); y de más de 50 generales de división, sólo quedaron 21. Pero no se trataba sólo, como a veces se ha dicho, de destruir al antiguo Ejército, heredero de los fracasos coloniales y dominado por el militarismo, sino también de construir un nuevo Ejército, dotado con material moderno y con conocimientos técnicos adecuados. Y sobre todo, de crear un Ejército dispuesto a defender el orden republicano, como el mismo Azaña explicó en su discurso en las Cortes el 2 de diciembre de 1931:

«Yo tengo la convicción en el orden político —dijo— de que España no tendrá un Ejército arraigadamente adicto, no a la institución republicana precisamente, sino a los orígenes morales, económicos y sociales productores de la República, mientras no se saque a la oficialidad de la clase humilde, porque, sin agravio para nadie y sin poner en duda la lealtad de nadie, hasta ahora el oficial español ha venido reclutándose en la clase media; procede de unos hogares, de una posición social donde, por regla general, y salvando todas las excepciones que sea menester, no se oía hablar de la República, y si se ha oído hablar de ella no ha sido bien» (14).

La magnífica obra de Azaña desde el Ministerio de la Guerra no consiguió la adhesión esperada por él, sino que tropezó con el odio visceral de la oficialidad. En las **Memorias** se habla continuamente de la difamación con que le obsequiaron ciertos oficiales, de las amenazas y rumores de golpe militar, de sublevaciones esporádicas en las guarniciones, de contactos entre militares significativos y elementos monárquicos; e incluso aparecen mencionados ya los nombres de algunos posibles generales golpistas: Sanjurjo, Goded, Millán Astray y Franco. Para Azaña, ninguno de ellos tenía la suficiente personalidad para llevar a cabo con éxito un golpe militar contra la República, excepto uno, Francisco Franco: «Franco —escribe— es el único temible». Por su parte, el malestar entre los altos mandos ha quedado reflejado en múltiples testimonios: desde las acusaciones de Mola a «la política de trituración militar», fruto de los «senti-

(14) Manuel Azaña: «Política militar: líneas generales de las reformas de guerra y creación del cuerpo de suboficiales» (Discurso pronunciado en las Cortes el 2-XII-1931), en **Obras Completas**, *T. II, pág. 86.*

mientos antimilitaristas» y los rencores de «Azaña, hombre frío, sectario, vanidoso, y con más bagaje de odios que de buenos deseos», hasta los ataques posteriores de Franco al «desdichado presidente Azaña», responsable del hundimiento de la defensa nacional y de la «debilitación de las instituciones castrenses» (15). En aquel momento, su reflejo más claro fueron las constantes críticas y los intentos difamatorios de los periódicos militares, que el Gobierno acabó viéndose obligado a suprimir.

El segundo hito de la política de Manuel Azaña correspondió a la cuestión religiosa, planteada al primer Gobierno republicano como una papeleta de difícil solución. La actitud de Azaña ante la religión era la de un burgués-liberal: para él, el sentimiento religioso no representaba un problema político, sino de conciencia individual, y por ello ningún Estado democrático podía ser confesional. En este contexto librepensador debe entenderse su famosa y mal interpretada frase: «España ha dejado de ser católica». Lo que Azaña explicó en su discurso sobre el artículo 24 de la Constitución —que más tarde se convirtió en el artículo 26—, en la sesión del 13 de octubre de 1931, no fue más allá de los principios liberales sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado, y en ese contexto es como debe entenderse: «La premisa —dijo— de este problema hoy político la formulo yo de esta manera: España ha dejado de ser católica: el problema político consiguiente es organizar el Estado en forma tal que quede adecuado a esta fase nueva e histórica del pueblo español». Y más adelante señaló: «Para afirmar que España ha dejado de ser católica tenemos las mismas razones, para decir de la misma índole, que para afirmar que España era católica en los siglos XVI y XVII» (16). Pero la defensa de los principios laicos dentro de un Estado liberal, y en último extremo de la libertad de conciencia, suponía —y aquí quizá Azaña no fue del todo consciente del peligro— la oposición de la mayoría del clero, de muchos creyentes, e incluso de algunos miembros del propio Gobierno, como Miguel Maura y Alcalá Zamora. Precisamente, la crisis de Gobierno planteada tras la duscisión del artículo 26 y la dimisión de Miguel Maura, acabó con la elevación de Azaña, el día 15 de octubre de 1931, a la Presidencia del Gobierno.

El tercer momento crucial de la trayectoria política azañista en el primer bienio fue la discusión en las Cortes Constituyentes de la autonomía de Cataluña. Ya en las reuniones del Comité revolucionario Azaña había planteado una postura inequívoca: para él, la concesión de la autonomía a

(15) **Pensamiento de Franco y Leyes Fundamentales. Sistema institucional, Sucesión y Movimiento** *(Ediciones del Movimiento, Madrid, 1966), pág. 28.*

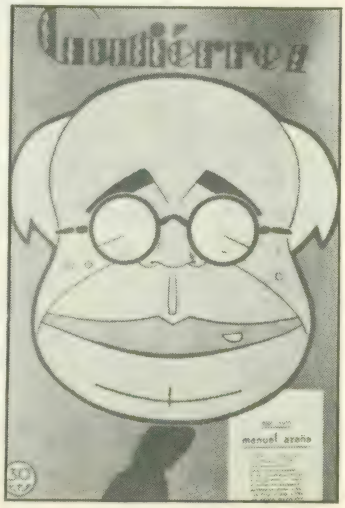
(16) Manuel Azaña: Discurso pronunciado en la sesión de Cortes del 13-X-1931, en **Obras Completas,** *T. II, pág. 51.*

Durante un acto oficial, don Manuel Azaña (en el centro de la foto, con Marcelino Domingo a su derecha, y Sánchez Albornoz, en segundo plano, detrás de Domingo).

Cataluña era un hecho indiscutible, porque los catalanes tenían una antigua tradición liberal; no así los vascos, cuya autonomía podría ser discutida, y a quienes consideraba «clericales», «reaccionarios» y opuestos al progreso social. Por ello, no puede extrañar que se convirtiera en el abanderado de la autonomía catalana, a pesar de su concepción centralista, y no federal, del Estado. De los seis discursos pronunciados por él en las Cortes durante la discusión sobre el Estatuto de Cataluña, el más importante es el primero, correspondiente a la sesión del 27 de mayo de 1932. Con toda la autoridad que le daba su magnífica oratoria, y puesto de presidente del Gobierno, Azaña defendió al catalanismo, que no pretendía la disgregación de España, sino una unión más profunda del país a través del Estatuto, y del respeto a los particularismos de cada región: «No se puede entender —dijo— la autonomía, no se juzgarán jamás con acierto los problemas orgánicos de la autonomía, si no nos libramos de una preocupación: que las regiones autónomas (...) después de que tengan la autonomía, no son el extranjero; son España como lo son hoy; y quizás más, porque estarán más contentas». Y más adelante añadía: «El organismo de Gobierno de la región —en el caso de Cataluña la Generalidad— es una parte del Estado español, no es un organismo rival, ni defensivo, ni agresivo, sino una parte integrante de la organización de la República española» (17). Como siempre, las **Memorias** reflejan la acogida del Parlamento a su alocución: «El discurso ha durado tres horas, y no he sentido fatiga de hablar; únicamente me cansaba, al final, de estar tanto tiempo en pie. Me han oído muy bien; nada se me ha quedado por decir. Me han oído con una atención infatigable; nadie se ha marchado. En muchos pasajes han aplaudido, y al final, con gran calor. La mayoría entusiasmada. Las tribunas del público han aplaudido mucho (...) estrujones, abrazos, lágrimas de los catalanes; impresión profunda. (...) Carner estaba radiante. "¡Bueno! Lo que usted dice es que deben mandar los castellanos. ¡Pues que manden, los castellanos como usted!"».

CASAS VIEJAS: EL FIN DEL GOBIERNO AZAÑISTA

Tras los primeros meses de entusiasmo popular por la República, la polarización social se fue ahondando cada vez más, y el Gobierno se encontró con la creciente oposición, por una parte, de la burguesía terrateniente, la Iglesia y los militares, opuestos al reformismo republicano, y dispuestos ya a propiciar tentativas golpistas, como la de Sanjurjo; y por otra, del campesinado y los sindicatos obreros, en especial los anarquistas y comunistas, descontentos con la lentitud de las reformas sociales, y sobre todo de la reforma agraria. Las huelgas y levantamientos anarquistas —sucesos de Figols, Arnedo, etc.— culminaron en los acontecimientos de Casas Viejas, y en la terrible represión de la Guardia Civil y la Guardia de Asalto, que, como es bien sabido, quemaron la casa del militante anarquista «Seisdedos», con sus ocupantes dentro, el 11 de enero de 1933.



Caricatura de Azaña, aparecida en el semanario satírico «Gutiérrez».

Estos sucesos, nunca esclarecidos del todo, suministraron el pretexto deseado para atacar frontalmente a Azaña. Es la hora del Azaña cruel, al que se atribuye la famosa frase de «los tiros a la barriga», tan repetida en textos históricos y políticos posteriores (Conviene señalar, en un breve inciso, que el mismo Franco utilizó esta acusación en sus declaraciones de 1957 al director de la Agencia Efe, para demostrar que los trabajadores vivían infinitamente mejor bajo su régimen que en el período republicano). No es fácil, aún en nuestros días, reconstruir la realidad de los hechos. Inmediatamente después de conocer lo ocurrido, Azaña intentó descubrir al responsable de las órdenes recibidas por la Guardia Civil: «Llamé al Gobernador de Cádiz —escribe en sus **Memorias** el día 1 de marzo— insistiendo en que buscara el rastro de las órdenes que se hubieran circulado entre Madrid y Cádiz, y entre Cádiz y Casas Viejas el 11 y el 12 de enero». La investigación abierta para esclarecer los hechos se centró en el capitán Rojas, que estaba al mando de la guarnición de Casas Viejas. Sus declaraciones fueron absolutamente contradictorias,

(17) Manuel Azaña: «El Estatuto de Cataluña» (Sesión de Cortes del 27-V-1932), en **Obras Completas**, *T. II, pág. 269.*

y por ello Azaña decidió llamarle a su despacho para tratar de aclarar los detalles. A la pregunta de si había órdenes de no hacer heridos ni prisioneros, el capitán le contestó afirmativamente, pero negó que se hubiera fusilado a nadie: «Le repetí —escribe Azaña— y en distinta forma, la pregunta de los fusilamientos, y siempre contestó negando».

El Gobierno, en vista de ello, decidió sustituir al Director General de Seguridad, Leopoldo Menéndez, a quien se atribuyó la responsabilidad por tales órdenes, por Manuel Andrés. Pero la declaración del capitán Rojas ante el **juzgado especial**, el día 4 de marzo, contradijo lo afirmado por él en ocasiones anteriores: ahora reconocía el fusilamiento de doce presos, y sealaba que la orden de aplicar la «ley de fugas» procedió del propio Menéndez, quien también había intentado sobornarle para que no contara la verdad, sin que el Gobierno tuviera nada que ver con ella.

Azaña durante un mitin celebrado en la Plaza de las Ventas de Madrid.

Aunque no había ninguna prueba de su culpabilidad, la situación del Gobierno era cada vez más difícil. Apenado por la campaña difamatoria centrada alrededor de su figura, Azaña recogió en sus **memorias** una conversación con varios ministros de su Gabinete (Largo, De los Ríos, Prieto, Domingo y Albornoz), el día 3 de marzo de 1933: «Fui dando suelta a mis sentimientos de repugnancia por la campaña que se hace contra nosotros, y que por el deseo de derribarnos no se priva de suponer que hemos ordenado las atrocidades de Casas Viejas, o las hemos ocultado; les digo mi cansancio, el quebranto de mi voluntad, el horror que me produce el ambiente calumnioso en que nos movemos, la inutilidad de nuestros esfuerzos para librarnos de la coalición de tantos resentimientos, de tantos odios personales (...). Que hay en mi aprecio cosas superiores a la misma República, y que yo no puedo sacrificar a la política lo que siempre ha estado lejos y por encima de ella» (18). Pese a todo, no está dispuesto a dimitir y entregar el poder a los radicales: «Me produce temor la perspectiva de que el lerrouxismo gobierne o prepondere, porque, aparte de que eso sería la resurrección de un partido muerto, significaría la paralización de la reforma agraria, un retroceso en la política de conciliación con Cataluña, la rehabilitación de March y sus contrabandistas, el predominio de los generales y de otros militares hasta ahora sujuzgados por la República, la libertad de Sanjurjo y la amnistía de los conjurados del 10 de agosto, y una era de favoritismo y negocios, según las tradiciones del romanonismo. Me preocupa mucho lo que haría el ejército si viniese al ministerio un general, o un hombre que no supiera imponer respeto». Y para evitar la crisis, de consecuencias perjudiciales para el régimen, él mismo pide y consigue el voto de confianza del Congreso.

A pesar de este triunfo parlamentario, los sucesos de Casas Viejas habían tocado de ala a todo el Gobierno. Para la opinión pública, el principal responsable de lo ocurrido en Ca-

(18) *Manuel Azaña:* **Memorias políticas y de guerra**, *en* **Obras Completas**, *T. IV, pág. 455.*

Manuel Azaña con el abad mitrado de Montserrat, don Antonio Marcet.

sas Viejas era su Presidente: «Así como en las investigaciones de responsabilidades de 1931 —dice Gabriel Jackson— los males acumulados por la vida política española habían sido cargados sobre el rey, así en la investigación que siguió a lo de Casas Viejas, la culpa de la violencia histórica, tanto de los anarquistas como de la policía republicana, cayó sobre Azaña» (19). Incluso el presidente de la República, Alcalá Zamora, se vio influido por este clima, que se sumaba a su escaso aprecio por la política de Azaña y a sus deseos de sustituir su Gobierno por otro más a la derecha: «El Presidente no puede aguantar al Gobierno, ni a mí personalmente —escribió Azaña en marzo de 1933—. Quiere hacer una política de "derechas" y anda buscando la ocasión de derribarme sin comprometerse demasiado». Casas Viejas, y más tarde las elecciones al Tribunal Constitucional, le suministraron la ocasión deseada. Y en septiembre de 1933 retiró su confianza al Gobierno y convocó nuevas elecciones.

Ante el proceso electoral, y pese a los intentos de Azaña por mantener la coalición con los socialistas, triunfó la postura de la izquierda socialista, cansada de la colaboración con los republicanos y deseosa de recuperar su independencia. La ruptura de la alianza, y junto a ella la participación por primera vez en las elecciones de las mujeres, que votaron mayoritariamente a las derechas (pese a haber conseguido el derecho de voto del Gobierno azañista), trajeron consigo el fin de la mayoría de izquierdas. Azaña, cuya campaña electoral se vio dificultada por los ataques de quienes le hacían responsable de los sucesos de Casas Viejas, salió diputado por Bilbao, donde gracias a la labor de Indalecio Prieto se había mantenido la coalición republicano-socialista.

LA FUNDACION DE IZQUIERDA REPUBLICANA

Rota la coalición con los socialistas, derrotados en las elecciones y divididos en varias organizaciones, a los republicanos no les quedaba más salida que la unidad para recomponer su perdida fuerza. Sólo un hombre podía aglutinarlos: Azaña. Por eso, en los primeros meses de 1934, se multiplicaron los contactos entre los distintos grupos, hasta desembocar en abril en la fusión de los partidos republicanos de izquierda —el Partido Radical-Socialista, cuyo líder era Marcelino Domingo; la Organización Regionalista Galleguista Autónoma, de Santiago Casares Quiroga; y Acción Republicana— en uno sólo, **Izquierda Republicana**, presidido por el propio Azaña. El 3 de abril de 1934, en la asamblea de constitución del nuevo partido, Azaña manifestó su proyecto de dedicarse a la propaganda de la República, recorriendo los pueblos de España para defender la democracia: «Yo estoy un poco cansado —dijo— de oír hablar de la debilidad inherente a la democracia. Eso es una paparrucha. La democracia no es por sí débil ni fuerte... La fortaleza o la debilidad de un régimen dependen de muchas cosas, pero, entre otras, dependen de los hombres que las tienen en sus manos» (20).

Pero la unión de los republicanos de izquierda no podía por sí sola llevarles de nuevo al poder: era necesario, como en 1931, rehacer la coalición con los socialistas. Por eso, en agosto de 1934, Azaña viajó a Barcelona, donde intentó de nuevo atraerse a la izquierda del PSOE para fortalecer a la

(19) Gabriel Jackson: «El régimen de Azaña en perspectiva (España, 1931-1933)», en **Costa, Azaña y otros ensayos** *(Ed. Turner, Madrid, 1976).*

(20) Manuel Azaña: «La Izquierda Republicana», en **Obras Completas**, *T. II, pág. 954.*

República, entendida por él, como siempre, como un poder mediador entre los extremismos de cualquier signo, capaz de integrar a todos los partidos y clases sociales. Pero sus gestiones, repetidas un mes más tarde, no encontraron eco alguno. Los socialistas del ala izquierda, defraudados por las escasas conquistas económicas del primer bienio, no creían ya en lo que su principal teórico, Luis Araquistain, llamó en un artículo famoso «La utopía de Azaña»: «La utopía consiste —escribió Araquistain en «Leviatán», en septiembre de 1934— en haber creído que en España era posible una República que, manteniendo la propiedad privada, diese entrada permanente o regular en el Gobierno al proletariado. Y nadie creyó esto con más fuerza y lo defendió con más lealtad que Azaña, entre los republicanos. Su fe excedió probablemente a la de los propios socialistas (...). Ese fue el noble error de Azaña, su bella utopía republicana: pensar que era posible construir y regir un Estado que no fuera un Estado de Clases, y transformar una nación en que la idea de comunidad en las mejores tradiciones, como en el presente y en la proyección de un mismo destino, superase en todos los pechos la lucha de clases y el instinto de la guerra social» (21).

«MI REBELION EN BARCELONA»

Durante la mayor parte de 1934, Azaña, incapaz de jugar un papel unificador dentro de la izquierda, parece desbordado por los acontecimientos. El enfrentamiento entre los radicales lerrouxistas en el poder y las organizaciones obreras se iba agravando, acentuado por el temor de los partidos obreros ante la posible entrada en el poder de la CEDA, y la reproducción de la política represiva que ensangrentó meses antes a Alemania y Austria. La revolución de Octubre de 1934 será el resultado final de estos factores.

A Azaña la revolución le sorprendió en Barcelona. Allí fue detenido por la policía y confinado en un destructor anclado en el muelle barcelonés, bajo la acusación de instigar a la rebelión y de haber retenido en su poder un alijo de armas destinado a los insurgentes. La noticia de esta detención, y la campaña de difamación lanzada a raíz de ella por los periódicos de derechas, provocará vivas reacciones en diversos sectores. Un nutrido grupo de intelectuales de diverso signo político —entre otros, Azorín, Luis Bagaria, José Bergamín, Américo Castro, Antonio Espina, León Fe-

*(21) Luis Araquistain: «La utopía de Azaña», **Leviatán**, núm. 5, septiembre de 1934, pág. 23-28.*

Con ocasión de una recepción, en el Palacio Nacional, en honor de S.A.I. el Jalifa, Muley Hassan, y miembros de su Gobierno, con el presidente de la República, Alcalá-Zamora y el presidente del Gobierno, Manuel Azaña, y miembros de su Gabinete.

lipe, Federico García Lorca, Juan Ramón Jiménez, Fernando de los Ríos, Felipe Sánchez Román o Alejandro Casona— Escriben un manifiesto **A la opinión pública**, para expresar su profunda indignación ante el hecho: «Lo que contra el señor Azaña se hace —aseguran— quizá no tenga precedente en nuestra Historia, y si lo tiene, de fijo valdrá más no recordarlo. No se ejercita en su contra una oposición, sino una persecución. No se le critica, sino que se denosta, se le calumnia y se le amenaza. No se aspira a vencerle, sino a aniquilarle. Para vejarle se han agotado todos los dicterios. Se le presenta como un ser monstruoso e indigno de vivir».

Junto a este manifiesto, destinado según sus autores a defender más que al señor Azaña, a la «civilidad española», también los tres ex ministros socialistas (Prieto, Caballero y De los Ríos) publicaron el 13 de marzo de 1935 en el semanario de Izquierda Republicana, **Política**, una carta de solidaridad con la obra del Gobierno presidido por Azaña: «Ante la situación creada —escriben— queremos hacerle saber que nos considera políticamente solidarios con la obra de los Gobiernos de que formamos parte, y que durante dos años hubo de presidir usted con tanta autoridad como competencia. A cuantos constituimos aquellos gobiernos nos corresponde así la satisfacción por sus éxitos cuanto la responsabilidad por sus fracasos y errores». La carta terminaba así: «Al proclamar nuestra solidaridad, nadie debe cobijar la sospecha de que en algunos de nosotros influya la circunstancia de considerarse alejado de todo peligro; porque, para responder de los actos de Gobierno (...), ninguno de los tres vacilará en acudir a los requerimientos que por vía competente se le hiciesen».

El 27 de noviembre de 1934, las Cortes habían concedido el suplicatorio para procesar a Manuel Azaña. Pero el Tribunal encargado de juzgarle no encontró ninguna prueba de culpabilidad en el acusado, pese a las presiones del Gobierno para que los jueces iniciaran su proceso, y acabó dejándolo en libertad. El prestigio de Azaña, puesto en entredicho por la derecha, saldrá fortalecido incluso entre sus adversarios políticos de la izquierda socialista. Como prueba de ello, su libro **Mi rebelión en Barcelona**, dedicado a la descripción de su detención y proceso, alcanzaba en pocas semanas una venta de 25.000 ejemplares. Con este renacimiento de su prestigio, Azaña confiaba en convertirse de nuevo en el punto de confluencia de la izquierda, cuya

Manuel Azaña, durante un mitin en Galapagar (cercanías de Madrid).

coalición seguía considerando imprescindible para la vuelta al poder.

LOS «DISCURSOS EN CAMPO ABIERTO»

Aunque de momento sus proyectos unificadores siguieron sin conseguir el apoyo socialista, el acercamiento entre los grupos republicanos se completaba en abril de 1935 con la firma de un manifiesto de «conjunción política» por Izquierda Republicana, el Partido Nacional Republicano, de Felipe Sánchez Román, y la Unión Republicana de Martínez Barrio, punto de partida de una importante campaña de propaganda en la que Azaña jugó un papel decisivo. Como orador de multitudes, Azaña protagonizó los tres mítines más impresionantes de la historia de la República, y quizá de toda la historia de España. En ellos, quizá por primera vez, un líder de la burguesía atrajo, sólo con la fuerza de su personalidad y de su palabra, a miles de obreros; según los datos del mismo Azaña, en el prólogo al libro que recogió los textos de estos discursos (**Discursos en campo abierto**), le habían escuchado más de 700.000 personas. No era sólo su capacidad oratoria la que arrastraba a miles de oyentes, también y, sobre todo, como escribe Araquistain, su incuestionable rectitud moral, la coherencia entre suss palabras y sus actos: «La clase que más le estima —afirmó Araquistain— es la clase obrera, porque en ella está más vivo que en ninguna otra el sentimiento de servicio a la colectividad. Le estima, a pesar de las discrepancias ideológicas que de él le separan, por su ética política, que comprende, claro está, la ética privada: por su carácter (...). Por otra cosa le estima también: por el placer de hacer obra y de amar a la obra hecha. Esta es la psicología del buen obrero, como son la mayoría de los españoles: amantes apasionados de la obra política, de la obra social».

El primero de estos discursos se celebró en Valencia el 26 de mayo de 1935, en el campo de fútbol de Mestalla. La intención de Azaña era demostrar que no se había perdido el espíritu republicano del 14 de abril de 1931, a pesar de la derrota de noviembre de 1933: «Nadie se doblegue a la adversidad —dijo en esta ocasión—. A ninguna batalla, a ningún combate se puede ir con la moral perdida. Por consiguiente, los flojos, los contritos, los derrotistas, que se vayan a llorar a sus casas; siempre quedaremos bastantes para otra vez» (22). Para dar de nuevo la batalla por la pureza republicana, el único instrumento adecuado era «la coalición electoral de izquierdas»; no sólo la unión de los republicanos, sino también la alianza con los partidos obreros en torno a un programa de Gobierno suscrito por todos.

El segundo discurso de esta campaña tuvo lugar en el campo de Lasarre (Baracaldo) el 14 de julio de 1935. Allí Azaña volvió a repetir algunas de las ideas expresadas en Valencia: la República como ejemplo de revolución desde el poder, la necesidad de una unión de los partidos de izquierda en una amplia coalición electoral, capaz de calmar los ánimos y evitar enfrentamientos entre las clases, etc. Sus llamamientos a los socialistas no significaban aceptación por su parte de la lucha de clases, sino todo lo contrario: sin recatarse de expresar sus opiniones ante un público mayoritariamente obrero, Azaña rechazó los enfrentamientos sociales violentos, para seguir su defensa tradicional de una convivencia democrática pacífica: «El exceso de males no engendra más que nuevos males. El ciudadano no se forma en la opresión y en la cárcel: se forma en la libertad y en la ciudadanía, en la convivencia de la democracia. La masa entera se pudre, se corrompe y se hunde moral y físicamente cuando está pisoteada y maltratada y cuando los caminos de la libertad y de la democracia están cerrados» (23).

El último de los discursos multitudinarios de Azaña se celebró en el campo de Comillas, de Madrid, el 20 de octubre de 1935. Como cuenta Rivas-Cherif, los círculos próximos a Azaña estaban preocupados por haber alquilado un local tan grande y tan difícil de llenar, y algunos periódicos habían recogido unas declaraciones de Gil Robles, en las que el líder cedista afirmaba que sólo asistirían «cuatro gatos». Al llegar Azaña a la tribuna de oradores y ver el estadio de bote en bote, sin darse cuenta de que estaba ya conectado el micrófono, comentó, mirando a su cuñado: «¡Cuatro gatos!». Sus oyentes no eran sólo republicanos y obreros madrileños; de toda España habían llegado, en coches y autocares, miles de seguidores que portaban en sus solapas insignias y medallones con el retrato del líder y la bandera tricolor. El testimonio de Rivas-Cherif es muy significativo: «Dos momentos —escribe— diéronme la magnitud del acto: aquel en que al iniciarse el discurso, se vio que la voz llegaba ya con un cierto retraso por la mucha distancia, que la duplicaba

(22) *Manuel Azaña:* **Discursos en campo abierto,** *en* **Obras Completas,** *T. III, págs. 231-32.*

(23) *Manuel Azaña:* **Discursos en campo abierto,** *en* **Obras Completas,** *T. III, pág. 265.*

El presidente del Consejo de Ministros, don Manuel Azaña, con personalidades civiles y militares, durante una recepción. (El tercero por la izquierda, sentado, es el general Goded, que se sublevaría, en julio de 1936, en Barcelona).

como un eco, a los últimos altavoces; y el instante, prolongado unos minutos, en que los pañuelos al aire pusieron una sugestión de aleteo de palomas en el saludo triunfal al tribuno» (24). Azaña era ya la encarnación de la República, y sus palabras despertaban la esperanza de un nuevo renacer de las ilusiones del primer bienio.

AZAÑA, PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

El triunfo electoral del Frente Popular, en febrero de 1936, devolvía el poder a la coalición de izquierda en medio de un clima de tensión y violencia que dificultaba la tarea del nuevo Gobierno: «Ya tenemos ahí al poder —escribe Azaña en sus **Memorias**— para esta misma tarde. Siempre he temido que volviésemos al Gobierno en malas condiciones. No pueden ser peores». En tales condiciones, tan distintas a las formas de convivencia democrática con las que siempre había soñado, Azaña se mostraba reacio a encabezar el gobierno: «Durante estas semanas últimas, lo mismo que en la propaganda del año pasado, he procurado aumentar las dificultades, las condiciones, las reservas, a fin de que el Gobierno no viniese fatalmente a mis manos. Es inútil. La gente quiere que gobierne yo. Y los que tal vez podían gobernar, se quitan de delante. Conocen lo mismo que yo las dificultades de la situación y otra vez, como en 1931, me tocará afrontar lo que a todos les asusta» (25). Pero, una vez más, tendría que acabar afrontando su propia responsabilidad y la de los demás, y tras la dimisión de Portela Valladares, y el encargo de Alcalá Zamora, formó un Gobierno, compuesto exclusivamente por republicanos.

Las dificultades con que iba a encontrarse eran de muy diversa índole: se sabía que algunos generales conspiraban contra el régimen, y eran frecuentes los enfrentamientos entre jóvenes falangistas y militantes de los partidos obreros; al mismo tiempo, las organizaciones sindicales más radicales deseaban obtener beneficios inmediatos del triunfo frentepopularista.

(24) *Cipriano Rivas-Cherif:* **Retrato de un desconocido**, *pág. 232.*

(25) *Manuel Azaña:* **Memorias políticas y de guerra**, *en* **Obras Completas**, *págs. 564-65.*

Azaña, cogido entre ambos fuegos, enemigo de la violencia y preocupado por la agitación obrera, tuvo que dedicar sus energías a calmar los ánimos y a tratar de crear un clima de tranquilidad necesario para el desarrollo de la labor del Gobierno. En su alocución radical al país el 21 de febrero, anunciaba el propósito del Gobierno de reponer los Ayuntamientos populares en un plazo inmediato, y la decisión de comenzar un programa de «restauración nacional», basado en la «defensa del trabajo y la producción», y en los demás puntos definidos en el programa del Frente Popular. Terminaba su alocución con un llamamiento a «todos los españoles, sin distinción de ideas políticas»: «Esperamos —dijo— que los que nos han ayudado a reinstalar la política republicana sean nuestros colaboradores, manteniéndose dentro de la ley, no perturbando la paz» (26). Mes y medio después, en su discurso en la sesión de Cortes del 3 de abril, volvía a expresar sus temores ante el avance del movimiento revolucionario, y pedía a la burguesía que fuera capaz de sacrificar sus privilegios en aras de la paz, como única forma de conseguir la justicia social dentro de las instituciones republicanas encarnadas por él y su Gobierno: «Me permito observar —afirmó— que ésta es quizá la postrera coyuntura que tenemos no sólo del desenvolvimiento pacífico y normal de la vida republicana y del asentamiento definitivo del régimen republicano en España, sino también en el régimen parlamentario» (27). Y al día siguiente escribía a Cipriano Rivas-Cherif para explicarle los motivos por los que había hablado a la nación: «La ansiedad pública era tal, que era inexcusable que yo hablase. Las izquierdas temían cada noche un golpe militar, para cortar el paso al comunismo. Las derechas creían que el soviet estaba a la vista. No se ha visto nunca una situación de pánico semejante ni más estúpida (...). Baja la Bolsa, la gente emigraba a millares, se llevaban el dinero. No iba público a los espectáculos, y salía poca gente a la calle. Como si hubiera guerra o peste» (28).

Pero no tendría tiempo, ni la agudeza creciente de las luchas sociales y políticas le permitiría desarrollar esta labor de restablecimiento de la tranquilidad pública. Los acontecimientos se produjeron con una velocidad excesiva. En el mismo mes de abril, al retirar las Cortes la confianza al hasta entonces Presidente de la República, Ni-

(26) *Manuel Azaña:* **Memorias políticas y de guerra,** *en* **Obras Completas,** *pág. 571.*

((27) *Manuel Azaña:* **Discursos gubernamentales** *(Sesión de Cortes del 3-IV-1936), en* **Obras Completas,** *T. III, pág. 307.*

(28) *Cipriano Rivas-Cherif:* **Retrato de un desconocido** *(Ed. Grijalbo, Barcelona, 1980), pág. 674.*

El ministro de la Guerra, don Manuel Azaña, durante unas maniobras militares, en Pisuerga, cerca de la capital.

Don Manuel Azaña, durante una visita de inspección, como ministro de la Guerra, con el general Franco, que se sublevaría, en julio de 1936, contra el Gobierno de la República.

Don Manuel Azaña, presidente de la República, con el general Rojo, en el Frente de Madrid (noviembre de 1937).

ceto Alcalá Zamora se planteó el problema de buscarle un sustituto, y Azaña se convirtió en el único candidato aceptable para la mayor parte de la izquierda. Pero el ascenso representaba, a la vez, la pérdida del poder político efectivo, por lo que los principales líderes de su partido, como Marcelino Domingo o Casares Quiroga, intentaron disuadirle. Incluso los 4.000 asistentes a la asamblea de la Agrupación de Izquierda Republicana en Madrid votaron por aclamación en contra de su candidatura a la Presidencia, y numerosas agrupaciones de provincias se manifestaron también en contra. Pese a todo, Azaña decidió aceptar la Presidencia de la República, quizá porque en esos momentos no había otro hombre capaz de asumirla.

Al apartarse de la dirección de la actividad política cotidiana, la esperanza del nuevo Presidente estaba puesta en la formación de un Gobierno encabezado por Indalecio Prieto, y apoyado por los republicanos y por el sector moderado del PSOE. Pero la izquierda caballerista, que dominaba en estos momentos la Ejecutiva del Partido Socialista, se opuso a este proyecto, y Prieto tuvo que renunciar. Baraibar y Araquistain, los líderes teóricos de la izquierda socialista, atacaban desde el periódico **Claridad** las propuestas de Azaña, acusándole de querer convertir a Prieto en «un Noske que batiese a los obreros revolucionarios». Como afirma Santos Juliá: «La izquierda socialista no aceptaría nunca un poder compartido con los republicanos (...). Aceptar no es una palabra puesta aquí al azar: todo el mecanismo de la izquierda socialista consistía en suponer que alguien entregaba el poder, los republicanos y alguien

lo aceptaba, los socialistas» (29). Y el Presidente tuvo que conformarse con confiar el Gobierno a su correligionario Santiago Casares Quiroga, antiguo dirigente de la Organización Regionalista Galleguista Autónoma.

Era el comienzo del declive de Azaña, cuyos sueños de una República democrática y pacífica se venían abajo día a día. Prisionero de su propio símbolo, el Presidente tuvo que contemplar, más como espectador que como actor, la demolición de su «utopía republicana», destrozada por los enfrentamientos sociales y políticos cada vez más agudos, cuya culminación correspondió a los treinta y dos meses de guerra civil.

LA TRAGEDIA DE UN LIBERAL

Desde el 18 de julio de 1936, Manuel Azaña siente su profundo fracaso como hombre y como político al no haber podido impedir el derramamiento de sangre entre los españoles. Su pesimismo no se refiere sólo al resultado final de la guerra: como buen pacifista, es la guerra misma lo que le abruma, y por ello todos sus esfuerzos se dirigen a convencer a las potencias occidentales para que intercedan ante Franco y consigan una paz negociada, que acabe con las muertes y preserve la institución republicana. Pero sus intentos fracasan ante la inacción de las democracias occidentales y la inhibición de la Sociedad de Naciones. De aquí su decepción, reflejada en numerosas ocasiones en las **Memorias.** La guerra es, a su juicio, una lucha por la independencia española frente a la invasión de las tropas italianas y alemanas, aliadas de los rebeldes; por ello, no puede entender la pasividad de la organización internacional y de los países democráticos: «Desde el reparto de Polonia —escribe el 31 de mayo de 1937— no se había cometido en Europa un crimen político comparable al que está cometiéndose con España. Para hacerse oír, y ser atendidos en la Sociedad de Ginebra, arca de la paz, definidora y guardadora del derecho, hay que ser poderoso, hay que estar preparado para la guerra, dispuesto a definirse a sí mismo el derecho, resuelto e impedirlo cuando sea desconocido. Nosotros somos débiles» (30).

Pero más todavía que la inhibición de las democracias, es la violencia de la guerra lo que destroza a Manuel Azaña. Tras el asalto a la Cárcel Modelo de Madrid, donde murió quien había sido su jefe político durante sus años de militancia en el Partido Reformista, Melquiades Alvarez, su abatimiento se refleja en una conversación recogida por Rivas-Cherif: «¡Esto no, esto no! —me había repetido con angustia y llevándose las manos al cuello violentamente—: Me asquea la sangre, estoy hasta aquí; nos ahogará a todos». En junio de 1937, le dice a Fernando de los Ríos: «A esto se le llama el nacer de una nueva España. Era preferible la "vieja", con todas sus lacras. En rigor, esto que pasa, es una de las lacras de la España "vieja". Llevaba esto en la sangre (...). Cuando estén colmadas de muertos las cuencas de España, muchos

(29) *Santos Juliá:* **La izquierda del PSOE (1935-1936)** *(Ed. Siglo XXI, Madrid, 1977), pág. 35.*

(30) *Manuel Azaña:* **Memorias políticas y de guerra,** *en* **Obras Completas,** *T. IV, pág. 609.*

Azaña, ministro de la Guerra, con los generales del Consejo Superior de Guerra. De izquierda a derecha: Queipo de Llano, Rodríguez del Barrio, Azaña, Rodríguez Casademunt, Goded y Masquelet.

creerán haber engendrado una nueva patria; o lo dirán, para que la sangre de sus manos parezca la sangre de un parto. Se llaman padres de la patria, y no son más que matarifes» (31). Y en la última carta escrita a su cuñado el 7 de noviembre de 1937, Azaña, enfermo ya de diabetes, expresaba su pena por las consecuencias de la guerra, y en especial por los bombardeos de los facciosos a su ciudad natal: «Para medir —escribe— la inverosímil profundidad de este cataclismo, me basta pensar: ¡guerra y revolución en Alcalá!». Agobiado por las matanzas, su intención de dimitir del cargo de Presidente, no se lleva a cabo por la presión de Ossorio y Gallardo, quien apelando a su deber de patriota, le negó el derecho a renunciar mientras hubiera un solo republicano fusilado que gritara antes de morir: «¡Viva Azaña!». Una vez más, el hombre era prisionero del símbolo

Sus discursos en el período bélico son un testimonio complementario de esta actitud. En el Ayuntamiento de Valencia, el 21 de enero de 1937, califica a la guerra de «siempre abominable», aunque reconoce que los republicanos tienen «una justificación moral de primer orden», dada la invasión del suelo español por ejércitos extranjeros. Y en uno de los párrafos más bellos y emocionantes de su oratoria, reconoce su horror ante el conflicto: «No será un triunfo personal, porque cuando se tiene el dolor de español que yo tengo en el alma, no se triunfa personalmente contra patriotas. Y cuando vuestro primer magistrado erija el trofeo de la victoria, su corazón de español se romperá, y nunca se sa-

(31) *Manuel Azaña:* **Memorias políticas y de guerra,** *en* **Obras Completas,** *T. IV, págs. 697-98.*

Un escuadrón de la Guardia Nacional rinde honores al presidente de la República, don Manuel Azaña, en mayo de 1936.

Ultima fotografía de don Manuel Azaña, en junio de 1940.

brá quién ha sufrido más por la libertad de España».

Convencido desde muy pronto de que la guerra está perdida, desmoralizado ante la evolución del bando republicano, en especial tras los acontecimientos de mayo de 1937, enfrentado a Negrín, cuya voluntad de resistir hasta el fin no comparte, las reflexiones de Azaña son cada vez más amargas: «El enemigo de un español —dijo en su discurso en el Ayuntamiento de Barcelona el 18 de julio de 1938— es siempre otro español. Al español le gusta tener libertad de decir y pensar lo que se le antoja, pero tolera difícilmente que otro español goce de la misma libertad, y piense y diga lo contrario que él opinaba». Ninguna ideología puede justificar lo que está ocurriendo: «Yo afirmo que ningún credo político, viniera de donde viniera, aunque hubiese sido revelado en una zarza ardiendo, tiene derecho, para conquistar el poder, a someter a su país al horrendo martirio que está sufriendo España». Ya no habla el político: es Azaña como hombre quien se alza al final de su discurso de Barcelona para pedir a todos los españoles, sin distinción de bandos: «Paz, Piedad y Perdón».

La conciencia creciente del horror de la guerra va ligada, además, a una reflexión sobre su fracaso como hombre político. En los cuadernos que redacta en Pedralbes, sale a flote constantemente el convencimiento de su derrota: «Desde el 18 de julio de 1936 soy un valor político amortizado. Desde noviembre del 36, un presidente desposeído». Los acontecimientos políticos en la zona republicana le han rebasado por completo. Ni el Gobierno de Largo Caballero, con la entrada en él de comunistas y anarquistas, ni las actitudes de Negrín, a quien hace responsable de su total marginación de la toma de decisiones, corresponden a su planteamiento político. Los grupos republicanos cada vez tienen menos fuerza en una lucha que se ha convertido en lo que Azaña siempre temió más: un enfrentamiento de clases: «Me aguanto —escribe— por el sacrificio de los combatientes de verdad, lo único respetable. Lo demás, vale poco. ¿Hasta cuándo he de aguantar? ¿Hasta qué?». Por fin, cuando ya no queda ninguna esperanza de resistir, cuando los frentes están deshechos, y sus amigos le presionan de forma acuciante, sale de España el 5 de febrero de 1939, camino del exilio.

Desde su salida del territorio español, Manuel Azaña ya no se considera Presidente de la República; pero demora su dimisión hasta el 27 del mismo mes. En esa fecha, una vez perdida toda esperanza de una paz negociada y honrosa, renuncia a su cargo en una carta dirigida al presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio.

Año y medio más tarde, en octubre de 1940, moría en Montauban, a los 60 años de edad, quien durante nueve años había sido la encarnación viva de la República; el político español más denigrado durante su vida, e incluso tras su muerte por quienes no quisieron oír nunca su mensaje de «paz, piedad y perdón»; el intelectual y hombre de Estado que, pese a su extracción burguesa, propició los únicos intentos significativos de reforma social realizados en España en nuestro siglo; el último y más insigne representante de la tradición del liberalismo español, que supo resumirla en frase imborrable: «La libertad no hece mejores a los hombres, los hace simplemente hombres». ■ **M. R.**

Tumba de don Manuel Azaña, en Montauban (Francia).

Manuel Azaña: Escritor y crítico

Francisco Caudet

Manuel Azaña, con su esposa, doña Dolores de Rivas Cherif, a quien dedicó «La Corona», obra con no pocos elementos de la biografía sentimental de Azaña.

MANUEL Azaña dio tempranas muestras de su vocación literaria. En 1897, a la edad de diecisiete años, ya empezó a colaborar en una revista, **Brisas del Henares**, *que en Alcalá editaban unos amigos suyos. En esa revista, entre el otoño de 1897 y el invierno de 1898, publicó varios artículos con el pseudónimo «Salvador Rodrigo», que también empleó para firmar sus colaboraciones en otra revista juvenil,* **Gente Vieja**, *entre 1901 y 1903. Estos textos primerizos (artículos costumbristas, de crítica social, narraciones...) tienen un valor anecdótico y a la par descubren ciertas dotes de bisoño escritor irónico, satírico y rebelde, dotes que más tarde caracterizarán su obra de madurez, en parte al menos. Pero en algunos de estos escritos, cabe señalar, hay un tono festivo y superficial que luego abandonará.*

En 1913, Azaña fue elegido secretario del Ateneo de Madrid. En su vida pudo ocupar funciones culturales y políticas. En 1930 fue presidente del Ateneo y en 1931 uno de los hombres más representativos de la política republicana. (En la fotografía, la fachada del Ateneo madrileño).

DE 1903 a 1909 vive Azaña en Alcalá tras unos años en Madrid. En estos años fundó la revista **La Avispa**, junto con un amigo suyo, el albañil socialista Antonio Fernández Quer. Por desgracia, lo que pudiera haber publicado en **La Avispa** sigue sin conocerse porque no se ha logrado consultar todavía esta revista, ya que, según cuenta Juan Marichal, de ella «sólo existe una colección completa cuya propietaria no ha accedido a su consulta» (1).

En 1911 publicó Azaña cuatro artículos en **La Correspondencia de España**, que firmó bajo el pseudónimo de «Martín Piñol». Hizo una crítica de la generación del 98 y de la suya. Arremete contra el egotismo exhibicionista y el desengaño decadentista que cundió en «los días que siguieron a 1898». En «Vistazo a la obra de una juventud» (25-IX-1911) escribe Azaña: «Eramos tan pobres, moralmente, y estábamos tan tristes allá por los días que siguieron a 1898, que hasta la gente moza, innovadora y audaz se inoculó el virus pernicioso del desengaño». Y más adelante, en ese mismo artículo, añade: «Las supuestas cualidades de la mocedad (bríos, desinterés, orientaciones nuevas) sirvieron de disfraz a la petulancia, a la pereza mental, al afán morboso de llamar la atención y al frívolo arribismo. Fue la edad de las extravagancias políticas y lite-

(1) Juan Marichal, **La vocación de Manuel Azaña** *(Madrid, Edicusa, 1968), págs. 48-49.*

rarias... Un aluvión de **Confesiones, Intimidades** y **Dietarios** cayó sobre los más apercibidos; quieras que no, hubimos de enterarnos de toda el alma desolada. Egolatría y exhibicionismo: he ahí los dos grandes móviles de una generación».

En este artículo vemos ya lo que sustancialmente le apartaba de un Costa, de un Ganivet, de un Unamuno. En otro de los artículos de **La Correspondencia,** «Las arriesgadas proposiciones de Pío Baroja» (11-IX-1911), hace la crítica de otro autor del 98, de Baroja. Además en este artículo Azaña nos descubre su francofilia, tema sobre el que volverá una y otra vez en las páginas de **El Fígaro,** de **El Imparcial** o en el libro **Estudios de política francesa** (1918).

En estos escritos, además, sobresale la tendencia **moralista** de Azaña y se puede rastrear también en ellos la voluntad, característica del conjunto de su obra literaria, tanto crítica como de creación, de servirse del intelecto para transformar al hombre y la realidad socio-política. En lo tocante a este punto, enlaza Azaña con la Institución Libre de Enseñanza. Pero Azaña, de ahí su originalidad, creía que el intelectual debía evitar a todo coste renegar de su capacidad de incidencia en la vida pública. Azaña pretendió siempre conciliar la inteligencia con la acción, la sensibilidad con la política, la vida individual con la social.

En 1913 fue elegido secretario del Ateneo de Madrid. En su vida pudo ocupar funciones culturales y políticas. En 1930 fue presidente del Ateneo y en 1931 uno de los hombres más representativos de la política republicana.

La Pluma, revista literaria que fundó Azaña en 1920, se estuvo publicando hasta 1923. De enero de 1923 hasta marzo de 1924 dirigió la revista **España.** En esas dos revistas, como veremos, publicó ensayos de enorme importancia. En esta etapa, en los años 20, escribió además la novela **El jardín de los frailes** (1927), **La Corona** (1928), una serie de ensayos sobre Juan Valera, una traducción de **La Biblia en España** de Borrow... Estamos, en suma, en una etapa de gran actividad literaria.

En **La Pluma** y en **España** sacó importantes trabajos dedicados a poner de relieve, como hizo ya en **La Correspondencia de España,** las insuficiencias y debilidades de los escritores del 98 y del regeneracionista Costa. Sobre este extremo vale la pena consultar «Sobre Luis Araquistáin» (**La Pluma,** marzo 1921) y «El león, don Quijote y el leonero» (**La Pluma,** abril 1921). O el artículo de España «¡Todavía el 98!». Pero más que ningún otro, es de lectura obligada su largo ensayo dedicado a «El **Idea-**

Azaña escribió varios estudios sobre la figura y la obra de Juan Valera. Uno de los estudios sobre el autor de «Pepita Jiménez» **le valió el Premio Nacional de Literatura en 1926. Azaña vio reflejados en Valera problemas personales o de orden estético y cultural. Pero** **Valera. Uno de los estudios sobre el autor de** «Pepita Jiménez» **le** **estudiar el siglo XIX español. (D. Juan Valera, según una litografía de la época).**

rium de Ganivet» (en **La Pluma**) (2), en donde analiza detenidamente las arbitrariedades y despropósitos del discurso ganivetiano, llegando a la conclusión finalmente de que el **Idearium** de Ganivet pertenece «al género de escritos que me permitiré llamar **licenciosos,** en cuanto se sustraen al rigor de los datos objetivos del problema planteado y epilogan sobre una materia tomándose libertades sólo admisibles, legítimas, respecto de un tema de pura invención personal». Tamaña ligereza y falta de rigor le parecen inadmisibles.

La crítica que hace Azaña del 98 está motivada por la creencia, defendida siempre por él —como vimos en sus primeros escritos—, de que la cultura debía desempeñar un papel decisivo en la conquista de las libertades políticas. Un régimen político, incluso democrático, desprovisto de un espíritu de racionalidad, de una cultura auténtica, era para Azaña una impostura. En el conocido escrito de Azaña «Apelación a la República», dijo clara y explícitamente: «La democracia es una operación ac-

(2) Todos estos artículos se pueden consultar en el primer tomo de sus **Obras Completas** *(México, Oasis, 1966).*

tiva de engrandecimiento y bienestar moral. Debemos considerar a la nación como un gran depósito de energías latentes, de obras posibles, que sólo necesitan una buena explotación, aprovechamiento cabal... La democracia que sólo instituye los órganos políticos elementales, como son los comicios, el parlamento, el jurado, no es más que aparente democracia. Si a quien se le da el voto no se le da la escuela, padece una estafa. La democracia es fundamentalmente un avivador de la cultura». Al escritor le correspondía la misma labor, una responsabilidad pareja. Pero el escritor, como en la época de la Ilustración, debía servirse de la razón, de la luz racional. Por eso, es claro, Azaña pertenece a esa tradición de escritores racionales, ilustrados, decimonónicos, enlazando, a la vez, con los intelectuales que poco antes de la Segunda Guerra Mundial empezaron a hablar del «compromiso intelectual».

En los años 20 escribió Azaña **El jardín de los frailes,** novela en donde recuenta sus experiencias en un colegio religioso. La novela está dentro de una tradición que ha dado otras muestras significativas, como la novela de James Joyce **Retrato del artista adolescente** o **A.M.G.D.,** de Ramón Pérez de Ayala. Hay, desde luego, en el libro de Azaña una crítica de la educación religiosa, tema sobre el que volvió en otros escritos. Así, por ejemplo, en el artículo «Una constitución en busca de autor» (**España,** 12-I-1924), afirmó abiertamente: «Mi anticlericalismo no es odio teológico, es una actitud de la razón». Declarado anticlerical, se afirma hombre racional y no antirreligioso. Y bien, este racionalismo será el lazarillo que le va a llevar por los vericuetos del recuerdo y en ese viaje más que la religión criticará el dogmatismo y más que la enseñanza religiosa criticará la enseñanza rutinaria. Y tal crítica viene cuento porque es un

Don Manuel Azaña en compañía de Margarita Xirgu y Manuel Muñoz, intérpretes de su obra «La Corona», escrita en 1928 y estrenada en Madrid en 1932, siendo su autor Presidente del Consejo de Ministros.

síntoma, entre otros muchos, de que en España por falta de buen cultivo abunda el baldío. La educación que no cultiva la inteligencia deforma y ello repercute en la vida moral del individuo y de la comunidad. En un pasaje de **El jardín de los frailes** se nos dice: «Aprendimos a refutar a Kant en cinco puntos, y a Hegel, y a Comte, y a tantos más. Oponíamos a los asaltos del error buenos reparos: "1.º, es contrario a las enseñanzas de la Iglesia...; 2.º, lleva derechamente al panteísmo...", y otras rodelas imperforables. El positivismo disputaba al materialismo el calificativo de grosero.

Don Fernando de los Ríos, ministro de Justicia en el Gobierno Provisional de la República (abril de 1931). Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes en el primer Gobierno Constitucional, presidido por Azaña, en diciembre de 1931. Fue, igualmente, ministro de Estado en el último Gobierno de Azaña, durante el primer bienio republicano. Como Ministro se le deben la implantación del divorcio en España, la secularización de los cementerios, la libertad de cultos y la creación de la Facultad de Pedagogía, entre otras reformas. Murió en el exilio.

El panteísmo era repulsivo. ¡Lo que nos tenemos reído del judío Spinoza! Y el día en que el padre profesor de Derecho Natural nos leyó para escarmiento unas líneas de Sanz del Río, quedamos bien impuestos del peligro que hay para la sana razón en apartarse del redil. A Hegel le reducíamos sañudamente a polvo...». Unas páginas más adelante aventura: «Los frailes hubieran podido someternos a dos férulas: jurídica e histórica, y elevar el tono de nuestro carácter moral..., insertar la noción de ley en las apetencias de nuestra vida moral... La materia de la historia no habría sólo mejorado nuestra capacidad de discurso, poniéndonos como críticos a escudriñar el valor de los testimonios, pero nos hubiese abierto ese horizonte ventilado y puesto en esa altura para la observación donde la frivolidad perecer... Mirándolo bien, ¡qué vida regalona nos proponían! El español bueno no tiene que devanarse los sesos; ser castizo le basta. Todo está inventado, puestas las normas: gobernar como Cisneros; escribir como Cervantes...».

El jardín de los frailes parte de una anécdota personal, tiene muchos ribetes autobiográficos, pero es, por sus miras últimas, una meditación sobre el porvenir de España. Azaña nos ha dejado cantidad de testimohios acerca de esta constante preocupación española. En sus escritos autobiográficos más que complacencia personal hay una ambición de interrogarse a sí mismo para desentrañar la realidad española. En el ensayo citado más arriba, «Una constitución en busca de autor», puntualizaba Azaña: «Me interrogo —como incumbe a cada uno— para desentrañar el ser de España».

Sin embargo, hay una obra de teatro suya, **La Corona**, en la que la anécdota personal, de tipo sentimental, toma primacía. **La Corona**, escrita en 1928 y estrenada sin éxito en 1932 —siendo Azaña Presidente del Consejo de Ministros—, es un análisis introspectivo, un estudio de personales frustraciones y del encuentro final de una Diana que descubre «el norte verdadero» de los sueños del autor. La obra va dedicada a su futura esposa. Pero **La Corona** es una obra que difícilmente resiste hoy la lectura ni, como en 1932, su representación. De cualquier modo, para Cipriano Rivas Cherif, que tanto hizo para que se representara la obra y actuara en ella Margarita Xirgu, **La Corona** le merece este comentario, a todas luces desproporcionado: «Yo sigo teniéndola por la mejor tragicomedia española de nuestro siglo y al par de las mejores del más grande» (3).

---

(3) Cipriano Rivas Cherif, **Retrato de un desconocido** *(Madrid, Grijalbo, 1980), pág. 225.*

Una serie de relevantes personalidades de la vida literaria y teatral de la década de los treinta en España. Entre las cuales se puede identificar a don Ramón María del Valle-Inclán, Margarita Xirgu, Cipriano de Rivas Cherif, Enrique Borrás y Enrique Diosdado.

También en los años 20, en esta etapa de gran actividad literaria, Azaña escribió varios estudios sobre la figura y la obra de Juan Valera. Uno de los estudios sobre el autor de **Pepita Jiménez** le valió el Premio Nacional de Literatura en 1926. Su interés por Valera ha dado lugar a diversas interpretaciones. Azaña, quien llegó a afirmar que Valera no era su tipo «ni en lo moral ni en lo literario», ha contribuido a confundir los móviles que le llevaron a ocuparse de su personalidad y de su obra. Como sea, hay que convenir, al menos, que vio reflejados en Valera problemas personales o del orden estético y cultural. El problema vocacional de Valera fue sentido también de manera paralela por Azaña. Y entre el héroe de **Pepita Jiménez** y el propio Azaña hay algún punto en común. Pero, creo yo, Valera fue también —y quizás principalmente— una excusa para estudiar el siglo XIX español.

El siglo XIX preocupó efectivamente a Azaña de forma bastante continua. La novela inacabada **Fresdeval**, que empezó a escribir en 1930, es, entre otras cosas, una meditación sobre el siglo XIX. **Fresdeval** es, en parte, una reconstrucción de la vida de sus antepasados, pero, sobre todo, es una meditación sobre la

La Pluma

Año I. | Madrid, junio 1920. | Núm. 1.º

Dos palabras que no están de más.

Este periódico, que hoy por vez primera, desconocido lector, llega a tus manos, apenas te dará en su forma actual el bosquejo de nuestras esperanzas sin límites; pero quisiéramos que desde ahora se defendiese ante ti con algo más que la buena voluntad de sus fundadores.

Mientras fué sólo un designio, pábulo de nuestra fantasía de proyectistas, lo adornábamos con todas las perfecciones imaginables y nos parecía muy bueno; por haber distraído unas horas nuestro tedio y habernos hecho reir de gozo alguna vez pensando en el inesperado suceso de su nacimiento, nos es caro. Al arrojarlo, por decreto de nuestra providencia, a los embates del mundo, se emancipa, toma puesto en la vida pública, y en cierta medida ya no nos pertenece; pero antes de echarlo a volar, clavámosle este cartel, para que

Primera página del número 1 de «La Pluma»

«La Pluma», revista literaria que fundó Azaña en 1920, se estuvo publicando hasta 1923. (Primera página del núm. 1 de «La Pluma»).

Manuel Azaña, como escritor y crítico, defendió desde un comienzo y hasta la última hora, la primacía de la razón y de la inteligencia y la necesidad de servirse de la razón y de la inteligencia para la acción social y política. Quiso siempre acercar la inteligencia a la política. Quiso movilizar la inteligencia, dándole una dimensión pública. (Azaña, con el embajador de los Estados Unidos, durante una recepción oficial).

historia de las tensiones y divisiones políticas durante el siglo XIX. Por otro lado, en **Fresdeval**, en donde hay páginas en que el paisaje es sentido con mucha fuerza, prima la atención sobre caracteres populares, intrahistóricos. Y es que Azaña, como dijo él de Borrow, el autor de **La Biblia en España**, obra que tradujo y prologó: «Busca lo principal: el carácter, la índole propia del espíritu español. Va a buscarlo, no en la literatura, no en los monumentos ni en testimonios elaborados, sino en la fuente original, en las personas vivas. Les hace hablar, observa las costumbres, nota la reacción espontánea del español libre de influencia extranjera. "Quien desee conocer al español genuino —dice (Borrow)— no debe buscarlo en los puertos ni en las grandes ciudades, sino en los pueblos solitarios y apartados..."». **Fresdeval** se desarrolla en Alcalá.

De 1930 es el ensayo «Cervantes y la invención del Quijote», que leyó en el **Lyceum, Club Femenino Español.** En ese mismo año pronunció otro discurso, de suma significación, titulado «Tres generaciones del Ateneo». Este discurso fue leído con ocasión de la reapertura del curso en el Ateneo y lo leyó en calidad de Presidente del Ateneo. En este discurso vuelve sobre el viejo tema, que tanto le obsesionaba, del papel y función que correspondía desempeñar a la inteligencia en la vida social española: «Nada es más urgente en España —afirmó— que el concurso de la inteligencia pura en las contiendas civiles... En España, de todo quiere hacerse pretexto para eludir el deber social. Ningún pretexto más pernicioso que el de fundar en el talento o el saber un privilegio contrario a la regla común... En España, las cosas de la cultura suelen tener pobre arraigo, aire de advenedizas, de ropita dominguera, como en país colonial, y desvanecen a los espíritus ligeros que con ella se adornan... Concibo, pues, la función de la inteligencia en el orden político y social como empresa demoledora... El morbo histórico que corroe hasta los huesos del ente español no se engendra en la investigación ni en la crítica o análisis de los hechos; antes, la falta de esos hábitos mentales prepara el terreno y lo dispone a la invasión morbosa». Y a continuación dice Azaña: «La obligación de la inteligencia, constituida, digámoslo así, en vasta empresa de demoliciones,

consiste en buscar brazos donde los hay: brazos del hombre natural, en la bárbara robustez de su instinto, elevado a la tercera potencia a fuerza de injusticias. A ese hombre debe ir el celo caluroso de la inteligencia, aplicada a crear un nuevo tipo social. Tal es la semejanza de la política y el arte...».

Durante la guerra civil escribió Azaña **La velada de Benicarló** (1937), obra de teatro, de creación literaria pero a la vez es una obra que gira en torno a unas realidades históricas y humanas identificables. La obra se podría entender asimismo como un alegato del autor que intenta justificarse ante la historia y al mismo tiempo es un a modo de resumen del ideario político del autor. Pero **La velada de Benicarló** es igualmente un intento de «explicación honrada» de la guerra con el propósito «de seguir educando, ya que no con el instrumento del Estado, con la exposición de lo que él cree ser la verdad» (4). Azaña ponía en práctica las viejas ideas sobre la función del arte.

Manuel Azaña, como escritor y crítico, defendió desde un comienzo y hasta la última hora la primacía de la razón y de la inteligencia y la necesidad de servirse de la razón y de la inteligencia para la acción social y política. Quiso siempre acercar la inteligencia a la política. Quiso movilizar la inteligencia, dándole una dimensión pública. En un artículo de 1924 escribió: «La inteligencia activa y crítica, presidiendo en la acción, rajando y cortando a su antojo en ese mundo, es la señal de nuestra libertad de hombres, la ejecutoria de nuestro espíritu racional. Un pueblo en marcha, gobernado con buen discurso, se me presenta de este modo: una herencia histórica corregida por la razón».

Correspondía a la inteligencia, según Azaña, gobernar la existencia individual y social. La inteligencia debía, por lo tanto, incidir sobre la realidad. Al adscribir a la inteligencia creadora unas funciones políticas, daba a la política unas categorías de creatividad que la asemejaban a la obra de cultura, a la obra de creación literaria y artística. Esta dialéctica política/cultura, cultura/política está fundamentada en una interpretación altamente idealizada de ambas categorías. Por otra parte, la síntesis o armonía que buscaba para estos dos mundos hace que haya entre ellos una relación muy estrecha, de dependencia. Todo acercamiento al Azaña político o al Azaña crítico-creador ha de hacer referencias obligadas a ambas actividades.

(4) Manuel Aragón, «Introducción» a M. Azaña, **La velada de Benicarló** *(Madrid, Castalia, 1974), pág. 46. Esta* **Introducción** es sumamente útil.

Manuel Azaña tuvo el afán de reflexionar siempre sobre la realidad y creyó que la reflexión racional tenía capacidad para transformar esa realidad. En este extremo, Azaña va más lejos que Ortega y Gasset y otros intelectuales de su hora. Porque para Azaña toda suerte de reflexión tenía que actuar sobre el cuerpo social, sobre las masas, sobre el pueblo. El pueblo para Azaña —no se olvide— tiene una **fuerza decisoria** y, por consiguiente, no tiene solamente, como para Ortega, que **seguir a los mejores.** Pero Azaña entiende que «a los mejores», a la «intelligentsia», le corresponde una función directora, bien que ésta consista en «suscitar o descubrir en todos el pensamiento común, en saber en qué es lo que queremos hacer todos juntos y en poner en común los medios de lograr lo que queremos».

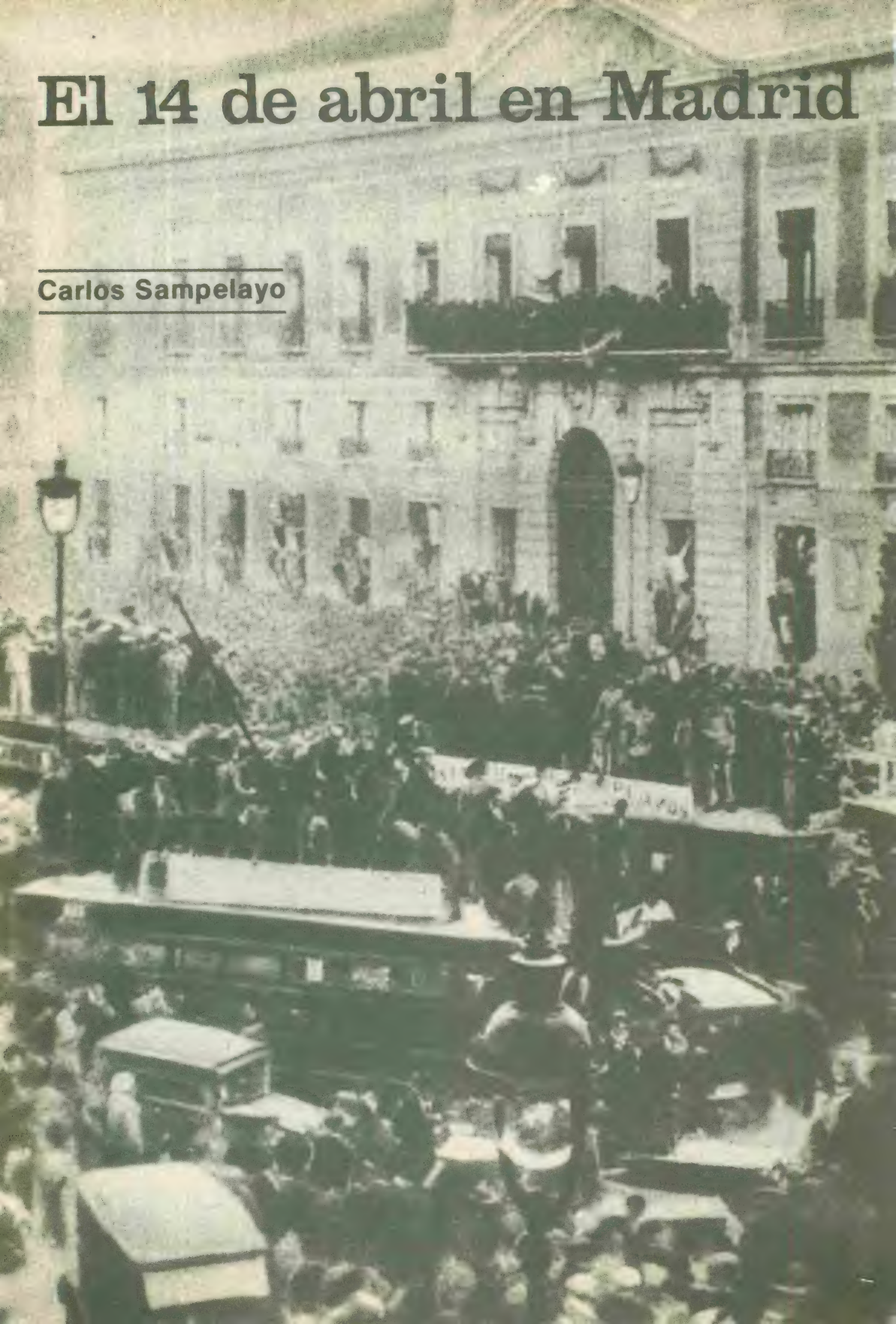
La gran incógnita es saber si la inteligencia y la moral bastan para conseguir esta meta. Si esta voluntad articuladora y rectora es suficiente para revolucionar la realidad.

Pero incluso los más escépticos han de convenir que en las abstracciones racionalistas y moralistas de Azaña hay una verdad: la razón tiene la capacidad de ordenar la realidad y la existencia. Este fue, en fin de cuentas, el ideario político y cultural de Manuel Azaña. Y su legado. ■ **F. C.**

El pueblo para Azaña —no se olvide— tiene una fuerza decisoria y, por consiguiente, no tiene solamente, como para Ortega, que seguir a los mejores. Pero Azaña entiende que «a los mejores», a la «intelligentsia», le corresponde una función directora, bien que ésta consista en «suscitar o descubrir en todos el pensamiento común, en saber qué es lo que queremos hacer todos juntos y en poner en común los medios de lograr lo que queremos».

El 14 de abril en Madrid

Carlos Sampelayo

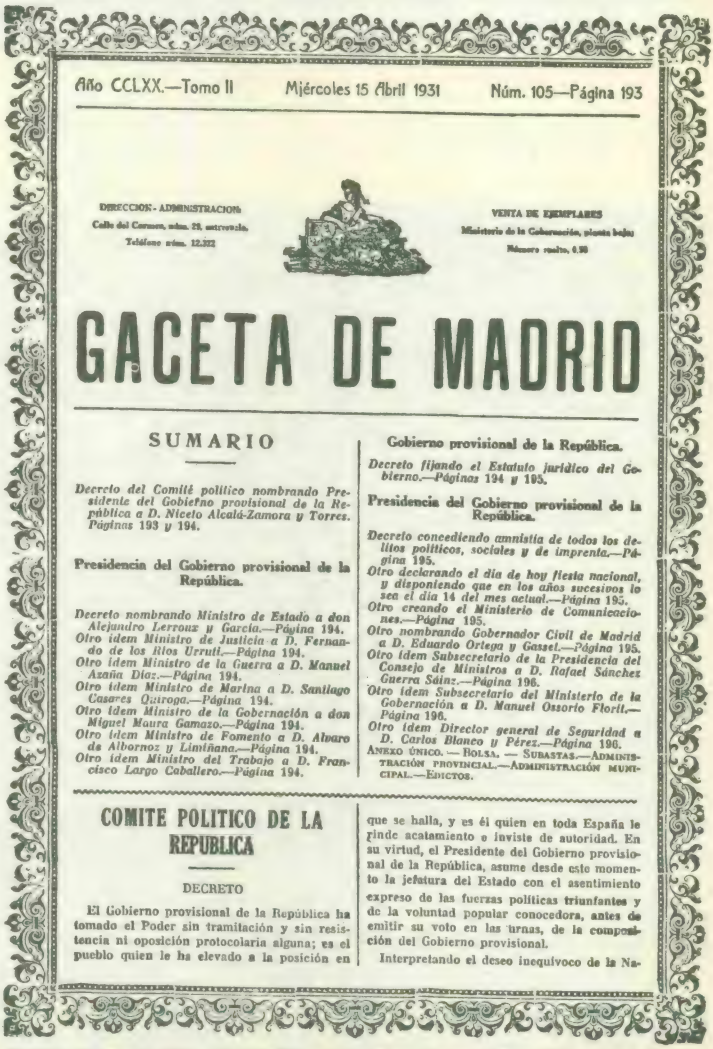


EN el calendario español sólo hay un 14 de abril: el de 1931. Nació soleado y alegre, con una emoción incontenida, empujando a las gentes de Madrid, en bloque, hasta la Puerta del Sol, aquellas gentes que por toda revancha se satisfacían gritando a coro por calles y plazas, los «slogans» surgidos espontáneamente, **creados** *no se sabe por quién —como todos los «slogans»—, de «¡No se ha ido, le hemos* **echao**!» *y «¡Un, dos, tres, muera Berenguer!» En grupos comparseros, en camiones, en la clásica* **manuela** *que albergaba a toda la familia de barrios bajos. (Para nuestros jóvenes confusos hemos de decir que Berenguer fue el hombre-débil de los últimos gobiernos monárquicos, y* **manuela** *era un coche de alquiler descubierto, como una calesa, tirado por un solo caballo —no* **dos caballos**— *donde todo castizo «señor Julián» o «señor Luis el tumbón» embarcaba a la mujer y los hijos en verano para ir de juerga los domingos. Y eso fue el 14 de abril, que era martes, una «juerga», una verbena adelantada, la «verbena de abril». Y para terminar el paréntesis, digamos que aquel cochecito, cuando estaba cubierto —en invierno— se llamaba «simón»).*

BUENO, pues el grito de «¡No se ha ido, le hemos **echao**!» puede decirse que acabó momentáneamente —un momento de 44 años— con la monarquía. Para una generación al menos, ya desaparecida o arrinconada, fue definitivamente. Como si el 75 hubiera salido la gente a la calle gritando «¡No se ha muerto, le hemos **matao**!», cosa que tampoco era cierta del todo.

No haría falta preguntarse por qué la gente se ha manifestado siempre en Madrid hacia la Puerta del Sol, ya que la Puerta del Sol ha sido en la historia eco de todas las «campanadas». Y esta era muy gorda. No. La gente, el pueblo en masa, iba por la noche a la Puerta del Sol esta vez, porque en el triste edificio del Ministerio de la Gobernación, hoy DGS, estaba reunido el Gobierno provisional de la república, **elaborando** decretos. El primero de ellos nos dejó asombrados a los periodistas y el elemento popular que se hallaba amazacotado en el salón Goya del Ministerio, antesala del despacho del ministro, donde se hallaba reunido el Gobierno. Abrió la puerta Alcalá Zamora y dijo:

—¡Señores! El Gobierno provisional de la República acaba



Año CCLXX.—Tomo II Miércoles 15 Abril 1931 Núm. 105—Página 193

DIRECCION-ADMINISTRACION
Calle del Carmen, núm. 23, entresuelo.
Teléfono núm. 12.322

VENTA DE EJEMPLARES
Ministerio de la Gobernación, planta baja
Número suelto, 0,50

GACETA DE MADRID

SUMARIO

Decreto del Comité político nombrando Presidente del Gobierno provisional de la República a D. Niceto Alcalá-Zamora y Torres. Páginas 193 y 194.

Presidencia del Gobierno provisional de la República.

Decreto nombrando Ministro de Estado a don Alejandro Lerroux y García.—Página 194.
Otro idem Ministro de Justicia a D. Fernando de los Ríos Urruti.—Página 194.
Otro idem Ministro de la Guerra a D. Manuel Azaña Díaz.—Página 194.
Otro idem Ministro de Marina a D. Santiago Casares Quiroga.—Página 194.
Otro idem Ministro de la Gobernación a don Miguel Maura Gamazo.—Página 194.
Otro idem Ministro de Fomento a D. Alvaro de Albornoz y Limiñana.—Página 194.
Otro idem Ministro del Trabajo a D. Francisco Largo Caballero.—Página 194.

Gobierno provisional de la República.

Decreto fijando el Estatuto jurídico del Gobierno.—Páginas 194 y 195.

Presidencia del Gobierno provisional de la República.

Decreto concediendo amnistía de todos los delitos políticos, sociales y de imprenta.—Página 195.
Otro declarando el día de hoy fiesta nacional, y disponiendo que en los años sucesivos lo sea el día 14 del mes actual.—Página 195.
Otro creando el Ministerio de Comunicaciones.—Página 195.
Otro nombrando Gobernador Civil de Madrid a D. Eduardo Ortega y Gasset.—Página 195.
Otro idem Subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros a D. Rafael Sánchez Guerra Sáinz.—Página 196.
Otro idem Subsecretario del Ministerio de la Gobernación a D. Manuel Ossorio Florit.—Página 196.
Otro idem Director general de Seguridad a D. Carlos Blanco y Pérez.—Página 196.
ANEXO ÚNICO. — BOLSA. — SUBASTAS.—ADMINISTRACIÓN PROVINCIAL.—ADMINISTRACIÓN MUNICIPAL.—EDICTOS.

COMITE POLITICO DE LA REPUBLICA

DECRETO

El Gobierno provisional de la República ha tomado el Poder sin tramitación y sin resistencia ni oposición protocolaria alguna; es el pueblo quien le ha elevado a la posición en que se halla, y es él quien en toda España le rinde acatamiento e inviste de autoridad. En su virtud, el Presidente del Gobierno provisional de la República, asume desde este momento la jefatura del Estado con el asentimiento expreso de las fuerzas políticas triunfantes y de la voluntad popular conocedora, antes de emitir su voto en las urnas, de la composición del Gobierno provisional.

Interpretando el deseo inequívoco de la Na-

Portada de la «GACETA DE MADRID», fechada el 15 de abril de 1931, con el Decreto por el que se nombra Presidente del Gobierno provisional de la República a don Niceto Alcalá-Zamora, e, igualmente, a los miembros del Gobierno provisional.

Algunos de los miembros del Gobierno provisional de la República en el Ministerio de la Gobernación, el 14 de abril de 1931. Manuel Azaña, Alvaro de Albornoz, Alcalá-Zamora, Miguel Maura, Largo Caballero, Fernando de los Ríos y Alejandro Lerroux.

de nombrar Fiscal de la misma a don Angel Galarza y Gago.

Y se metió otra vez en el despacho, cerrando la puerta. Hubo un murmullo de desconcierto y frustración. Se esperaba un primer decreto generalizador de los aconteci-

La madrileña Puerta del Sol a las pocas horas de saberse el resultado de las Elecciones Municipales del 14 de abril de 1931, que dieron el triunfo a los republicanos.

mientos. Algo apabullante, y se dio a entender que se había estado deliberando mucho tiempo nada más que para efectuar un nombramiento sin gran transcendencia para un hombre poco transcendente. Pero esta crítica sólo fue formulada por los periodistas. El resto del pueblo llano aplaudió y vitoreó al régimen que empezaba.

Porque hay que referir que desde la efusión que estalló el 12 por la tarde, la gente había olvidado dormir y que desde la noche del 14 el Ministerio se hallaba invadido por ciudadanos a secas. Se entraba a él hasta por las ventanas de los tres pisos, gateando por las paredes.

El 14 de abril, día de San Máximo, se había supuesto ya fiesta nacional. Todos los comercios cerrados, todo el mundo en las calles. No eran manifestaciones, sino jolgorio, canciones y bailes. Se entonaba el himno de Riego, que todo el mundo se sabía, tanto la letra seria como las letras jocosas. Pero, ¿de dónde salía tanta bandera republicana? Como si Mariana Pineda hubiera tenido escondida hasta entonces una factoría de labores tricolor. Parecía que en cada casa de Madrid y de España entera, había estado a resguardo siempre una enseña con franja morada.

En realidad, no es sólo el 14 de abril el día que se merece esa fuerza del mito. Fueron el 12 (elecciones), el 13 y el 14.

También se lanzaron a la calle los monárquicos gritando «¡Viva la República!». Uno los conocía y no podían engañarle. Más tarde, pasado el miedo, comenzarían a asesinarla. Eran otra clase de hombres del 14 de abril. Los que habían de forjar después las calumnias contra los que en esa noche ocupaban el despacho ministerial de Gobernación.

EL GOBIERNO Y EL PUEBLO

Faltaban en aquel Gobierno reunido con propósito de permanencia, cuatro ministros a los que se esperaba antes de tomar decisiones definitivas: Entre ellos Indalecio Prieto y Marcelino Domingo, que llegaron de París antes de expirar el día 15. Más hábiles que sus compañeros, sobre todo el primero, habían eludido la cárcel y escapado a Francia meses antes de la elección republicana por el pueblo, que consiguió enterrar con su voto a todos los políticos zancadilleros de aquella monarquía. Ninguno volvió a surgir tras la fecha carismática del 14 de abril.

Con ella habían terminado los sucesos de la Facultad de Medicina que comenzaron el día 5. Los guardias que situaban el viejo caserón se abrazaban ahora a los estudiantes y alguno lloraba emocionado tirando el fusil, y gritando:

—¡Yo soy más republicano que Dios!

La fecha se avizoraba desde varios días antes. Tanto que un político republicano, ya ministro del Gobierno provisional, lo había dicho como premonición en un mitin electoral:

—¡La República se proclamará el día 14!

Narrar todos los incidentes anecdóticos que ocurrieron en los días 13 y 14 de abril de «la primavera de España» sería objeto de un libro. Había la seguridad en todos los corazones —y no se sabe por qué— de que en aquellos tres días, 13, 14 y 15, el pueblo habría de portarse con el civismo ausente de violencias con que se portó.

Desde Eibar, la ciudad pionera de las proclamaciones republicanas, hasta el último pueblo del país, nadie se **salió de madre.** Ni saqueos ni crímenes. Se daba razón al tópico que se propagó después: «La República de las manos limpias de sangre».

El 14 de abril de 1931 en Barcelona. Companys comienza a izar la bandera republicana, desde el balcón del Ayuntamiento. El reloj marca la una y treinta y siete minutos de la tarde.

El alcalde eibarrense se levantó muy temprano en la mañana del 14. A las siete izaba la bandera tricolor en el balcón del Ayuntamiento, y en solemne sesión municipal proclamaba el nuevo régimen. Las agencias propagaron la noticia, y así, a media mañana aparecía la misma bandera en el Ayuntamiento de Barcelona. A la una se izaba en la torre central del Palacio de Comunicaciones de Madrid, entre un clamor imponente. Era el primer edificio público madrileño que la ostentaba.

Durante todo el día, a cada hora, se recibían en los periódicos noticias de las proclamaciones en toda España. A Eibar, Barcelona y Madrid, siguieron por el mismo orden, Valencia, Sevilla, Oviedo y Zaragoza durante la mañana del 14, sin incidentes de gravedad, con el mayor entusiasmo de las poblaciones.

El general Sanjurjo, director de la Guardia Civil, supo en la mañana del 14, que el capitán

de servicio en el Ministerio de Gobernación había respondido a una orden telefónica del propio rey que los soldados no le obedecerían si los mandaba salir a la Puerta del Sol a disolver la masa humana vitoreante y entusiasmada. Se lo comunicó al general el subsecretario, a las nueve, igual que la petición real de que se le proporcionara una escolta para salir de España.

LA CORONA EN LA CALLE

Luis Esteban de Aldecoa y yo teníamos por misión periodística seguir al rey hasta su salida de España. La conjetura de que saldría en automóvil por el túnel del campo del Moro para enlazar con alguna carretera general, nos mantuvo en vigilancia de aquel lugar durante toda la tarde del 14 de abril. Teníamos a nuestra disposición un «Nash» y 600 pesetas en el bolsillo, cantidad más que suficiente en aquellos tiempos para un viaje hasta cualquier frontera o litoral español, y volver.

Frente al túnel hay un puente privado sobre el Manzanares, que enlaza a su vez con la puerta central de la Casa de Campo después de atravesarse una carretera de segundo orden, unión entre las de Extremadura y Andalucía. Era el sitio lógico; pero el «Cort» del rey, que a él le gus-

El 14 de abril en Barcelona. De arriba a abajo: Companys en el Gobierno Civil, López Ochoa en la Capitanía General, Maciá en la Generalidad, Ayguadé en el Ayuntamiento.

La reina Doña Victoria Eugenia camino del exilio, en Galapagar, en las cercanías de Madrid, rodeada de unos pocos fieles.

taba conducir a gran velocidad, no aparecía. La tarde estaba sosegada en aquel punto, y sólo una pareja de guardias a caballo, nos miraba con cierto recelo desde la entrada a la finca campestre.

Desde un merendero a orillas del río, llamábamos continuamente al periódico para saber si las conjeturas o noticias habían cambiado. Siempre se nos decía que siguiéramos allí, hasta las ocho de la noche, en que se nos comunicó el aplazamiento de la marcha del rey para el día siguiente.

—Id a palacio —nos ordenó el redactor jefe— a ver qué información hay allí.

En palacio entramos exhibiendo nuestros carnets, por la puerta de Bailén, y vimos cómo algunos porteros y lacayos se arrancaban las coronas de los uniformes en señal de acatamiento finiquitado. La gran sala del vestíbulo del despacho real, estaba llena de personajes de la nobleza entablados en un guirigay de discusiones. Se interrogaban los unos a los otros, apreciando la situación en distinta forma. Nadie sabía nada, igual que los periodistas, y esperaban la salida del ministro de Estado, en larga conversación con el Monarca. De pronto, apareció en la puerta del despacho, renqueante y sombrío, el conde de Romanones. Se hizo el silencio expectante y el ministro explicó:

—Señores... Su majestad el rey acaba de abandonar palacio hacia el exilio, por consejo mío. Me encarga que les despida en su nombre.

Eran las ocho y veinte de la noche. En efecto, había salido por el túnel.

La reacción de los nobles contra el conde fue inmedista y violenta. Alguna condesa llegó hasta insultarle, pero él no se inmutó. Sustituyendo su habitual sonrisa de ironía por la de amargura, atravesó por entre aquel enjambre sorprendido y bajó la gran escalera hacia la calle, hacia su ostracismo político definitivo.

Aquella noticia culminante de la historia se supo en seguida por todo Madrid: el rey se había marchado y la reina seguía en palacio, serena, estoica, resignada, rodeada de sus hijos, recluida en las habitaciones del ala izquierda frontal, en el esquinazo de la calle de Bailén y los jardines, confiada a su pueblo, que desfiló durante toda la noche por allí, con respeto y emoción. Las ventanas estaban cerradas y a oscuras, pero todos señalaban hacia ellas y bajaban la voz, como para no turbar un sueño imposible. Hasta los coches reprimían la marcha y los claxons.

A la mañana siguiente, nuestro tándem informativo supo por confidencias la salida de la reina. Marcharía con sus hijos en automóvil por la carretera de La Coruña, acompañada de un breve séquito del que formaría parte el director de la Guardia Civil, general Sanjurjo.

Los miembros del Gobierno provisional de la República, reunidos en el Ministerio de la Gobernación, en Madrid. De izquierda a derecha, sentados: Largo Caballero, Casares Quiroga, Alcalá-Zamora, Alvaro de Albornoz y Alejandro Lerroux. De pie: Indalecio Prieto, Nicolau D'Olwer, Marcelino Domingo, Miguel Maura, Azaña, Fernando de los Ríos.

Don Niceto Alcalá Zamora

Don Miguel Maura

Don Fernando de los Ríos

Don Alvaro de Albornoz

Don Francisco Largo Caballero

Don Santiago Casares y Quiroga

Don Alejandro Lerroux

Don Marcelino Domingo

Don Manuel Azaña

Don Indalecio Prieto

Algunas de las personalidades más significativas de la vida política española al instaurarse la República, en abril de 1931.

No se pudo evitar que nos uniéramos al grupo y emprendimos una marcha cuya lentitud nos causó cierta sorpresa por la creencia incierta de que haríamos un viaje largo. Pero las cábalas dieron en la diana de la suposición al emprender la regia comitiva el camino de El Escorial.

Nuestra sensibilidad se emocionó un instante cuando la reina se detuvo a la altura de Galapagar. Quería despedirse de un Madrid en perspectiva, del paisaje inmortalizado, entrevisto durante veinticinco años en los salones de palacio. Allí estaban los chopos y las nubes bajas de Goya, y al fondo la ciudad hirviente de aquellos días.

Se sentó en una piedra, que puede estar allí todavía, porque era una piedra hincada en la tierra, como un pedestal. La reina hablaba tranquila, sin traslucir la emoción, con no más de seis personas del acompañamiento, que se le acercaron. Los periodistas nos mantuvimos a distancia. Hablaba de su destino inmediato, daba las gracias a unos y a otros, y de vez en cuando miraba hacia la lejanía. Sus hijos callaban apartados, mirando también hacia Madrid.

El silencio soleado de la carretera lo rompió de pronto una algarabía popular que puso a todos los pelos de punta. Dos camiones llenos de jóvenes republicanos, aunque pacíficos gozosos, avanzaban desde Madrid, gritando el «slogan» del momento refiriéndose al rey:

—¡No se ha ido! ¡Le hemos «echao»! ¡No se ha ido! ¡Le hemos «echao»!

Nuestra angustia crecía a medida que se iban acercando las voces en coro rítmico y escandaloso. La reina reaccionó sin miedo, expectante; no se movió de su improvisado asiento.

Sanjurjo, con presencia de ánimo, se adelantó lentamente hacia los camiones haciéndoles señas para que se detuvieran. Lo hicieron, y con la sonrisa más amable que pudo sacar de su hosco semblante, el general les explicó a

Los ocho políticos republicanos que en la tarde del 14 de abril de 1931 se hicieron cargo del Poder, retratados tras la apresurada ceremonia celebrada en el salón grande del Ministerio de la Gobernación. De izquierda a derecha: Azaña, Alvaro de Albornoz, Alcalá-Zamora, Miguel Maura, Largo Caballero (tras el hombro izquierdo de Maura), Fernando de los Ríos, Lerroux y Casares Quiroga.

los muchachos lo que pasaba. «Aquel grupo eran la reina y sus hijos que contemplaban Madrid por última vez, camino del Escorial donde tomarían el tren para marchar al exilio».

—Por favor, tengan ustedes compasión...

Los gritos habían enmudecido. Los jóvenes que ocupaban los camiones, con sus banderas republicanas alzadas, miraron hacia el grupo comunicándose unos a otros lo que ocurría, casi en voz baja, como si se tratara de un duelo, que en cierta forma lo era, y dieron la vuelta camino de Madrid, calladitos, sin mayor escándalo que el roncar de los motores.

Ese era el pueblo republicano que había votado el 12 de abril, sin más armas que el sufragio ni espíritu de revancha tras el triunfo. Aquel pueblo que la noche anterior custodiaba el Palacio de Oriente y silenciaba en torno las voces altas para que pudiera dormir la familia del rey.

Y pensar que yo creí en un momento que podría haberse producido en Galapagar un nuevo Ekaterinemburgo...

LA IMPORTANCIA DEL 14

La primera «Gaceta» republicana publicaba el siguiente:

Decreto declarando festivo el día 15, y disponiendo que en los años sucesivos sería fiesta nacional el día 14 de abril.

Se sancionaba con esto la importancia del 14, lleno de miedos injustificados y confusiones en las hasta entonces altas esferas, puesto que a las cinco de la tarde creyeron los ministros de la Corona y el propio rey, que habían tomado posesión del Gobierno los republicanos, cuando fue a las ocho y media la hora en que entraron en Gobernación los firmantes del Pacto de San Sebastián, garantía que hizo portarse al pueblo con civismo, salvándose muchos patrimonios, instituciones y personas en el día, funesto para el rey y los monárquicos, del 14 de abril.

Sin embargo, el conde de Romanones, en su **Historia de cuatro días**, trata de darle dramatismo al día, para valorizar su papel. Y refiere una conversación que tuvo con la reina urgiéndole a que abandonara Madrid cuanto antes. Dice:

«Es posible que se acordara —la Reina— de esta conversación en la noche del 14 al 15, cuando percibía los gritos de la muchedumbre a las puertas de Palacio y las oía retemblar por los empujones de los asaltantes. (...».

Si esto hubiera sido verdad, ¿habría podido el conde escribir ese libro?

Luego habla de los esfuerzos que tuvo que hacer el director general de Seguridad de la República, don Carlos Blanco, para salvar la vida de aquella familia real la misma noche.

Completamente absurdo. Imposible que don Carlos Blanco tuviera que hacer «esfuerzos por salvar la vida» de alguien la noche del 14, porque no fue nombrado director de Seguridad hasta el 15, en que tomó posesión del cargo, y había pasado la noche del 14 charlando despreocupadamente con otros republicanos, en el salón Goya de Gobernación.

Al dibujante **Bon** le regalaron un perro aquel día y le puso de nombre «14 de abril de 1931». Lo insólito es que el perro no atendía por «Catorce», como pretendíamos llamarle algunos para abreviar. Sólo venía moviendo el rabo si se pronunciaba el nombre completo, con sus cinco palabras. Así le había enseñado su dueño. ■

C. S.

La proclamación de la República, el 14 de abril de 1931, en Valencia.

La proclamación de la Republica, el 14 de abril de 1931, en Barcelona.

Habla Alvarez

ESTA entrevista se hizo de difícil realización debido a las actividades políticas que realizaba Julio Alvarez del Vayo, pese a su ya edad avanzada. Iba de un lado para otro tanto en Europa como fuera del continente, siempre ilusionado en encontrar medios de acción eficaces que dieran al traste con la dictadura de Franco. Debido, pues, a ese ajetreo, cuando recurrimos a Antonio Fernández, secretario en París de Alvarez del Vayo, nos prometió su colaboración, asegurándonos que se aprovecharía el primer pasaje por París de la persona en cuestión para que se cumpliera nuestro deseo, cosa que en realidad tardó más de tres meses. Pero al fin, el día 10 de enero de 1972, en un discreto café de la rue des Saints Peres, en París, pudimos interviuar a Alvarez del Vayo.

Era la primera vez que teníamos ocasión de hablar personalmente con el ex ministro de la República que tanto había dado que hablar, fuera en España como en el extranjero, en la Sociedad de las Naciones (Ginebra). La labor de este hombre al frente de los Negocios Extranjeros del Gobierno republicano es muy conflictiva y hay duras críticas sobre ella, tanto del lado anarquista como socialista. Solamente el Partido Comunista Español, durante la guerra, defendió la política que Alvarez del Vayo realizaba desde su ministerio. Pero terminada la guerra y después que se produjo la escisión en el PSOE, capitaneando Alvarez del Vayo una fracción de ella, también cayó sobre él la crítica del P.C.E. De esto puede inferirse que la conflictividad, quizás, radicaba en la personalidad propiamente dicha del personaje.

Las dos horas —y desde el principio— que estuvimos con él realizando esta entrevista, sacamos la conclusión que Alvarez del Vayo podía tener de todo menos de diplomático. Es evidente que poseía un fuerte control sobre sí y sobre su pensamiento, pero había una fuerte dosis de ingenuidad en su persona. Sin embargo, esa ingenuidad quedaba contrarrestada

Entrevista realizada por **Abel Paz,** a **Julio Alvarez del Vayo,** ex ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno Republicano español (4 de septiembre de 1936 a 28 de marzo de 1939) (1).

(1) Julio Alvarez del Vayo, destacó antes de la guerra civil española como periodista. Trabajó para «La Nación», de Buenos Aires. En 1926 escribió un libro, «La Nueva Rusia», que resume los viajes que hizo a ese país en los años 1922 y 1924. Como socialista estuvo muy ligado con Largo Caballero, hasta el punto de distinguirle éste por su gran amistad. Por consejo de Alvarez del Vayo, Caballero accedió en 1935 a la unificación de las JJ.SS. con las JJ.CC. de cuya nueva organización (J.S.U.) fue Santiago Carrillo su secretario general. Para su acción en la guerra de España, se puede consultar su libro «Les Batailles de la Liberte», editado en París en 1953.

Julio del Vayo

por su tono y comportamiento modesto. La mezcla de todos estos elementos, unidos o matizados por esa dicha ingenuidad, quizá sea posible explicar por ahí su llamada traición a Largo Caballero y su entrega a la política de Stalin en España. Nos pareció, pues, un hombre confiado, seguro de sí mismo y sinceramente —aunque sus caminos fueran equivocados para algunos— amante de la causa del pueblo español.

El tema principal de la interviú era la cuestión de Marruecos, sobre cuyo asunto estábamos preparando un trabajo que si algún día se publica llevará como título «La cuestión marroquí en la revolución y guerra de España». Alvarez del Vayo podía sernos de mucha utilidad explicándonos los pormenores de las gestiones que durante la guerra española el Gobierno Republicano había realizado con la intención de atraerse como aliados a los rifeños. Las respuestas, que vamos a transcribir a continuación, que Alvarez del Vayo dio a nuestras directas preguntas, no son satisfactorias. Es cierto que aclaran algunos pormenores confirmando ciertos hechos, como será la iniciativa de García Oliver a entablar directamente gestiones con el CAM (Comité de Acción Marroquí, en Fez) para ganar a la causa republicana española al arabismo. Sin embargo, Alvarez del Vayo dejó muchas cosas en la oscuridad cubriendo su deseo de no querer hablar con el eufemismo de «no tuve conocimiento de eso», o «no sé nada de ello». Podíamos haber extremado nuestras preguntas, pero estamos seguros que no hubiéramos obtenido mayor información. Fue una lástima, tanto para el conocimiento histórico como para Alvarez del Vayo, pues a la altura en que nos encontrábamos hubiera sido muy útil la posibilidad que le ofrecimos para llevar el asunto con un sentido más crítico, aunque ello implicara la autocrítica de su función como ministro de Asuntos Exteriores durante ese período.

Don Francisco Largo Caballero (1869-1946). Ministro de Trabajo con el primer Gobierno Azaña, y anteriormente en el Gobierno provisional de abril de 1931. Ministro de la Guerra de septiembre de 1936 a mayo de 1937, además de Presidente del Gobierno de la República. (Murió exiliado en París).

INTERVIU

PREGUNTA.—*¿Qué sabe usted de los contactos que hubo entre el CAM y el Gobierno Republicano durante la guerra española (1936-37)?*

RESPUESTA.—Antes de responder a esa pregunta tan directa, permítame explicarle, para mejor situar las cosas, mi opinión sobre la situación política que se nos creó con el levantamiento militar.

En vísperas de la rebelión de Franco, yo fui ese mismo fin de semana a Biarritz para pasar unos días con mi familia, que se encontraba veraneando allí. Marché con una sensación de inquietud muy grande, porque estaba convencido de que iba a producirse una rebelión militar. Desgraciadamente, entre los llamados dirigentes, me encontraba en minoría. El mismo presidente de la República, Manuel Azaña, consideraba que yo era un obseso del levantamiento militar. Me dijo varias veces: «Aquí no se levanta nadie».

Antes de salir para Biarritz, el viernes, envié un recado al presidente del Consejo de Ministros y ministro de la Guerra —por cierto un buen amigo mío—, señor Casares Quiroga, por el que le decía «que no me atrevía a salir de Madrid, porque me temía que de un momento a otro iba a producirse la rebelión militar». Me contestó muy amablemente y un poco irónico «que podía pasar no sólo un fin de semana, sino varios, en Biarritz». La rebelión se produjo y yo traté inmediatamente desde Biarritz volver a Madrid. Naturalmente, fue un intento de viaje en coche accidentadísimo, expuesto varias veces a caer en manos de los rebeldes, incluso de ser fusilado por los nacionalistas vascos, que me confundieron con otra persona. Pero el caso fue que hube de volver a Biarritz, y emprender el regreso siguiendo la vía Barcelona-Valencia para alcanzar Madrid.

Ahora vamos a entrar en el objeto de su pregunta. En Barcelona vi a García Oliver, un dirigente anarquista muy activo. Hablé con él y me dijo «que a él le parecía que el Gobierno de la República —presidido ya entonces por José Giral (que había reemplazado a Diego Martínez Barrio en la mañana del 19 de julio de 1936, como éste había reemplazado a Casares Quiroga en la noche del 18 de julio)— no aprovechaba la oportunidad de la predisposición que los países africanos manifestaban de apoyo a la República española». «Si esa oportunidad se aprovecha —me dijo— compensará en favor nuestro el éxito de nuestra causa, debido a que el general Franco se había sublevado en Marruecos y era de allí que nos atacaba». Ambos discutimos a fondo este asunto. Y al final de nuestra conversación, cuando yo tenía que salir para Madrid, me recomendó que defendiera en Madrid nuestros puntos de vista: «Dado —me dijo— los conocimientos que usted tiene sobre cuestiones internacionales, trate por todos los medios de influenciar al ministro de Estado, señor Vázquez, y al señor Giral para que no se pierda la oportunidad que se nos ofrece para ganar la guerra».

A mi llegada a Madrid, hablé con el señor Giral del asunto y éste me contestó: «Ya tenemos demasiadas complicaciones». Estaba Giral entonces gestionando el llamado pacto de «no intervención» (que fue un desastre para la República). Conste que ese pacto se firmó antes de ser yo ministro de Relaciones Exteriores (entré cuando se constituyó el Gobierno de Largo Caballero, el 4 de septiembre de 1936, y el «pacto» fue iniciado por León Blum-Eden el 24 de julio de 1936) (2). En las veces en que insistí a Giral sobre la cuestión de Marruecos, éste siempre, muy abrumado, me dio la misma respuesta: «que no era conveniente meterse en una complicación más».

(2) Sobre esta actividad de León Blum, es interesante la lectura de la carta que le envió Vicente Auriol el 12 de agosto de 1936, mantenida inédita hasta el día 26 de noviembre de 1975, fecha en que fue reproducida por el cotidiano parisino «Le Monde». Véase su texto en apéndice.

Después, cuando yo fui ministro de Negocios Extranjeros (de «Estado», como se le llamaba entonces), intenté renovar los contactos con los marroquíes, pero siempre encontré oposición entre los dirigentes españoles, porque ellos todavía tenían fe en una modificación de la política francesa respecto a la guerra española (fe que yo nunca compartí y menos aún después de tener las duras conversaciones que sostuve con León Blum, jefe del Gobierno del Frente Popular en Francia). De modo que, en el fondo, fue una aproximación a los países africanos que quedó frustrada desde el principio.

PREGUNTA.—*¿Piensa usted que este tema, además de su valor histórico, merece atención de actualidad?*

RESPUESTA.—¡Claro que sí! Actualmente (1972) esto tiene suma importancia debido al estado de espíritu que existe en Argel y otros países africanos en relación de simpatía a la causa republicana española. Yo lo he podido constatar, puesto que siempre he aprovechado las reuniones de las Naciones Unidas, en donde me he encontrado con jefes de Estado de países africanos, para ver la manera de obtener sus apoyos en nuestra lucha contra la dictadura de Franco. Sigo estando convencido que el movimiento de liberación español cuenta con muchísimas simpatías en Africa y un posible y lógico apoyo. Ahí está el caso de Eustaquio Casas, socialista de izquierda formidable, que se ha jugado varias veces la vida pasando la frontera para salvar la de algunos de nuestros compatriotas...

PREGUNTA.—*Robert Rezette es un especialista en las cuestiones marroquíes y es de los pocos que se han hecho eco de los intentos de aproximación que se hicieron durante la guerra entre el CAM y el Gobierno republicano. Escribe que en los meses de septiembre y octubre de 1936, se trasladó a París una delegación del CAM para tratar con León Blum el problema de cómo ayudar los marroquíes a la República española y que el jefe del Gobierno francés se negó a recibirla, perdiendo la República española por esa actitud uno de sus posibles mejores aliados. El periodista e historiador inglés Geoffrey Fraser, también ha escrito que en una entrevista que él tuvo con León Blum, cuando éste se encontraba preso en la cárcel de Riom, bajo el Gobierno de Vichy, Blum reconoció amargamente el gran error que cometió entonces al no aprovechar la oportunidad que los marroquíes ofrecieron a la República española (3).*

Juan García Oliver (1901). Destacado miembro del Movimiento Anarquista. Ministro de Justicia en el segundo Gobierno de Largo Caballero, posteriormente miembro del Consejo de Guerra de Largo Caballero. Al finalizar la guerra civil se refugió en Guadalajara (México), donde vive en la actualidad.

RESPUESTA.—Efectivamente. Fraser, que es un buen amigo mío, me refirió en una ocasión la versión relativa a León Blum. Me dijo que Blum reconoció que en la cuestión de Marruecos había cometido un grosero error, al privar a la República española de la ayuda que los marroquíes podían aportarle.

PREGUNTA.—*En España, poco se habló en la época de este asunto. Incluso, pocos son, también, los historiadores que escriben documentadamente sobre el tema y, cuando lo hacen, es siempre en el sentido de reproche a la República por no haber pensado su guerra contra Franco, tomando como plataforma de ella el mismo suelo de Marruecos. Una sola obra española hace referencia a esta cuestión: La historia de la guerra y de la revolución española, escrita colectivamente por el P.C.E., pero por la versión que en ella se da, la responsabilidad recae sobre Largo Caballero como si éste y sólo éste fuese el único responsable del asunto. En la mencionada obra se escribe que una delegación marroquí (CAM) acudió a Barcelona y suscribió un pacto con los partidos políticos y las organizaciones obreras, por el cual el Gobierno de la República se comprometía a extender al Protectorado español en Marruecos la autonomía política y administrativa que gozaba Cataluña en virtud de su Estatuto. Pero que Largo Caballero, sin consultar con nadie, se negó a suscribir el pacto*

---

(3) Robert Rezette: Les Partis politiques Marrocains. Ed. Armand Colin, París, 1955. Geoffrey Fraser y Thadee Natanson: Leon Blum: Man and Statesman, editado en Londres. La cita de este libro la recoge Joel Colton en: Leon Blum. Ediciones Fayard, París, 1965.

De izquierda a derecha, en la fotografía, Franchy Roca, Marcelino Domingo, Largo Caballero, Companys, Francisco Barnés, Agustín Viñuales, Azaña, Fernando de los Ríos, Alvaro de Albornoz, Casares Quiroga e Indalecio Prieto.

en cuestión (4). ¿Qué es lo que usted conoce de este asunto?

(4) Esta historia del Partido Comunista es muy tendenciosa y de ahí que su valor histórico sea nulo. En la cuestión que relatamos dice la verdad a medias. Los hechos fueron así: García Oliver inició gestiones acerca del emir Chekib Arslan, residente en Ginebra, por una delegación compuesta por el egipcio Argila y Jaime R. Magriña. Esas gestiones culminaron en un pacto que se firmó en Barcelona en septiembre de 1936 entre el Comité Central de Milicias de Cataluña y el Comité de Acción Marroquí. Además de los citados en el inicio de las gestiones se encuentra David Rousset, delegado de la IV Internacional en Fez en agosto de 1936 y Robert Louzon, director entonces de «La Revolution Proletarienne». La Comisión catalana que se desplazó a Madrid para discutir con Largo Caballero la cuestión del pacto con los marroquíes fue: Jaime Miravitlles (E.R. de C.), Julián Gorkin (POUM), Aurelio Fernández (CNT-FAI) y Rafael Vidiella (UGT). Es cierto que Largo Caballero se negó a discutir con la delegación catalana porque «Cataluña se abrogaba competencias impropiamente». No obstante, Largo Caballero habló con la delegación marroquí y consultó con el Gobierno francés (León Blum) y fue de éste de quien recibió por conducto de su embajador en Madrid, la indicación de no llevar adelante, oficialmente hablando, el trato con los marroquíes. Pero aquí conviene hacer una observación: por todos es sabido cómo funcionaba el P.C.E. y por tanto este partido así como los «consejeros» de Moscú (Togliatti) y Rosenberg (Embajador ruso) y Antonov Ovssenko (cónsul soviético en Barcelona) estuvieron al corriente del asunto desde un principio. Si Largo Caballero ocultó a Del Vayo y no informó al Consejo de Ministros (cosa que es muy dudosa, sobre todo con relación a Vayo, por el cargo que éste tenía), ¿qué impedía a los ministros comunistas (Jesús Hernández y Vicente Uribe) presentar la cuestión en el Consejo de Ministros? La verdad era que a Stalin no le interesaba de ninguna manera internacionalizar la guerra española —cosa que hubiera acontecido de llevarse a la práctica el pacto firmado en Barcelona—. Cargar la responsabilidad única sobre Largo Caballero y León Blum es un comportamiento político que encaja perfectamente en la línea jesuítica practicada por la I.C.

Don José Giral Pereira (1879-1961). Ministro de Marina, de abril de 1931 a junio de 1933, y de febrero a julio de 1936. Presidente del Gobierno, de 19 de julio al 4 de septiembre de 1936. Murió exiliado en México.

RESPUESTA.—De este asunto conozco lo que he ido sabiendo posteriormente a los hechos. Es seguro que Largo Caballero no sometió ese asunto al Consejo de Ministros.

PREGUNTA.—*A usted, como hombre de con-*

El Gobierno de Santiago Casares Quiroga (mayo a julio de 1936): De izquierda a derecha, sentados: Antonio Velao, Enrique Ramos, Augusto Barcia, Casares Quiroga, Blasco Garzón, José Giral, Francisco Barnés. De pie: Lluhí Vallescá, Plácido Alvarez-Buylla, Mariano Ruiz-Funes, Bernardo Giner de los Ríos. (Falta en la fotografía el ministro de la Gobernación, Juan Moles Ormella).

fianza y además ministro que era de Asuntos Exteriores, ¿Largo Caballero no le tuvo al corriente de la oferta del CAM? ¿No hubo ningún ministro que ante el silencio de Caballero presentara la cuestión pidiéndole explicaciones?

RESPUESTA.—Por lo que a mí hace referencia, mantengo que Largo Caballero no me consultó, y en cuanto a la segunda pregunta, ninguno de los ministros presentó la cuestión en Consejo de Ministros (5).

PREGUNTA.—*Según se desprende de las propias memorias de guerra de Manuel Azaña y de Vicente Guarner, Largo Caballero, pese a su negativa al trato directo con el CAM, inició una acción en Marruecos encargando de ello a Carlos Baraibar, misión que tenía por objeto sublevar las cábilas contra Franco, pero —también según Manuel Azaña— fue Negrín, en junio de 1937, quien puso punto final a las actividades de Baraibar en Marruecos (6). ¿Qué puede usted decirme de todo esto?*

RESPUESTA.—Le repito que del asunto de Marruecos la única vez que traté de ese asunto fue a raíz de la conversación que sostuve con García Oliver en Barcelona y después la acción que ya he relatado en Madrid acerca de Giral. Después, nada más. Puede estar seguro que yo hubiera apoyado esa iniciativa, puesto que mi posición era buscar la victoria de la República aprovechando todas las oportunidades, no haciendo diferencia en nada desde el Vaticano hasta Moscú. ■ **A. P.**

Don Julio Alvarez del Vayo (1891-1975). Ministro de Estado (Asuntos Exteriores), de septiembre de 1936 a mayo de 1937, y de abril de 1938 a abril de 1939. Falleció exiliado en Ginebra (Suiza).

---

(5) Remitimos a la última parte de la nota anterior.
(6) Véanse: Memorias políticas de Manuel Azaña, Tomo IV, páginas 613 a 751 («La Pobleta, 1937») y Vicente Guarner: Cataluña en la guerra de España.

Martínez Anido, el Terror en Barcelona

Josep M.ª Morreres Boix

«ES un personaje cuyo estudio corresponde mejor a la psiquiatría que a la política. El crimen por el crimen, el placer sádico aplicado siempre a los de abajo (aunque esto no implica que no sienta también desprecio por los de arriba) aparece como un estímulo de vida, como un goce o un éxtasis mórbido (...), el asesinato fue uno de sus objetivos supremos, si no el único. Cada crimen estaba precedido por el placer de la celada».

LA descripción anterior pertenece a Buenacasa, pero podría ser atribuída al 80 por 100 del proletariado que vivió en Barcelona en los años veinte, y que sufrió una represión tan dura que el nombre de Martínez Anido quedó en la mente de aquellos barceloneses como sinónimo de arbitrariedad, violencia y crimen. Martínez Anido creó un estilo. En el futuro, cuando desde el Estado de ataca sin contemplaciones a la clase obrera es evocado el nombre de Martínez Anido, cuando un gobernante se excede en sus funciones cae sobre él la estigmatización de Martínez Anido.

Tal vez tenga razón Buenacasa al decir que el

estudio de este personaje compete a la psiquiatría. Tal vez sí, él lo pudo conocer bien, pero lo cierto es que este hombre fue encaramado al poder en una situación concreta y por una clase concreta. Esto será el tema de este estudio.

ANTECEDENTES BIOGRAFICOS

Gallego de nacimiento, barcelonés de adopción, Martínez Anido nació en El Ferrol en 1862, pasando a residir sus padres a Barcelona cuando él contaba ocho años. Como militar, su figura permanece en la penumbra del desastre colonial español. Se sabe que participó en la guerra de Filipinas y en la de Melilla. En 1911 actuó como ayudante del joven rey Alfonso XIII, más tarde fue nombrado Director de la Academia de Infantería, haciéndose cargo posteriormente del gobierno civil de San Sebastián y del gobierno militar de Barcelona.

Siendo Gobernador militar de Barcelona toma contacto con personalidades de las entidades económicas de Cataluña, preocupados por el incremento de la violencia de la lucha obrera.

EL GOBIERNO CIVIL DE BARCELONA

La situación que presentaba Barcelona en el mes de noviembre de 1920 era caótica. La huelga era casi general, y ninguna de las partes estaba dispuesta a ceder. El terrorismo era la realidad más evidente. Terrorismo de Estado, persiguiendo y encarcelando a los líderes obreros, terrorismo patronal, atentando contra los huelguistas más activos, y terrorismo obrero, atentando contra patrones y esquiroles.

Barcelona, y particularmente su distrito quinto, era en esta época el refugio de vividores y holgazanes que habían llegado a la ciudad con la prosperidad que se alcanzó durante la guerra europea. Acabados los tiempos en que el dinero corría a manos llenas, aquellos hombres debieron buscar un nuevo medio de vida, y lo encontraron actuando como mercenarios en la guerra abierta que había estallado entre trabajadores y empresarios.

Proclamación del Estado de Guerra en Barcelona, en agosto de 1917.

Personajes como el falso Barón de Koening, pasaron de la nómina del espionaje alemán a la de la patronal catalana, siempre bajo la protección de la policía, fuera ésta dirigida por Bravo Portillo o por el general Arlegui.

La política de la burguesía puso al sindicalismo barcelonés entre la espada y la pared, y progresivamente sus líderes más moderados se fueron viendo desbordados por jóvenes ardorosos, que se mostraban dispuestos a aceptar la dialéctica de las pistolas.

La gestión gubernamental en Barcelona se caracterizó por su indecisión. Alternando la más estricta represión con una tímida apertura al diálogo, que no satisfacía a ninguna de las dos partes en litigio.

A Julio Amado le sucedió el conde de Salvatierra, cuyo mandato se caracterizó por la violencia de su gestión, aplicando la Ley de Fugas a 33 sindicalistas. Destituido el mes de junio, encontró la muerte en Valencia el 4 de agosto, a manos de un grupo anarquista que así vengaban la muerte de su compañeros. En junio fue nombrado gobernador el señor Bas, que intentando enmendar los errores de su antecesor, quiso establecer una política de diálogo. Diálogo que no excluía la mano dsra, ya que Bas mantuvo la supresión de garantías constitucionales y no liberó a los presos gubernativos encarcelados por la arbitrariedad del conde de Salvatierra.

Salvador Seguí, «el Noi del Sucre», el principal dirigente de la C.N.T. Asesinado por los pistoleros de los llamados «Sindicatos Libres», vinculados a ciertas jerarquías y, por tanto, gozando de una total impunidad oficial.

Pero la burguesía catalana no se mostraba satisfecha con la gestión de Bas, al que acusaban de conciliador, en un momento en que creían que se debía dar la última batalla al movimiento obrero y acabar de una vez con las exigencias reivindicativas y con los afanes de transformación social. Exigían en el gobierno civil a un hombre dispuesto a solucionar la guerra social con una victoria; exigían un hombre que no tuviera escrúpulos en diezmar, si fuera necesario, las filas del proletariado. Y este hombre era sin duda Martínez Anido.

EL NOMBRAMIENTO DE MARTINEZ ANIDO

Ante todo era necesario conseguir la dimisión del señor Bas. Para ello la burguesía catalana extremó el boicot que hacía a su gestión, para culminar con la visita de Martínez Anido, como gobernador militar, pero oficiosamente delegado por las fuerzas vivas de la ciudad, al palacio de Gobernación. Francisco Madrid narra así la entrevista:

«Una noche estaban en el Gobierno Civil acompañando al gobernador civil señor Bas, Joaquín Montaner y Carlos Madrigal. Se comunicó al señor Bas que el señor Martínez Anido deseaba hablar con él y el gobernador rogó que la autoridad militar pasará al salón rojo. En el salón rojo hubo una de las escenas más violentas que se hayan podido presenciar en la política catalana. El señor Martínez Anido, muy seca y escuetamente, se presentó al señor Bas y le dijo:

—Señor Gobernador: Barcelona no puede continuar viviendo en la zozobra. Esos cuatro bandidos y criminales que la desangran son la única autoridad que manda y dispone. El Ayuntamiento y la Diputación están dirigidos por una cuadrilla de cabrones. Es necesario poner coto a tanto desmán, dar paz a Barcelona y asegurar la tranquilidad de la Monarquía. El oro ruso está comprando todas las gentes de audacia de Barcelona, y un día despertaríamos y nos encontraríamos con una caricatura del régimen soviético que costaría mucha sangre poder liquidar. Para esto hay que tener agallas y si usted no las tiene las tengo yo. Hay que dar la batalla. Aquí le traigo la lista de la gente que hay que fusilar y deportar en cuarenta y ocho horas para que la paz sea un hecho. Son setenta u ochenta, pero ¿qué importan setenta u ochenta víctimas ante la tranquilidad de una ciudad y la paz de un régimen? Vea usted: Angel Pestaña, Salvador

Seguí, Luis Companys, Evelio Boal, Juan Casanovas, Antonio Montaner, Francisco Layret, Joaquín Montaner, Eugenio D'Ors, Francisco Asín, Martín Barrera, Antonio Amador, Piera, Molíns... etc. (Y dijo para terminar), y hasta ochenta nombres» (1).

Por supuesto, Bas, tal como se esperaba, rehusó las exigencias de Martínez Anido y anunció su deseo de dimitir. No se había pretendido otra cosa. Ya la burguesía había iniciado sus gestiones cerca de Dato para que se nombrara como nuevo gobernador al propio general Martínez Anido. Estas gestiones fueron llevadas a cabo por el marqués de Foronda, en representación de las entidades económicas, el Fomento del Trabajo Nacional, la Cámara Mercantil, la Cámara Industrial, así como de los partidos Lliga Regionalista y Unión Monárquica Nacional, y del Somatén.

Martínez Anido es nombrado el 9 de noviembre de 1920, partiendo el día siguiente hacia Madrid para acordar con Dato las atribuciones que asumiría en su gestión. El general exigió a Dato carta blanca para su actuación en Barcelona, convirtiéndose en un verdadero virrey. Dato se mostró de acuerdo. La «Veu de Catalunya» recogía las declaraciones del Presidente: «Como les había anunciado, anoche celebramos una conferencia muy larga el general Martínez Anido, el ministro de Gobernación y yo. Hablamos de todo lo que se relaciona con Barcelona: el pasado, el presente y el futuro. El nuevo gobernador conoce nuestro criterio sobre los problemas palpitantes de la Ciudad Condal».

Por su parte, Martínez Anido declaraba al periódico «Hoy», de Madrid, el programa idílico de su gestión:

«Vengo a Madrid a conferenciar con el Gobierno y ponerme de acuerdo con él acerca de las medidas que se deben adoptar para seguridad de Barcelona y ver de llevar la calma a los espíritus.

Yo no he sido nombrado para actuar como militar, con la férrea disciplina del cuartel. Ni extremaré el rigor ni la violencia, sino procuraré mantenerme en el justo medio.

En Barcelona hay que distinguir el problema social del terrorista.

(...) Respecto al problema terrorista he de ser inexorable. No se puede consentir el que las bandas de criminales operen impunemente y a pleno día en las calles céntricas de la población.

(1) *Madrid, Francisco:* **Ocho meses y un día en el gobierno civil de Barcelona,** *Barcelona, Ed. La Flecha, 1932, pág. 100.*

Tarjeta postal de la Agrupación Socialista de Zaragoza, puesta en circulación el 1.º de Mayo de 1918, en homenaje a Pablo Iglesias, y a los entonces encarcelados Besteiro, Aguiano, Largo Caballero y Saborit.

(...) Además, con policía mal pagada no se puede hacer milagros; no hay quien tenga héroes por 4 pesetas. Es preciso una policía bien pagada y gratificar en metálico los servicios extraordinarios que presten.

(...) Conste, pues, y con esto termino —dijo el general Martínez Anido— que, contra lo que algunos han creído, vengo al cargo de gobernador no para, como vulgarmente se dice, dar palos a diestro y siniestro: mi deber es otro y a él ma atendré. Quiero que obreros y patrones vezn en mí al representante de la autoridad que establece las mismas normas de justicia para unos y para otros».

Efectivamente, a su regreso a Barcelona Martínez Anido hace una serie de declaraciones, pregonando su amor por Barcelona, su deseo de devolverle la paz, su respeto por las justas reivindicaciones de las clases trabajadoras, etc. Pero paralelamente a estas palabras de buena voluntad, que por otra parte no enga-

Eduardo Dato despachando con el Rey D. Alfonso XIII. El entonces Presidente del Consejo de Ministros, moriría asesinado en Madrid el 8 de marzo de 1921.

ñaban a nadie, inicia una escalada en la represión sin precedentes. Entre el 11 y el 14 de noviembre son detenidos por orden gubernativa más de 400 sindicalistas.

F. Madrid, en la obra ya citada, reproduce una entrevista con los directores de periódicos, ante los avances de la huelga y la amenaza de la censura roja.

—Nada, nada. Si se va con contemplaciones no conseguiremos nada. Si se les llama y no quieren trabajar, incluso llamaré a la Guardia Civil, a pesar de que los periódicos no son artículos de primera necesidad. Pero, en fin, si incluso es necesario, se hará. Ya vez ustedes lo que he tenido que hacer con los matarifes y con los de pompas fúnebres, que les llamé y dije a los matarifes: "Vosotros puede que tengáis miedo por la posibilidad de que os maten los del Sindicato Unico, pero yo os aseguro que o matáis o soy yo el que os 'mato'"; y a los de la funeraria les dije: "O lleváis muertos u os llevan muertos". Sí, hombre, hemos llegado a un estado de cosas en que no sirve para nada la Constitución. Aquí no la necesitamos. ¿Que se hacen coacciones? Yo les aseguro que las coacciones serán castigadas, porque estoy dispuesto a fusilar en la misma Plaza Cataluña» (2).

Esta cita sirve para darnos una idea de la óptica real con que Martínez Anido veía el problema social, en contraposición a sus declaraciones públicas.

Salvador Seguí denunciaba en un mitin celebrado en Madrid el día 15, en el teatro Olimpia, la peligrosa orientación que tomaba la gestión de gobierno en Barcelona.

«Se habla de terrorismo y de atentados. Está bien. Estas son realidades de la vida. Pero de lo que no se quiere hablar es de que hay gobiernos mediatizados y sin ningún civismo.

Se ha llegado a decir que la única solución del problema social en Barcelona y en España entera era decapitar a diez o doce individuos y deportar a unos 600. Esto lo dijo una representación de los patronos de Barcelona, en nombre de los patronos de España» (3).

A Martínez Anido no le era suficiente el amplio marco para la actuación policial que le ofrecía la supresión de garantías constitucionales. No le era suficiente el poder detener y mantener por tiempo indefinido a los dirigentes sindicalistas, o deportarlos, sin juicio previo, al penal de Mahón. Martínez Anido necesitaba eliminar físicamente a sus enemigos, y de una

(2) *Madrid, F.:* **Op. cit.**, *pág. 103.*

(3) *Reseña de la «Veu de Catalunya», 16 nov. 1920.*

forma expeditiva, sin necesidad de molestos juicios legales. Sin eufemismos, se trataba de asesinar a los líderes cenetistas. Organizar el asesinato desde el Palacio de Gobernación y con la colaboración activa de la Policía, cuyo jefe era el general Arlegui. Para este fin se pensó en utilizar los servicios de los pistoleros del Sindicato Libre, sindicato de afiliación católica al servicio de la patronal. Los enfrentamientoe entre miembros del Libre y del Unico (C.N.T.) eran ya de conocimiento público; sólo se trataba de potenciar la audacia de los pistoleros del Libre mediante el soborno y la protección policial, que les garantizaba la impunidad hasta donde podía.

Ramón Sales era el jefe de los pistoleros del Sindicato Libre, y había sido ya el hombre de confianza del barón de Koening, haciéndose cargo de la banda cuando aquél fue obligado a abandonar el país. Sales mantenía cordiales relaciones con miembros de las entidades económicas catalanas y con el Gobierno Civil.

De izquierda a derecha, en la fotografía, el segundo es el general Martínez Anido, al lado de los generales Saliquet y Primo de Rivera.

Asimismo, Martínez Anido potenció y amplió la red de confidentes con que contaba la policía, no ya sólo para conocer los planes de los sindicalistas y sus autores, sino también para servir de agentes provodadores y hacer caer en las celadas policiales a incautos e inexpertos activistas. En estos menesteres se destacó el que fuera abogado laboralista, Pedro Mártir Homs, que aprovechándose de su situación y de la confianza de que debía gozar por su profesión, rindió grandes servicios a la policía. Descubierto finalmente, debió huir de Barcelona por el peligro que corría su vida.

Siguiendo con sus planes represivos, Martínez Anido ordenó la deportación a Mahón de 36 dirigentes cenetistas, entre ellos figuraban Lluis Companys, que era abogado laboralista de la CNT, y Salvador Seguí, que había sido detenido justo al descender del tren, de regreso del mitin de Madrid al que hemos hecho referencia.

EL ASESINATO DE LAYRET

Precisamente cuando salía de su domicilio para ir a gestionar la libertad de los detenidos, es asesinado en plena calle Balmes el diputado el diputado y abogado de los trabajadores Francesc Layret. Era el 30 de noviembre. Los asesinos, Paulino Pallás y Ramón Tarragó Llas, ambos del Sindicato Libre. En el momento de su muerte se encontraban con él la esposa y la hermana de Companys y un sirviente que le ayudaba a desplazarse, ya que Layret era impedido.

Detenido y juzgado en 1931, Pallás declaró que en aquella fecha contaba con la absoluta confianza del gobernador civil, Martínez Anido.

El asesinato de Layret conmocionó a todo el mundo, y la prensa barcelonesa condenó unánimemente tan vil atentado, pero la reacción farisaica de la burguesía no podía ocultar que el asesinato del «pobre Layret» era un eslabón más en la cadena de asesinatos que se había iniciado con el nombramiento de Martínez Anido. Entre el día de su nomgramiento y el 30 de este mismo mes mueren en Barcelona, víctimas del terrorismo, 22 personas.

La «Veu de Catalunya» decía en su editorial del 1 de diciembre:

«Hace algunas semanas que a los atentados se contesta con atentados, que el terrorismo es utilizado contra el terrorismo, que la ciudad permanece convertida en un campo de discordia y fratricidio. Es evidente que alguno de los últimos atentados no responde a los mismos impulsos que la mayoría de los otros atentados cometidos

Grupo de manifestantes ante el Teatro Lírico, en el Paralelo barcelonés, durante un mitin anarquista.

De izquierda a derecha de la fotografía: Eduardo Aunós, almirante Rivera, general Martínez Anido, el dictador Primo de Rivera, conde de Guadalhorce y José Calvo Sotelo, en los funerales del duque de Tetuán.

hasta ahora. Pero si la finalidad es distinta, unos y otros se identifican de forma sangrienta y desgraciada en el procedimiento.

Esto no puede continuar. Es necesario que la ciudad se levante y condene la violencia y la coacción ilegítimas, vengan de donde vengan. Sustraer el monopolio de la coacción a la representación auténtica del poder público es retroceder a tiempos anteriores a la constitución de las más rudimentarias sociedades humanas».

IMPLICACION DE LA PATRONAL

Hubo un momento que el terrorismo patronal llegó a tal extremo que para los líderes de la CNT, el único lugar en que estaban a salvo sus vidas era en la prisión. Pero esta situación acabó cuando se vuelve a aplicar la Ley de Fugas. La prisión gubernativa no era suficiente para acabar con el sindicalismo y se imponía el asesinato legal. Con cualquier pretexto los presos eran sacados de la cárcel, a altas horas de la madrugada, y conducidos a pie a comisaría; aduciendo que habían intentado huir en el trayecto, eran ametrallados impunemente. Este hecho se hace tan escandaloso que el diputado socialista Besteiro denuncia el 17 de febrero de 1921, en el Parlamento, la aplicación de la Ley de Fugas en Barcelona. Por supuesto, en las Cortes monárquicas esta denuncia no surtió ningún efecto. Junto a la acción policial y a la de las bandas paralelas encuadradas por el Libre, la burguesía no renunciaba a participar directamente en la batalla. Y lo hacía mediante la participación en el Somatén. El Somatén, antigua milicia de defensa rural, se había convertido en el brazo armado de la burguesía catalana, y su lema: «Pau, pau, pau i sempre pau», no era más que una amarga ironía. Entre los «ciutatans honrats» que integraban el Somatén se ocultaba la hez más reaccionaria, algún que otro cura trabucaire, y pistoleros y matones a sueldo de los patronos, que encontraban en el carnet de somatenista un respaldo para sus fechorías.

Martínez Anido sabía lo importante que era implicar directamente a la burguesía en la represión obrera, evitando así que pudieran desprenderse fácilmente de él en cualquier cambio de coyuntura política. Por esto se mostró generoso en la potenciación y armamento del Somatén. Seguro de los intereses que había con él, era conocido el desafío que solía proferir, refiriéndose al Gobierno: «Que me destituyan si pueden».

Con todo esto, la situación en que se encontraba el movimiento obrero, y la CNT en particular, era simplemente trágica, todo aquel

Recepción en la Embajada de Portugal: De izquierda a derecha: general Martínez Anido, señor García Kolhy, Primo de Rivera, señora de García Kolhy, Mello Barreto (embajador de Portugal), Nuncio Tedeschini, Yanguas Messía, general Barrera.

que asumía un lugar de responsabilidad era encarcelado o asesinado. Y esta continua criba de militantes iba acabando con la vieja cantera de hombres curtidos en la lucha social, hombres prudentes y responsables, pasando a ocupar los puestos de responsabilidad jóvenes inexpertos, con más agallas que capacidad de raciocinio, que empujaron a la CNT a la radicalización, en una situación que se presentaba como desfavorable, y posibilitaron el entrismo, principalmente, de hombres de la III Internacional.

Otra vez nos va a servir el testimonio de Buenacasa.

«El Comité Nacional de la CNT, que llevaba una vida clandestina, no podía hacer frente a aquella situación y solicitaba a los militantes del resto de España medios y soluciones para contrarrestar la ofensiva policiaca y burguesa que tenía lugar en Barcelona. Pero todo resultaba en vano. Al asesinato en la vía pública seguía una persecución autoritaria, sañuda y constante. Lo mejor de nuestros militantes estaban amenazados por el dilema: matar, huir o caer en prisión. Los violentos se defendían y mataban; los estoicos mueren y también los bravos a quienes asesinan por la espalda; los cobardes y prudentes huyen o se esconden; y los despreocupados más activos dan con sus huesos en la cárcel» (4).

ATENTADO CONTRA DATO

Para la CNT y los grupos anarquistas que actuaban dentro de ella se hacía imperativa una respuesta ejemplar contra los represores del movimiento obrero. Lógicamente, la víctima había de ser Martínez Anido, o en su defecto el jefe superior de Policía, Arlegui. Pero pronto se hubo de abandonar tal propósito, ante la imposibilidad material de atentar contra los dos generales, que conscientes de lo codiciadas que estarían sus vidas, se guarnecían con una fuerte escolta y no permitían ningún descuido en cuanto a su propia protección.

Imposibilitados, pues, de atentar contra los directos responsables de la tragedia de Barcelona, se pensó atentar contra aquel que había permitido aquella situación: el Presidente del Gobierno, Eduardo Dato.

Abel Paz aporta el siguiente testimonio: «Contra los peligros externos e internos, los anarquistas —decía Domingo Ascaso— hemos cerrado filas, apartando a los dudosos y entre-

(4) *Citado por Abel Paz:* **Durruti: el pueblo en armas,** *Barcelona, Bruguera, 1978, pág. 29.*

gándonos a acciones espectaculares como el atentado contra Dato, verdadero instigador de la táctica de Martínez Anido» (5).

El 8 de marzo de 1821 dos individuos disparaban sus armas desde una motocicleta, contra el coche en que viajaba Dato, causándole la muerte. Todo el mundo interpretó este atentado como una venganza por la actuación del gobernador civil de Barcelona.

Después del breve gobierno de Allendesalazar, subió al poder Antonio Maura, con un gabinete en el que formaba parte Francesc Cambó, quien mantuvo en su cargo a Martínez Anido.

El general siguió ejerciendo la represión en Barcelona con Maura, igual que lo había hecho con Dato. En este sentido el escarmiento que se habían propuesto los grupos anarquistas resultó un fracaso. La policía seguía las detenciones arbitrarias, los pistoleros del Libre y del Somatén seguían causando muertes, la Ley de Fugas se seguía aplicando y cada vez resultaba más común encontrarse por las carreteras españolas largas cuerdas de presos, que custodiados por la Guardia Civil se trasladaban, andando, de una prisión a otra. Era este otro suplicio aplicado a los presos más díscolos.

(5) *Paz Abel:* **Op. cit.**, *pág. 33.*

CAIDA DE MARTINEZ ANIDO

El 21 de enero de 1922 fue formado un nuevo gobierno, presidido por Sánchez Guerra. Este se mostró disconforme con los métodos utilizados por Martínez Anido, pero no se atrevió a destituirlo. Los roces entre el presidente y el gobernador se sucedieron y el general se dispuso a hacer una demostración de fuerza.

En el mes de agosto, con una larga huelga de correos y telégrafos de por medio, Martínez Anido presenta su dimisión tomando como pretexto una nota publicada por la Diputación condenando el terrorismo. Sánchez Guerra no ha tenido todavía tiempo de darse por enterado cuando llueven sobre él exigencias de las entidades económicas catalanas para que se mantenga a Martínez Anido en su puesto, mientras que en Barcelona se realiza una manifestación de apoyo convocada por la Unión Monárquica Nacional. La «Veu» da cuenta el día 11 del telegrama dirigido al presidente:

«Presidente Consejo Ministros.—Madrid.—Estado actual situación Barcelona creemos impone continuación frente gobierno provincia

Presidencia del entierro de las víctimas del incendio del teatro Novedades, en Madrid. De izquierda a derecha: Generales Martínez Anido y Primo de Rivera y almirante Rivera.

dignísimo general Martínez Anido. Las corporaciones representativas de la economía y del trabajo esperan de su patriotismo impondrá si es necesario este nuevo sacrificio al que supo encauzar en tiempos difíciles la pacificación de nuestra ciudad.—Por las entidades económicas reunidas, el Presidente Fomento Trabajo Nacional, Domingo Sert».

No hace falta decir que Martínez Anido fue confirmado en su cargo y la Diputación hubo de disculparse por la mala interpretación que se había dado a su nota.

Los medios habituales de Martínez Anido y Arlegui parecían no ser eficaces, puesto que la violencia seguía siendo la norma de Barcelona y los tiroteos, detenciones y atentados eran las noticias diarias de los periódicos. Los dos generales idearon un plan para justificar la más drástica represión que se conociera. Se trataba nada menos de preparar un atentado en contra suya.

Confidentes de la policía pudieron implicar en el supuesto a tres anarquistas, que creyeron en la veracidad de la acción y pagaron su ingenuidad con la vida. Dos de ellos murieron en la refriega y al otro, detenido, le fue aplicada la Ley de Fugas.

Enterado de la patraña de Martínez Anido y Arlegui, Sánchez Guerra exige su inmediata dimisión. Peirats ha reproducido parte de la conferencia telefónica en la que el Presidente exige tal dimisión:

«Por las noticias que por conducto fidedigno llegan por diversos medios, entiendo que el general Arlegui, después de lo ocurrido esta noche (...) no puede continuar en el puesto que venía desempeñando, y ordeno a V.S. que hoy mismo se haga cargo de él el coronel de la guardia civil (...), y si V.S. entendiera, como parece desprenderse de sus manifestaciones últimas que he oído con verdadera amargura, que no puede ajustarse a las instrucciones del Gobierno (...) puede V.S. también entregar el mando de la provincia, como otras veces se ha hecho, al señor presidente de la Audiencia...» (6).

La prensa barcelones acogió la medida de diversa manera, según su opción política y los intereses que defendían.

La «Veu de Catalunya» decía: «Han sido muchos los errores cometidos por el que ha sido hasta ayer gobernador civil de Barcelona. El señor Martínez Anido no se había dado cuenta que la misión de un gobernador en un país como el nuestro requiere unas condiciones políticas muy delicadas y que todo el mundo fracasará en Barcelona si no sabe pulsar en cada momento la verdadera opinión barcelonesa, altamente sensible como la de todas las grandes ciudades, y no sabe tener la ductilidad que, lejos de estar reñida con la energía, la completa y la fecunda. Pero, a pesar de esto, con toda lealtad y con toda sinceridad diremos también que no nos explicamos esta destitución en esta forma».

(6) *Peirats, José:* **Los anarquistas en la crisis política española**, *Madrid, Júcar, 1977, pág. 37.*

El general Martínez Anido —en el centro de la fotografía, entre Franco y Davila— fue Ministro de Orden Público del primer Gobierno de Franco.

El «Correo catalán» adoptaba una postura más combativa: «De manera que ¿el Gobierno da la razón y abre ancha brecha al sindicalismo rojo? De modo que ¿se cisca descaradamente en la voluntad de Barcelona, reiteradamente manifestada, y en la relativa paz que aquí disfrutaban el obrero y el patrono y toda la organización del trabajo gracias al acorralamiento de aquel nefasto sindicalismo? Y por consiguiente ¿nos lanza evidentemente a la anarquía todo un Jefe de Gobierno?

»Eso ¡es una iniquidad! ¡¡un infame y cobarde atentado!! ¡¡¡un crimen de leso barcelonismo!!!

»Es mil veces peor y de más trágicas consecuencias este ATENTADO de Sánchez Guerra contra Barcelona y sus aplaudidas autoridades que la misma fechoría que anteanoche iban a perpetrar asesinos sindicalistas si la hubiesen llevado a cabo».

«La Publicidad» nos sirve como ejemplo de la prensa que celebró la destitución: «Pocas veces el juego y la prostitución han campeado de manera más libre por Barcelona. Pocas veces hemos visto tantas bocas calladas. Nos hacemos cargo, pero, que comer y gritar, todo a la vez, no eó cómodo.

«Parecía como si las autoridades gubernativas sólo fuesen movidas por dos resortes. El gobernador y el jefe superior de Policía han muerto ahogados —ahogados en sangre y en sopa».

Barcelona cerraba el 25 de octubre de 1922 una de sus épocas más oscuras. Epoca que quedaría grabada a sangre y fuego en la memoria de aquellos que la padecieron.

Severiano Martínez Anido (El Ferrol, 1862-Valladolid, 1938). Luchó en las campañas de Filipinas y Melilla. Fue nombrado Ayudante de D. Alfonso XIII, en 1911. Dirigió la Academia de Infantería y fue Gobernador Militar de San Sebastián y Barcelona. En febrero de 1919 el Gobierno de Dato le nombró Gobernador Civil de Barcelona, siendo destituido en octubre de 1922 por Sanchez Guerra, por «extralimitarse» en los deberes de su cargo. Durante la Dictadura de Primo de Rivera fue Subsecretario de Gobernación, y Vicepresidente del Consejo, ministro de la Gobernación de 1925 a 1930. Tras la caída de la Monarquía (en abril de 1931), huyó a Francia. Al estallar la guerra civil vuelve a España, siendo nombrado Jefe de Seguridad Interior (1937-1938). Y Ministro de Orden Público en el primer Gobierno de Franco, hasta su muerte, el 23 de diciembre de 1938.

LAS VICTIMAS DEL TERRORISMO DE BARCELONA

Al tartar el tema de la represión y de la respuesta obrera, hemos eludido intencionadamente el hablar de las víctimas que ello producía. Es nuestro criterio dedicarle un especial apartado.

No conocemos datos precisos para el total de víctimas habidas entre noviembre de 1920 y octubre de 1922. H. Thomas dice que entre 1917 y 1923 mueren más de mil personas por razones políticas en Barcelona. Albert Balcells precisa más: «...entre 1917 y 1922 se cometieron más de 800 atentados, 440 de los cuales contra obreros, 218 contra empresarios y subalternos suyos, y el resto bombas y actos contra la autoridad» (7). También pertenecen al mismo autor las cifras que siguen, referidas a 1921, que expresan el total de atentados y el tanto por ciento de ellos que fueron mortales: Atentados contra: Patronal, 30; CNT, 54; Libre, 7; Obreros sin afiliación, 44; Obreros refractarios, 5; Personas ajenas, 6. El 57 por 100 fueron mortales.

Por su parte, Abel Paz da un total de 107 víctimas de la CNT hasta el 22 de abril, en que se hizo pública la lista completa. Buenacasa (8) da los nombres y apellidos de hasta 134 víctimas cenetistas entre muertos y heridos graves, aunque alguno de ellos no lo fueran bajo el gobierno de Martínez Anido.

De todas formas llega un momento en que las cifras no nos sirven ya para medir el odio y la crueldad. Este es tal vez uno de estos casos. ■

J. M. M. B.

(7) Balcells, Albert: **Cataluña contemporánea II (1900-1936),** *Madrid, Siglo XXI, 1974.*

(8) Buenacasa, Manuel: **El movimiento obrero español,** *París, Familia y amigos del autor, 1966, pág. 103.*

León Blum, humanista y político

José María Solé Mariño

EN este mes de marzo se cumple el trigésimo aniversario de la desaparición de León Blum, dirigente socialista francés y gran intelectual. El nombre de Blum, de negativas resonancias para quienes vivieron o estudian la guerra civil española, ocupa, pese a todo, uno de los más destacados puestos dentro de la Historia de la Europa contemporánea.

LOS PRIMEROS AÑOS

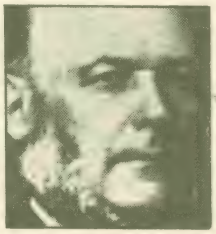
León Blum nace en París el 9 de abril de 1872 en el seno de una familia judía de la pequeña burguesía procedente de Alsacia e instalada en la capital desde 1848. La III República, proclmada tras la caída del Segundo Imperio y la invasión prusiana, tiene ya dos años de vida, pero cuenta ya en su haber un episodio sangriento que jugará en su contra: la rebelión de la **Commune** parisina, aplastada en mayo del año anterior por las fuerzas del general Mac Mahon enviadas desde Versalles, sede provisional del Gobierno. Después de estos inicios, la República no deja nunca de apuntar la posibilidad de una restauración monárquica, lo que favorece los temores de los republicanos y les empuja a aceptar como un mal menor un sistema conservador inspirado por el mismo Thiers, que había ordenado sofocar la acción de los **comunards** y que no se había recatado al afirmar: «La República será conservadora o no existirá». Las clases medias son los principales destinatarios para las palabras de los políticos demagogos, con Gambetta a la cabeza, que exaltan los tranquilizadores valores del patriotismo, el anticlericalismo y, sobre todo, la garantía de la propiedad privada.

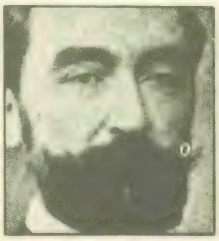
En 1878, la izquierda liberal llega al poder, pasado ya el miedo a la revolución, y el sistema conoce una época de apertura muy controlada. La República burguesa nunca dejará de desconfiar de las masas populares, y un indicativo del sentir de los políticos en el poder lo ofrece la frase del Presidente Jules Ferry: «El peligro está en la izquierda». Pero por el momento no existe peligro alguno. La principal fuerza política organizada es el radicalismo, que, extendido profundamente entre las burguesías de las ciudades, no tarda en acrecentar su influencia en el campo. Será en esta formación donde, durante los años de aprendizaje de León Blum, otro futuro gran político dará sus primeros pasos. Es Georges Clemenceau.

León Blum estudia en varios liceos de París y en la misma **Ecole Normále**, que abandonará disgustado por su elitismo. Escribe en varias revistas literarias de renombre, como la **Revue Blanche**, y traba profunda amistad con quienes serán los grandes intelectuales franceses de este siglo. Obtenida la licenciatura en Derecho en 1894, Blum prepara y consigue por oposición una plaza de auditor del Consejo de Estado en diciembre del año siguiente. Esta estabilidad económica que le permite contraer matrimonio y desarrollar al mismo tiempo sus facultades literarias como crítico, llenará estos años de su vida hasta el estallido del **affaire** Dreyfus, que le obligará a una toma de posición vital y política.

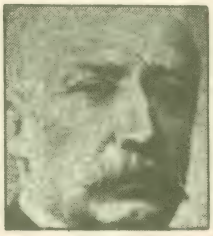
Thiers
1871-1873

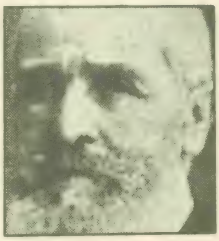
Mac-Mahon
1873-1879

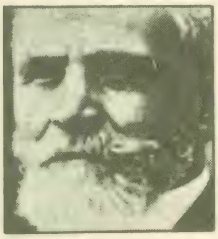

Jules Grévy
1879-1887

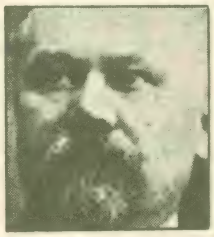

Sadi Carnot
1887-1894

Casimir Périer
1894-1895


Félix Faure
1895-1899


Loubet
1899-1906


Fallières
1906-1913


Poincaré
1913-1920

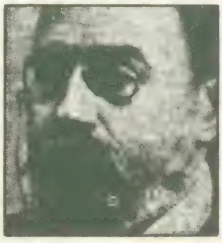
Los Presidentes de la III República, de 1871 a 1920.

Los principales protagonistas del «Affaire» Dreyfus.

Tte. Coronel Picquart

Capitán Dreyfus

Scheurer-Kestner, Vicepresidente del Senado


E. Zola

Comandante Esterhazy

M. Labori

General Mercier

Tte. Coronel Henry

G. Cavaignac, Ministro de la Guerra

DE BOULANGER A DREYFUS

Pero mientras tanto, como telón de fondo a las experiencias de León Blum, la legalidad republicana, tan endeble, se había visto amenazada seriamente en los años 1888 y 1889 por el fantasma del golpe militar. El prestigio personal y militar del general Boulanger, unido al desencanto y al temor de la burguesía ante el perenne **peligro** de la izquierda, parecen ofrecerle las mejores posibilidades para convertirse en un nuevo Bonaparte. Apoyado por influyentes fuerzas sociales y económicas y habiendo obtenido un gran triunfo en las elecciones de París, el general Boulanger tiene tras de sí a todos los descontentos del régimen. Pero el golpe decisivo nunca se llevará a cabo por indecisiones del propio protagonista. Detenido, condenado y exiliado, Boulanger se suicidará dos años más tarde en un cementerio belga. Sin embargo, nunca el espíritu **boulangista** dejará de estar presente a lo largo del desarrollo vital de la III República y se corporeizará sucesivamente en militares prestigiosos, como el mariscal Petain en los años treinta, e incluso irá más lejos, siempre en la línea del militar salvador de la patria en momentos de peligro, cuando en junio de 1940 este providencialismo nunca apagado alineará en importante medida a los franceses al lado del general De Gaulle, hecho que se repetirá con las lógicas variantes en 1958, cuando la crisis de Argelia parezca conducir a la guerra civil.

Mientras, Blum prosigue su labor de crítico literario y mantiene una estrecha amistad con Gide, que le nombra repetidamente en su diario, y sobre todo cultiva devotamente su trato con Maurice Barres, hasta que las consecuencias del **affaire** Dreyfus acaben por separarles.

El caso Dreyfus, que se había iniciado oscuramente en 1894 al ser detenido un capitán judío acusado de espionaje a favor de Alemania, se convierte cuatro años más tarde en un verdadero escándalo a nivel nacional cuando se hace evidente el antisemitismo del Estado Mayor del Ejército, que se niega a liberar a Dreyfus a pesar de la existencia de pruebas que demuestran sobradamente su inocencia. Los partidos y las personas de pensamiento derechista toman en seguida el partido del Ejército. No pueden admitir —afirman— que sea puesto en entredicho el honor militar y pretenden mantener su apoyo a la actitud castrense aun a pesar de constituir ésta una flagrante injusticia. En la banda opuesta, las fuerzas liberales y de izquierda no cesan en su campaña para conseguir la libertad y la rehabilitación de Dreyfus. La carta abierta de Zola al Presidente, titulada **Yo acuso,** marcará, en enero de 1898, el punto más crítico de esta controversia. La condena que un jurado impone al novelista por su ataque a las más altas magistraturas de la nación, acusándolas de complicidad en el asunto, decide a León Blum a publicar, bajo la rúbrica de **Un**

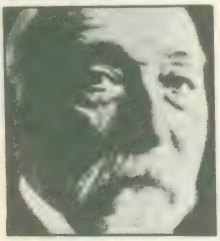
Tras la publicación del celebérrimo «YO ACUSO» por Zola (13 de enero de 1898), Jaurés fue el único en hablar ante la Cámara de Diputados en favor de la revisión del asunto Dreyfus. Y su propuesta originó un tumulto durante el cual fue agredido por un diputado de extrema derecha. (L'Illustration, 1898).

jurista, una apasionada defensa de Zola y de la causa que éste defiende. Este protagonismo llevará a Blum a la pérdida de la amistad que le unía a Barres, decidido partidario de las fuerzas conservadoras y clericales interesadas en mantener el prestigio de unas instituciones, las militares, que nadie, hasta el momento del desbordamiento de las pasiones encontradas, había puesto en entredicho en su conjunto. Hasta julio de 1906 no se producirá la rehabilitación del capitán Dreyfus, vuelto de su prisión en la Guayana, pero la toma de conciencia política que para Blum significó el **affaire** le llevará en 1899 a adherirse a una organización socialista que preconiza la unidad de la izquierda y que está formada alrededor del periodista y diputado Jean Jaurés.

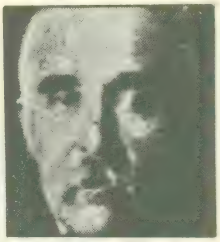
A LA SOMBRA DE JAURES

Jean Jaurés, reconocido por todos como el mejor orador parlamentario desde Mirabeau, escribe periódicamente en el diario **La Depêche** de Toulouse, su feudo particular. Y tanto por medio del contacto escrito como por la relación personal, transmite al idealista Blum sus conclusiones y problemas acerca del socialismo, que para él no es una ciencia, sino un conjunto de valores culturales, morales y artísticos a la vez. Esta bella concepción del socialismo por parte de su gran patriarca llevaría a una teórica armonización y racionalización de la sociedad. Pero por el momento la realidad es muy diferente de los sueños de Jaurés. Frente a la unidad de la socialdemocracia alemana, el socialismo francés, debido principalmente a la alta proporción de población campesina y a la pequeñez y disgregación de las instalaciones industriales, se mantiene dividido. **Blanquistas, marxistas, proudhonianos, reformistas** rivalizan en el interior del

Waldeck-Rousseau
1899-1902



Combes
1902-1905



Clemenceau
1906-1909

A. Briand
1909-1910

J. Caillaux
1911-1912

R. Poincaré
1912-1913

Los principales Presidentes del Consejo, de 1899 a 1914.

La primera Guerra Mundial, conocida por la Gran Guerra Europea, comenzó el 28 de julio de 1914 y finalizó por el armisticio de Compiègne el 11 de noviembre de 1918.

movimiento, pero de entre todas estas facciones, dos dominan sobre todas las demás. Son los socialistas revolucionarios de Jules Guesde, y el socialismo reformista más moderado de Jean Jaurés, en el que se incluye León Blum.

La II Internacional, que había sido reconstituida en 1889, acuerda en su congreso de Amsterdam, agosto de 1904, recomendar a los socialistas franceses que superen sus disensiones intestinas y se unan en función de la defensa de la libertad en unos momentos en que en Francia la marea nacionalista reaccionaria conoce su más alto grado. Así, durante el histórico congreso celebrado en abril de 1905 en la **Salle du Globe**, se llevará a cabo la unificación socialista al formarse la **SFIO, Section Française de l'International Ouvriére.** A pesar de que las tesis de Jaurés sobre el refor-

El desfile de la victoria, el 14 de julio de 1919. Los Mariscales Foch y Joffre descienden por los Campos Elíseos para recibir el homenaje del pueblo de París.

Patrulla de dragones franceses en las calles de Essen, tras la ocupación de la cuenca minera del Ruhr. (11 de enero de 1923).

mismo no son aceptadas en su totalidad por la II Internacional, su gran valía y su fuerte personalidad le convierten muy pronto en el líder indiscutido del socialismo francés. Durante los años que median entre 1905 y el estallido de la guerra, el partido socialista multiplica el número de adheridos y de votantes. Contra el amenazador empuje de las ligas reaccionarias, encabezadas por la **Action Française** de Charles Maurras y León Daudet, los candidatos socialistas no solamente se mantienen en sus tradicionales bastiones de las zonas obreras del norte, sino que se extienden muy profundamente en los medios rurales y se instalan definitivamente sobre la zona central del Midi. León Blum, ferviente partidario de la unificación, comienza a actuar decididamente dentro del partido, pronuncia sus primeros discursos y escribe regularmente en **L'Humanité,** el órgano del partido, fundado y dirigido por Jaurés.

Pero tras la consecución de su mayor empeño, Blum sigue el camino de tantos intelectuales atraídos por el socialismo como consecuencia del caso Dreyfus, y se retira de la política activa, a la espera de la decantación de los problemas que la unidad había provocado, pero manteniendo su amistad con Jaurés y prestando su atención y ayuda al partido. Así, hasta agosto de 1914, la principal labor de Blum será su actividad de crítico teatral, abandonando por el momento la crítica literaria que será su mejor legado. Atraído por el teatro como toda su familia —su hermano René, destacado empresario de ballet, será asesinado por los nazis bajo la ocupación—, Blum reúne durante esos años en su casa del Boulevard de Montparnasse a un amplio círculo de personas, algunas de las cuales están ya entrando en la historia de la cultura, como Pablo Casals, Gabriel Fauré y Marcel Proust.

Esta época significará, pues, la lógica trayectoria de un intelectual burgués con inclinaciones izquierdistas, pero todavía no la vida inquieta del activista político en que se convertiría a partir de 1914.

LA GRAN PRUEBA

Cuando a finales de junio de 1914 el heredero de la Corona austrohúngara cae asesinado en Sarajevo, el peligro de una guerra general se ve muy próximo, ya que los años precedentes habían visto un veloz aumento de las tensiones en el continente. Los grandes partidos socialistas habían venido preconizando una política pacifista, pero el hervor bélico no podía quedar detenido por la postura de unas formaciones que se encontraban sin excepción situadas al margen de los centros de decisión. A mediados de julio, el congreso de la **SFIO** todavía discutía la posibilidad de declarar la huelga general en toda Europa para manifestar la negativa de los trabajadores a una conflagración general que únicamente interesaba a las clases burguesas, por cuyos intereses encontrados estallaba un conflicto que en ambos bandos se quiso teñir de patriotismo para ocultar su verdadera naturaleza. Sin embargo, la pendiente hacia la guerra es ya irreversible. En Francia, todos los esfuer-

zos efectuados para impedir el conflicto son encabezados de una u otra forma por Jaurés, que viaja incansablemente intentando organizar una oposición internacional al enfrentamiento. Todos los partidos y publicaciones de derecha, incluso mediante las plumas de Maurras y de Peguy, piden la cabeza de Jaurés sin rebozo de ningún género. La carrera hacia la guerra, empujada decisivamente por las fuerzas de la derecha, está lanzada en toda su fuerza y amplitud. En la noche del 31 de julio, a su regreso de Bruselas, donde ha conseguido que una fracción de la Internacional haga una condena expresa de la inminente guerra, Jaurés es asesinado a tiros por un fanático ultraderechista mientras se encontraba en un café próximo a la redacción de **L'Humanité.**

La política de **Unión Sagrada** que reúne durante el conflicto a todos los partidos políticos en una acción común encaminada a la consecución de la victoria, consigue muy pronto la adhesión de los socialistas. El internacionalismo obrero ha demostrado su impotencia frente a los intereses nacionales enfrentados. Ahora, para los trabajadores franceses que mueren en las trincheras, el enemigo es el capitalismo representado por el Imperio alemán. En otro nivel, los socialistas consiguen dos carteras en el primer gabinete de guerra que se forma, en base a la colaboración interpartidaria que se extenderá hasta septiembre de 1917. Pero al mismo tiempo que los socialistas aceptan el estado de cosas, será en el interior del partido donde comenzarán a aparecer, ya desde el mismo 1914, las primeras reacciones antibelicistas, en vista de la carnicería que se está produciendo en los frentes de batalla. Desde reuniones celebradas en Suiza con miembros de los partidarios socialistas de los países oficialmente enemigos, hasta declaraciones expresas,

«¿Cómo votar contra el Bolchevismo?» (Cartel propagandístico de la derecha, durante las elecciones de noviembre de 1919).

Edouard Daladier y su ministro de Asuntos Exteriores, Georges Bonnet, sentado a su izquierda, camino del palacio de Matignon y del Quai D'Orsay, desde el aeropuerto de Le Bourget, a su vuelta de Munich, tras la firma del fatídico Pacto (el 30 de septiembre de 1938). En vez de las esperadas manifestaciones hostiles, encontraron, por paradoja, un recibimiento apoteósico.

La contramanifestación obrera del 12 de febrero de 1934 lanza el slogan de las «doscientas familias» por alusión a los doscientos más importantes accionistas de la Banca de Francia.

como la que hace pública la conferencia de Zimmerwald en septiembre de 1915, en la que los representantes de los obreros europeos declaran su oposición a la guerra, la izquierda francesa prosigue en la oscuridad su lucha contra el militarismo imperante, que ha convertido al país en una verdadera dictadura que conserva los signos externos de la democracia parlamentaria. La victoria de la revolución rusa de febrero-marzo de 1917, unida a las continuas huelgas que se producen entre los trabajadores de la retaguardia ante unas condiciones de vida cada vez más duras, y finalmente la negativa de los gobiernos aliados a la celebración de una reunión de la Internacional en Estocolmo, producen una crisis de gobierno en noviembre de ese mismo año y supone la salida definitiva de los socialistas del gabinete, con lo que se establece ya sin trabas la dictadura republicana de Clemenceau. La realidad es que la mayor parte de los franceses apoyan decididamente al **Tigre**, de quien esperan la victoria, y por lo tanto la denominada acción derrotista de los socialistas es considerada como subversiva por el pueblo delirante de patriotismo a pesar de las duras pruebas de una guerra de cuatro años.

En esos difíciles años, León Blum será durante varios meses jefe de gabinete del Ministerio de Obras Públicas, su primer alto cargo en política, a la que ha vuelto ante el peligro de guerra y sobre todo empujado por la muerte de su maestro en política. En los últimos meses de 1917 y primeros del año siguiente, escribe unas **Cartas sobre la reforma gubernamental**, en las que desarrolla ampliamente sus

Los artífices del Frente Popular: De izquierda a derecha: Blum, Delbos, Daladier, Thorez, Salengro, Spinasse, Violette, Cot. (París, 1935).

En los inicios del Frente Popular, y ante el Muro de los Federados, Blum rodeado de Thorez a su derecha y Cachin a su izquierda, M. Paz, Thérèse Blum, Bracke, Gitton, Rosenfeld, Jacques Duclos...

ideas sobre la reorganización del Estado una vez terminadas las hostilidades.

LA ESCISION

Con la población activa diezmada y zonas fundamentales del territorio destruidas por los combates, Francia se enfrenta en noviembre de 1918 a los enormes problemas que trae la paz y el protagonismo en la política europea. Son también los últimos momentos de la unidad socialista, que no iba a durar más de quince años. Tras la guerra y sobre todo tras la revolución bolchevique, las dos antiguas tendencias dominantes se separan cada vez más. El fracaso electoral de la izquierda en las elecciones de 1919, que arrojaron los resultados más favorables a los partidos de derecha desde hacía más de cuarenta años, se une a los disturbios sociales del año veinte, que no sirven más que para radicalizar la situación. La mayoría socialista se había retirado de la Internacional debido al demostrado fracaso de 1914, y ahora, en el Congreso de Tours, reunido en diciembre de 1920, se producirá de forma definitiva la escisión entre los partidarios de una concepción jauresiana y reformista del socialismo, encabezados por Blum, que defiende la idea de un partido abierto y de libre discusión junto con la negativa a la revolución violenta, y sus oponentes, que envalentonados por los sucesos de Rusia y la revolución extendida en la Europa central, se encuentran apoyados por la Internacional organizada en Moscú, desde la cual Kamenev y Trotski incitan a los socialistas franceses a una acción más enérgica encaminada a la destrucción de la sociedad capitalista.

Durante el Congreso, la escisión se hace realidad por un número de votos tres veces

Blum, en el centro de la fotografía, a su derecha Vincent Auriol, futuro Presidente de la IV República...

superior al de los que apoyan el mantenimiento de la unidad. De unos ciento cincuenta mil afiliados, la **SFIO** mantiene ahora solamente unos veinte mil. Todos los demás se han pasado al nuevo Partido Comunista, que va a sufrir un control muy directo por parte de la Internacional moscovita, a partir sobre todo de 1925, cuando Maurice Thorez se hace cargo de la dirección del partido. La ruptura sindical, con la formación de un sindicato comunista, se llevará a cabo un año más tarde, durante el Congreso de Lille en 1921.

Las elecciones de 1919 habían llevado a León Blum al puesto de diputado por la ciudad de París. Ahora ya es una primera figura dentro del partido y en la Cámara, como secretario del grupo parlamentario, como orador y articulista en **Le Populaire**, el órgano de la disminuida **SFIO**, una vez que la escisión ha entregado

LE JEU DE DUPES DE LA NON-INTERVENTION

Une lettre inédite de Vincent Auriol à Léon Blum sur la guerre civile espagnole

M. Charles Roumagnac, qui fut le collaborateur de Vincent Auriol de 1936 à sa mort, nous communique le texte d'une lettre inédite adressée à Léon Blum, le 12 août 1936, par le futur président de la République, qui était alors ministre des finances.

« Mon cher président et ami,

» Vous savez avec quelle inquiétude d'esprit et quel déchirement de cœur je me suis résigné l'autre jour à l'attitude dite de neutralité. Jamais je n'ai pensé à une intervention pas plus que vous ni quiconque, mais j'ai estimé que du moment que les insurgés étaient aidés puissamment par d'autres nations, qui à mon avis poursuivent une politique à longue échéance contre la démocratie, la France et la paix, il y avait lieu d'aider, de notre côté, un gouvernement ami, régulier et reconnu, à qui nous devons, par accords formels, aide, assistance, fournitures d'armes.

» Je suis convaincu que si nous avions été décidés à aider ce gouvernement régulier et reconnu par tous comme légitime, l'Angleterre aurait proposé elle-même sa médiation et il aurait beaucoup mieux valu, à mon sens, qu'elle en prît la direction. En tout cas, c'est chose faite.

» Mais, depuis vendredi dernier, j'ai l'impression que par ses ajournements l'Italie manœuvre. Je sais qu'elle continue d'aider le général Franco. Par des postes de douane, j'apprends qu'en contrebande des munitions arrivent aux insurgés.

» Nous risquons d'être les victimes de notre générosité. Depuis cinq jours, on avait parfaitement le temps d'organiser la neutralité désirée et à laquelle je me suis rallié et continue de me rallier. Mais il est temps que la diplomatie soit active pour obtenir, demain ou après-demain, avec l'Angleterre, l'organisation précise de cette neutralité par un contrôle formel dans les postes espagnols et les divers postes-frontières.

» S'il n'en était pas ainsi, nous encourrions la plus lourde des responsabilités. Je n'insiste pas sur le fait que je ne me place nullement au point de vue sentimental ni au seul point de vue de l'amitié pour l'Espagne républicaine, mais sur le terrain même de notre défense républicaine par crainte d'une guerre immédiate, dont je ne vois pas comment elle aurait pu être déclenchée aussi rapidement parce que nous aurions fait comme les autres, en attendant que l'Angleterre ou les Etats-Unis proposassent une médiation.

» Je pense au contraire et plus que jamais que si Franco triomphe ce sera sûrement grâce à une Espagne fasciste et militarisée, une guerre étrangère contre la France doublée peut-être d'une guerre civile.

» Donc, puisqu'on est pour la neutralité, qu'on l'applique tout de suite, mais qu'on n'attende pas. Telle est ma position après une longue réflexion.

» *Pour ma part, je vous le dis très franchement, je ne pourrai plus assister impuissant à un jeu de dupes.* Je le pourrai d'autant moins que j'ai soulevé une question qui n'a pas paru devoir être retenue et qui pourtant m'apparaît importante : celle de la protestation du sultan contre l'utilisation des Marocains dans une guerre civile. Ce qui est une ironie cruelle, c'est que l'Espagne a participé aux réunions de la commission internationale de Tanger. Le gouvernment espagnol est donc reconnu et siège à côté des grandes nations, en vertu d'un acte international. Mais on laisse les insurgés dresser les troupes marocaines contre ce même gouvernement régulier et reconnu..

» Evidemment, je ne demande pas l'intervention au Maroc, vous le pensez bien, mais je crois que si le sultan laissait entendre une vive protestation et qu'elle fût portée à la connaissance de ses sujets lancés par Franco contre les fils de l'Espagne, je crois qu'au point de vue moral cela produirait un grand effet et gênerait le général fasciste.

» De toute façon, il y a une question à étudier : celle du droit de Franco d'agir au Maroc et peut-être une intervention diplomatique des grandes puissances pourrait-elle lui faire comprendre qu'il risque de troubler la paix dans l'Afrique du Nord.

» Quel exemple fâcheux si demain n'importe quel insurgé marocain ou autre, se permettait la même attitude...

» Ce qui me préoccupe et me navre, c'est que la diplomatie a été très active pour faire triompher sa thèse de neutralité, mais que maintenant elle paraît lente à se mouvoir quand il s'agit d'organiser cette neutralité à laquelle nous avons sacrifié nous-mêmes une abstention, quitte à paraître abandonner un peuple ami et à méconnaître nos obligations nationales et internationales à son égard.

» Je crois que si nous ne voulons pas encourir de graves reproches il faut exiger des réponses rapides à la proposition française, mais surtout une organisation pratique et immédiate de la neutralité proposée.

» Je m'excuse d'insister auprès de vous, mais je vous vois si peu souvent que je confie à ce papier mes impressions profondes, où je vous assure, une grande tristesse se mêle à de vives appréhensions.

» Je vous embrasse affectueusement.

VINCENT AURIOL. »

Una carta inédita de Vincent Auriol a León Blum, a propósito de la guerra civil española. («Le Monde», 26 de noviembre de 1975).

L'Humanité a los comunistas. En esa primera mitad de los años veinte, el partido socialista —la **vieja casa**, como lo denomina Blum— intenta reconstituirse después del desastre sufrido, y siempre en base a sus postulados tradicionales a los que se añade ahora una clara oposición a la política de reparaciones económicas contra Alemania que mantiene el Gobierno conservador. En esta línea, los socialistas, y León Blum en cabeza, condenan una y otra vez las intervenciones armadas de Francia sobre el Rhur en 1923 y apoyan por otra parte todos los esfuerzos tendentes a la distensión que lleva a cabo Aristide Briand en su camino hacia la reconciliación europea.

Blum está a mediados de la década al frente del partido, que en 1925 vuelve al seno de la Internacional renovada. En las elecciones del año precedente, los socialistas habían formado un **Cartel de izquierdas** en coalición con los radicales, lo que les había valido la obtención de una mayoría de escaños. El nuevo presidente del Consejo, el radical Herriot, ofrece a los socialistas varias carteras, pero éstos se niegan aduciendo su tradicional postura de no colaboración con las fuerzas burguesas excepto en caso de emergencia nacional. Con todo, apoyan la política de Herriot en cuanto a sus planes de laicización y entendimiento europeo, y solamente pasarán a una abierta oposición cuando los radicales se inclinen decididamente a la derecha.

Con Raymond Poincaré en la presidencia del Consejo desde julio de 1926, las elecciones de 1928 estarán marcadas por la personalidad conservadora del primer ministro. Pese a todo, la **SFIO** se mantiene a la cabeza de las demás formaciones, pero el comunista Jacques Duclos ha vencido en París a León Blum, que deberá esperar al año siguiente para volver a la Cámara, esta vez como diputado por la ciudad de Narbonne.

EL FRENTE POPULAR

Los años treinta verán en Francia —como en toda Europa— el ascenso de los movimientos fascistas. Proliferan las ligas reaccionarias y violentas, que encuentran en la vieja **Action Française** la fuente de su ideología, pero más tarde la abandonan invariablemente para adoptar posturas mucho más radicales. Así, la **Solidarité Française**, las **Jeunesses Patriotiques**, el **Francisme** y la **Croix de Feu** del coronel de La Rocque, la más destacada de todas ellas, adoptan posturas monárquicas, bonapartistas y fascistas en una extraña amalgama. Moralmente, son apoyadas por figuras de gran prestigio nacional, como los gloriosos mariscales de la guerra, y desde un punto de vista material, muchos grandes industriales aportan fondos para el mantenimiento de estos grupos, que si bien exhiben muy claramente una posición elitista, pronto se van a ver apoyados por grandes sectores de las clases medias. Esta extendida inclinación hacia el fascismo tendrá también su reflejo en el interior mismo del partido socialista. Los partidarios de un socialismo nacional y de un Estado fuerte, deslumbrados por el nazismo y encabezados por Marcel Deat, serán excluidos del partido durante el congreso de 1933.

Durante la jornada del 6 de febrero de 1934, pareció como si el sistema parlamentario fuese a caer arrasado por la protesta popular encendida en la calle. Las masas que se manifiestan ante el Palais Bourbon —sede de la Cámara legislativa— están por una parte indignadas por los sucesivos escándalos financieros, que han alcanzado su mayor celebridad con el de Staviski, y que se relacionan siempre con conocidos políticos en el poder. Por otro lado, las grandes manifestaciones en contra del gobierno conservador estarán manipuladas tanto por los grupos fascistas como por los comunistas, que en esos días luchan en las calles con el mismo objetivo: la caída de la democracia en Francia. Cae el gobierno de Daladier, mueren once personas y más de trescientas son heridas en los disturbios callejeros, que constituyen ya el primer aviso serio

Granadas de mano usadas por las tropas fascistas, durante la guerra civil española. (Camera Press).

del peligro fascista. La izquierda iniciará a partir de ese momento un movimiento tendente a la unión y de esta forma, tras el éxito de la huelga convocada contra la extrema derecha, que consigue reunir a trabajadores socialistas y comunistas, el 14 de julio de 1935 desfilan juntos Blum y Thorez, Herriot, Barbusse y Duclos. Los cimientos del Frente Popular ya están echados.

En la mañana del día 13 de febrero de 1936, cuando ya la acción conjunta de la izquierda se opone a los cada vez más violentos desmanes de los grupos reaccionarios, León Blum sufre un intento de linchamiento en plena calle por parte de miembros de la **Action Française.** Las elecciones legislativas del 26 de abril y 3 de mayo dan a los partidos que forman el Frente Popular **—SFIO, PC,** radicales, **Unión Socialista Republicana—** una neta mayoría en base a un programa publicado en el mes de enero que propugnaba la defensa de las libertades públicas mediante la disolución de las ligas facciosas, la defensa de la paz por la seguridad colectiva y la defensa del poder de compra de los asalariados y los campesinos.

León Blum llega a la presidencia del Consejo, y durante el año exacto que durará su primer gobierno todos sus esfuerzos estarán dedicados al cumplimiento de los denominados **acuerdos de Matignon,** firmados tres días después de la victoria electoral entre el nuevo gobierno y los líderes sindicales. En esos momentos, más de un millón y medio de obreros se encuentran en huelga, esperando el cumplimiento de las promesas electorales y una vez pasada la primera explosión de euforia popular. Simone de Beauvoir ha descrito admirablemente el clima de intensa alegría que

El 13 de febrero de 1936, por la tarde, León Blum sufrió un atentado en pleno Boulevard Saint-Germain. Charles Maurras comentaría este acto criminal, con las siguientes palabras: «... Un detritus humano debe ser tratado como tal».

entre las clases trabajadoras provocó el ascenso al poder del Frente Popular. Por los acuerdos de Matignon, los obreros se ven beneficiados por el establecimiento de la semana de cuarenta horas, las vacaciones pagadas, el aumento de los salarios y la generalización de los convenios colectivos. Otras medidas, como la nacionalización del Banco de Francia y de las industrias de guerra, así como la extensión de la escolarización y la protección a los perjudicados por la inflación, convierten a León Blum en el hombre más querido por las masas populares, pero también al mismo tiempo se transforma para la derecha en el símbolo más odiado de lo que ésta teme. Ante estas medidas, la reacción de las fuerzas conservadoras se traduce en una espectacular e incontenible fuga de capitales hacia el extranjero, que debilitará considerablemente la economía francesa de forma irreparable.

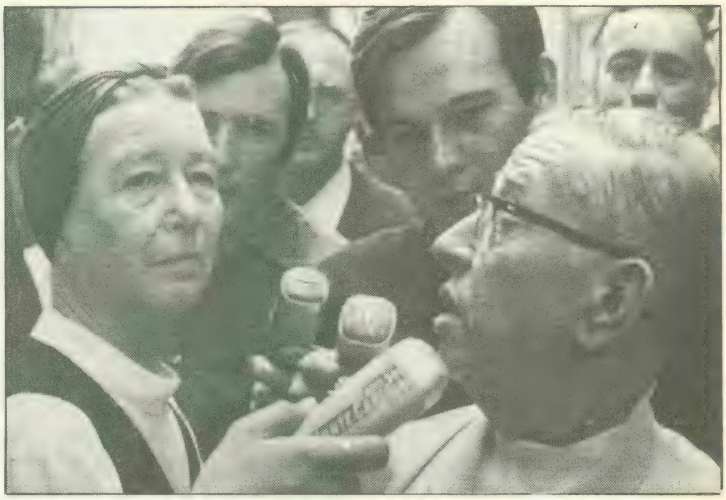
DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA A LA CAIDA DE FRANCIA

El 18 de julio de 1936 estalla en la España también gobernada por un Frente Popular la sublevación militar encabezada por el general Franco. Las primeras peticiones de ayuda por parte del gobierno de Madrid se dirigen lógicamente a Francia, con cuyo gobierno, además de la natural solidaridad ideológica, le une un acuerdo firmado el año anterior sobre la compra por España de armas en Francia. León Blum, a pesar de su postura personal de apoyo a la causa de la legalidad republicana, se ve enfrentado con las fuertes presiones que dentro de su mismo partido le desaconsejan la ayuda solicitada, al mismo tiempo que a nivel nacional, la apenas iniciada guerra civil española significa para muchos el esperado enfrentamiento entre los fascismos en auge y la democracia clásica, con todas las consecuencias derivadas de este hecho que para una Francia cada vez más desgarrada internamente significan. Por su parte, la Gran Bretaña no quiere oponerse de una forma evidente con las potencias dictatoriales, y a su Gobierno conservador no le es difícil inclinar a Blum hacia una postura evasiva, ya que él mismo teme la fuerza del nazi-fascismo. La sangrante burla que para el Gobierno de la República es-

pañola significa la creación del Comité de No Intervención solamente hará posible que la abstención de las democracias facilite las fuertes ayudas que tanto alemanes como italianos envían al bando sublevado, y que contribuirán de forma decisiva a su victoria final en abril de 1939. Esta inexcusable actitud de León Blum, aun aceptando una disminución de su responsabilidad dadas las circunstancias excepcionales en que se produce, denota ya el clima que hará posible, solamente dos años más tarde, la vergonzosa capitulación de las democracias en Munich ante los dictadores, e inicia por otra parte el declive del prestigio del Frente Popular, llegado al poder entre tantas esperanzas.
La guerra civil española, como ningún otro acontecimiento desde el **affaire** Dreyfus, dividirá a la opinión francesa durante los meses de la duración y aún hasta mucho después, ahondando todavía más el abismo abierto entre las posiciones autoritaria y democrática, cuyas diferencias parecieron a veces capaces de lanzar a Francia a una guerra civil similar a la española.
Durante los doce meses que se mantiene el Gobierno de Blum en el poder, el Frente Popular traduce las esperanzas de los obreros. Cientos de proyectos de leyes laborales y sociales son enviados al parlamento, entre un crecimiento cada vez más acusado de las fuerzas conservadoras y de extrema derecha, que con la prohibición de las ligas fascistas se ven privadas de sus fuerzas de choque. La evasión de capitales, unida a la necesaria devaluación del franco, aumentan la desconfianza en el Gobierno que mantienen las extensas clases medias, a pesar de que el aumento del índice de producción industrial demuestra una cierta recuperación. En noviembre de 1936, el oscuro suicidio del ministro del Interior, Salengro, acusado por una publicación de extrema derecha de haber desertado durante la anterior guerra, significa otro duro golpe para el Frente Popular, cuyo gobierno dimite en junio de 1937 cuando el Senado, feudo conservador, niega su aprobación a una serie de propuestas socialistas avanzadas dentro de la legislación social.
La subida al poder del radical Camille Chautemps significa un fuerte giro a la derecha en todos los órdenes. En noviembre de 1937 tendrá lugar el vidrioso asunto de la **Cagoule**, cuando los miembros de esta formación ultraderechista, casi todos ellos militares, intentan dar un golpe en París y ocupar el poder de acuerdo con las más altas esferas del Gobierno y la administración. Desarticulado el intento, algunos militares, entre los que se cuenta al mariscal Petain y al entonces coronel De Gaulle, nunca quedarán libres de la sospecha de haber participado en la intentona golpista.
Entre enero y marzo de 1938, con la dimisión de Chautemps y la retirada de los diputados socialistas y comunistas, la situación interior se enrarece en Francia, cada vez más oscurecida por el panorama internacional, que culmina en esos momentos con la anexión de Austria, primer paso del expansionismo nazi, pocos días antes de que —el día 10 de marzo— León Blum vuelva a la presidencia del Consejo e intente formar infructuosamente un Gobierno de **unidad nacional** que no durará siquiera un mes. Una vez más, será el Senado quien haga caer, en esta ocasión definitivamente, al Frente Popular. El gobierno radical de Daladier continúa el giro a la derecha iniciado por Chautemps y comienza por anular todas las medidas sociales de junio de 1936, comenzando por la semana de cuarenta horas. El proceso de descomposición interna de Francia es imparable, y la situación exterior no hace más que agravar el problema. Los acuerdos de Munich, firmados en septiembre de 1938; la ocupación total de Checoslovaquia en marzo del

En Carlton Garden's, edificio puesto a su disposición por el gobierno británico, el general De Gaulle, jefe de la Francia Libre, da su primera conferencia de prensa, que podría ser resumida en esta frase lapidaria: «La Francia ha perdido una batalla, pero la Francia no ha perdido la guerra».

año siguiente; la victoria de Franco en España en el mes de abril; el pacto germano-soviético de septiembre, y, finalmente, la invasión de Polonia, que provoca la declaración de guerra de Francia a Alemania, van jalonando como hechos fundamentales los últimos meses de vida de la III República. La **drole de guerre** —la guerra rara—, que se extenderá desde septiembre de 1939 hasta la invasión en mayo de 1940, no hace desaparecer las eternas disensiones internas. Cuando el ejército del Reich esté ya dentro de las fronteras francesas y todo parece perdido, cae el gobierno de Paul Reynaud y el mariscal Petain accede a la presidencia del Consejo, formado en Burdeos donde residen los poderes del Estado en la huida hacia el sur. En la reunión disminuida de las dos Cámaras, en la que se piden para el anciano mariscal plenos poderes de gobierno, de 666 parlamentarios presentes, solamente 80 se niegan a la concesión. León Blum encabeza, dentro de estos últimos, el grupo de socialistas, que con sus 36 votos negativos, se oponen a la muerte de la República parlamentaria y a la legalización de la dictadura reaccionaria que tendrá su realización práctica en el régimen de Vichy.



Simone de Beauvoir con Jean-Paul Sartre. (Junio de 1960).

LA GUERRA, EL JUICIO, EL PRESIDIO

Organizada en Vichy una aparente vida parlamentaria, León Blum mantiene en la capital del Nuevo Estado Francés una constante oposición a las reformas constitucionales que pretende el círculo de Petain y que conducirán a la implantación **legal** del régimen. En septiembre de 1940, Blum es detenido e internado en el castillo de Chazeron junto con Reynaud, Daladier y el general Gamelin. La clase política francesa no colaboracionista está en esos momentos detenida, muerta, escondida o huida al extranjero.

Blum con el general Leclerc, recién llegado de Indochina, del que León Blum diría: «Leal, pero un tanto tímido».

Entre el 19 de febrero y el 2 de abril de 1942 tendrá lugar en la ciudad de Riom el proceso montado contra Blum y sus colaboradores. El régimen de Vichy organiza la vista de una causa contra las principales cabezas del Frente Popular con la finalidad de desprestigiar a la difunta República. Pero sus organizadores no habían contado con la actitud de León Blum, cuyas intervenciones vuelven enseguida el proceso en contra de sus acusadores, a los que señala sin tapujos como causantes del desastre de junio de 1940. Las sucesivas sesiones se convierten en realidad en un proceso al régimen títere de Vichy. Los discursos de Blum ante sus

acusadores son reproducidos y repartidos secretamente en las zonas ocupadas, y la resonancia del proceso llegará hasta un extremo que será el propio Hitler quien desaconseje a las autoridades de Vichy de continuar las vistas. Es este el momento en que León Blum consigue un nivel más alto en el aprecio de sus conciudadanos, oprimidos como él por el ocupante.
Tras esta impresionante victoria moral, Blum, de prisión en prisión, acabará siendo conducido a los célebres campos de exterminio de Buchenwald y Dachau, en compañía de los demás políticos franceses detenidos con él. No será liberado hasta el día 4 de mayo de 1945 en la frontera italo-austríaca. Regresa inmediatamente a París y en el mes de junio vuelve a las salas judiciales, esta vez para servir como testigo en el proceso que se sigue contra el mariscal Petain y sus colaboradores. A pesar de sus apelaciones a la magnanimidad de los jueces y a las cartas que dirige al general De Gaulle —el árbitro supremo del momento—, a quien el propio Blum había apoyado expresamente durante la guerra, Pierre Laval será fusilado y el viejo mariscal pasará en presidio sus últimos años.

León Blum declarando durante el proceso del Mariscal Petain.

León Blum en compañía de Paul Ramadier.

EL FINAL DE UNA VIDA

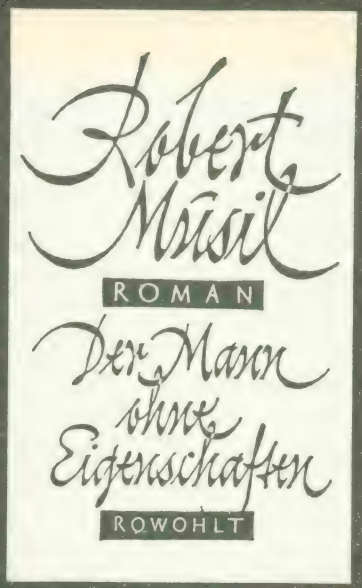
La guerra y la resistencia, que habían unido a socialistas y comunistas en la empresa común, son ya épocas pasadas. La unión forzada se rompe tan pronto vuelve la paz. Es un momento muy agitado en el aspecto social y los desórdenes se suceden en las zonas industriales. En los últimos meses del conflicto, Blum había escrito en presidio una obra de pensamiento político, **A l'echelle humaine**, en donde ve el socialismo futuro como un humanismo que le acerca al laborismo británico, abandonando el radicalismo del marxismo. Es otra vez la influencia de Jaurés, después de dos guerras destructoras tras las que Francia queda totalmente exangüe. Estas ideas, unidas a su claro rechazo por la lucha de clases, que ahora preconiza la izquierda apoyada por la victoria soviética contra el nazismo, provoca el repudio de los sectores más radicales de su partido encabezados por Guy Mollet, nuevo secretario general. En las elecciones de la paz,

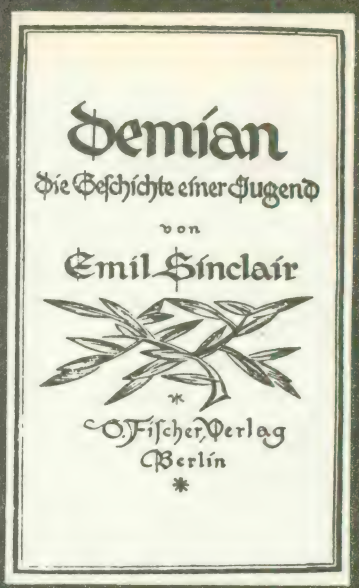
la **SFIO** no sufre aumentos electorales, pero continúa siendo el eje de la vida política francesa. En los comicios de junio y noviembre de 1946, los votantes dan a los socialistas una mayoría suficiente para que, una vez más, León Blum —ya con setenta y cuatro años— vuelva a la presidencia del Consejo.

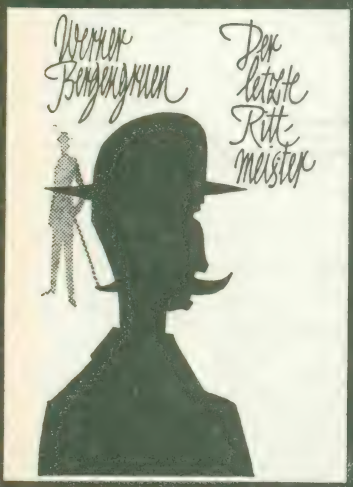
Las actividades de este gobierno provisorio en las pocas semanas que dura su existencia dan prueba de su eficacia. El viaje de Blum a Londres reanuda las buenas relaciones con Gran Bretaña, deterioradas seriamente desde 1940. En materia económica, la ley de baja de precios se une al **Plan Monnet.** Cuando Vincent Auriol llega a la Presidencia de la República, en las primeras semanas de 1947, siendo el primer socialista que alcanza el primer puesto de la Nación, Blum dimite de su cargo y se retira. Parece que los años que le quedan de vida serán ocupados por las tranquilas ocupaciones intelectuales que desarrolla en su casa de Ile de St. Louis o en su posesión rural. Pero en el mes de noviembre de ese año, a requerimiento de Auriol, vuelve a intentar la formación de un gobierno. La actitud de los partidos de derecha, fortalecidos por la ya presente guerra fría, le impide llevar a cabo sus propósitos. La caótica vida de la Cuarta República, que no durará más de doce años y caerá entre el caos, comienza su camino de una forma que ya hace presagiar de antemano lo que será su existencia.

La retirada del general De Gaulle del poder, a la espera de una vuelta providencial que se producirá en 1958, debilita todavía más si cabe al régimen. León Blum vive sus últimos años en su finca de Jouy-en-Josas, apartado de la política activa pero siempre en el centro de la vida del país. Su actividad a favor de un arreglo pacífico de la cuestión de Indochina, que ya empieza a dibujarse, le confiere un nuevo protagonismo. Los trabajos que tiene entre manos no cesarán hasta el mismo día de su muerte, que tiene lugar el 30 de marzo de 1950 —hace ahora treinta años— en su casa del campo. El 2 de abril, Francia le rendirá funerales nacionales. Había desaparecido uno de los grandes patriarcas de la Europa de este siglo. Su vida, desarrollada a través de los más graves conflictos que asolaron al continente en toda su historia, es un fiel reflejo de lo que fue la mejor clase política de aquellos momentos en los que pareció que los sistemas de democracia liberal serían modelo de futuras organizaciones políticas. Blum fue uno de los utópicos que creyeron que tras el desastre de 1918 nunca el mundo volvería a entregarse a una locura semejante. Y le tocó vivir muy de cerca la constatación de todo lo contrario. Un mundo que había muerto en 1939, se entierra definitivamente con la muerte de Blum, humanista y político. ■ **J. M. S. M.**

Blum fue uno de los utópicos que creyeron que tras el desastre de 1918 nunca el mundo volvería a entregarse a una locura semejante. Y le tocó vivir muy de cerca la constatación de todo lo contrario. Un mundo que había muerto en 1939, se entierra definitivamente con la muerte de Blum, humanista y político.





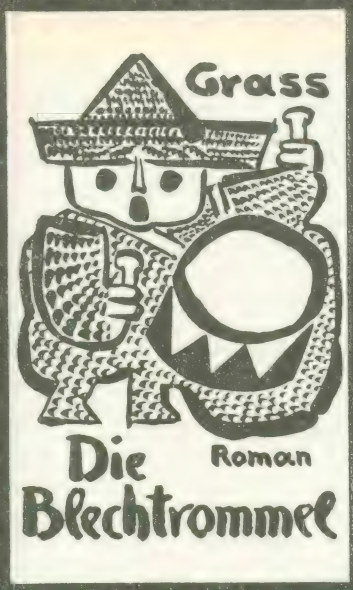


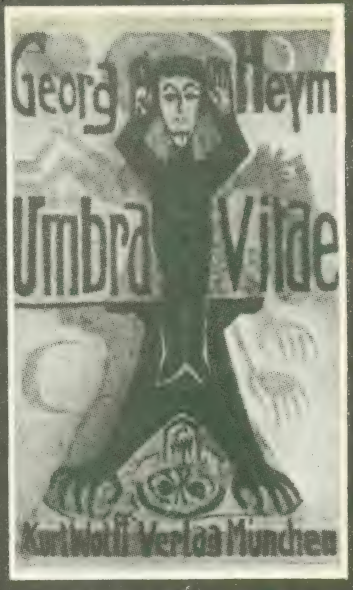
CULTURA Y BARBARIE:

Los intelectuales alemanes y el Tercer Reich

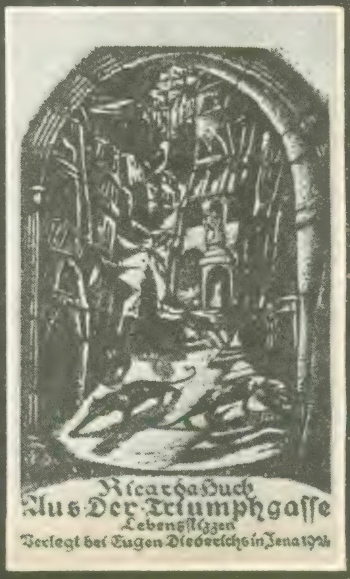
Heleno Saña

HEGEL, en su Filosofía de la Historia, había visto en el pueblo alemán la culminación del espíritu universal; pero lo que en 1933 llegó fue la barbarie profetizada por Nietzsche. ¿Cómo se explica que la nación más culta de la tierra sucumbiera a la bestialidad del nazismo? Hoy estamos excelentemente informados sobre las atrocidades cometidas por el régimen nacionalsocia-





lista con el apoyo activo o pasivo de una parte mayoritaria del pueblo germánico, pero olvidamos a menudo que los representantes más excelsos de la «intelligentsia» alemana rechazaron la barbarie nazi y tomaron partido por la cultura de Kant, Goethe y Marx. En las páginas siguientes intentamos aportar cierta luz a uno de los capítulos más apasionantes y menos conocidos del III Reich.



Heinrich Mann (Lübeck, 27-3-1871 - Santa Mónica, California, 12-3-1950).

LA CAZA DE BRUJAS

Mucho antes de que los nazis pasaran a sistematizar e institucionalizar su política cultura, iniciaron ya la persecución contra los intelectuales y artistas hostiles al fascismo. La caza de brujas contra los grandes representantes de la literatura, el pensamiento y el arte alemanes fue, desde el primer momento, una de las notas dominantes del III Reich.

La primera depuración se produjo en el seno de la Academia Prusiana de Literatura, integrada desde 1926 en la Academia Prusiana de las Artes y presidida desde 1930 por Heinrich Mann, el hermano de Thomas Mann. Heinrich Mann y la escultora Kähte Kollwitz habían firmado una declaración propugnando la formación de un frente unitario entre el Partido Comunista (KPD) y el Partido Socialdemócrata (SPD). El 16 de febrero de 1933, ambos se vieron obligados a presentar su dimisión.

El 14 de marzo de 1933, el presidente de la Academia Prusiana de las Artes, Max von Schillings, envió una carta circular a todos los miembros de la Asociación, colocándoles ante la alternativa de acatar al nuevo régimen o retirarse de aquélla. Otros miembros quedaron expulsados automáticamente por su condición de judíos. Los cesantes en la Academia de Literatura fueron: Heinrich Mann, Alfred Döblin, Ricarda Huch, Franz Werfel, Thomas Mann, Alfred Mombert, Leonhard Frank, Georg Kaiser, Bernhard Kellermann, René Schickele, Fritz von Unruh, Ludwig Fulda, Rudolf Pannwitz, Jakob Wassermann y Alfons Paquet. Dentro de los que se retiraron voluntariamente, la actitud más militante fue la de Ricarda Huch, que Thomas Mann llamaba «la primera mujer de Alemania». En una carta dirigida al presidente de

Alfred Döblin (Stettin, 10-8-1878 Emmendingen Baden, 28-6-1957).

la Academia de las Artes, Ricarda Huch escribía: «Lo que el actual gobierno prescribe como moral nacional, no es lo que yo entiendo por alemanidad. Considero la centralización, la coacción, los métodos brutales, la difamación de los que piensan de otra manera y el autobombo fanfarrón, como algo antialemán y funesto» (1).

Para sustituir a los autores expulsados, el ministro de Cultura prusiano, Rust, nombró a los siguientes nuevos miembros: Werner Beumelburg, Hans Friedrich Blunck, Hans Carossa, Peter Däufer, Paul Ernst, Friedrich Griese, Hans Grimm, Hans Johst, Erwin Guido Kolbeheyer, Agnes Miegel, Börries von Münchhausen, Wilhelm Schäfer, Emil Strauss y Willi Wesper. Se trataba de autocares adictos al nuevo régimen o útiles al mismo por su renombre literario.

Como sucesor de Heinrich Mann al frente de la Academia de Literatura, los nazis habían previsto al poeta Stefan George, cuya obra era considerada generalmente como afín al hitlerismo. Pero el autor de «El Nuevo Reich» había huido de Alemania en 1933 y murió en 1934 en Suiza, después de haber declinado varias ofertas de Goebbels para regresar a su patria.

Goebbels y sus lacayos se llevaron otro chasco con Ernst Jünger, que nombrado miembro de la Academia Alemana de Poesía, rechazó el nombramiento. En el curso de los años siguientes, el profeta del «soldado-proletario» mantuvo una actitud semiindependiente, terminando como uno de los consejeros políticos del general Rommel y como conspirador contra Hitler en el frente de Francia.

Pero los nuevos señores encontraron apoyo en un hombre que por sus antecedentes literarios e ideológicos podía

Ricarda Huch (Braunschweig, 18-7-1864 - Schönberg/Taunus, 17-11-1947)

(1) Joseph Wulf, **Literatur und Dichtung im Dritten Reich**, *p. 27, Gütersloh, 1963.*

ser considerado como un antípoda del fascismo: el poeta y médico Gottfried Benn, una de las grandes vestales del expresionismo alemán. El 24 de abril de 1933, Benn pronunció en la radio un discurso titulado «El nuevo Estado y los intelectuales», publicado luego en el «Berliner Börsenzeitung». Era una arenga concebida a la medida de los nazis, en la que se hablaba del «nuevo tipo biológico» y de la «decadente democracia europea». A principios de mayo de 1933, Klauss Mann escribió una carta a Benn preguntándole cómo había podido caer tan bajo. Pero el idilio de Benn con el nacionalsocialismo acabó con su expulsión de la Cámara de Escritores, en 1938.

Otro de los grandes intelectuales que al principio saludaron el advenimiento del nazismo fue el filósofo Martin Heidegger, padre del existencialismo de entreguerras. El 3 de noviembre de 1933, el autor de «Sein und Zeit» declaraba ante un auditorio de estudiantes: «Las reglas de vuestra conducta no han de ser las doctrinas y las ideas; sólo el Führer representa exclusivamente la actual y futura realidad alemana y sus leyes» (2). Pero el entusiasmo de Heidegger por el Führer y sus esbirros no duró tampoco mucho, y en contra de una leyenda muy extendida, el filósofo de los Bosques Negros rompió interiormente pronto con el régimen, del que sufrió más tarde algunas humillaciones. Siendo rector de la Universidad de Freiburgo, Heidegger se opuso a la quema de libros y se negó a alejar obras judías de la biblioteca del Seminario Filosófico. Intercedió a favor de los profesores judíos Thannhauser y von Hevesy para que no fueran destituidos de sus cátedras. En mayo de 1934 dimitió como rector por no querer plegarse a la política del NSDAP. Asimismo, se negó a participar en la toma de posesión de su sucesor. A pesar de ser el primer filósofo de Alemania, el NSDAP no le eligió como delegado al Congreso de Filosofía de Praga (1934) ni en el de París (1937). Sus trabajos eran silenciados o atacados por el nacionalsocialismo. En el verano de 1944, el partido le envió al Rin a construir trincheras con el pico y la pala. Estos hechos no le exculpan naturalmente de sus concesiones iniciales al régimen ni de su actitud poco generosa con su maestro Husserl, a cuyo entierro no asistió. Heidegger reconocería más tarde esas debilidades y errores (3).

Entre las celebridades que se dejaron mimar por el nacional socialismo hay que citar sobre todo al dramaturgo Gerhard Hauptmann, cuyas obras no faltaron nunca en el repertorio habitual de los teatros. La misma actitud adoptó el compositor Richard Strauss, caballo de parada del régimen en el ámbito musical. Pero el autor de «Elektra» tampoco pudo evitar al final una ruptura con sus protectores.

El 11 de marzo de 1933 fue disuelta la Asociación de Escritores Alemanes, que había presidido hasta ese momento Arnold Zweig. Goebbels transformó esa organización en un instrumento dócil, llenándola de escritores adictos al régimen. Lo mismo ocurrió con el Pen-Club. En virtud de la ley de 7 de abril de 1933 sobre la reorganización de los funcionarios profesionales, los miembros de las academias literarias y artísticas tuvieron que llenar un formulario demostrando la pureza aria de su sangre.

Los periódicos y diversas or-

(2) Hildegard Brenner, **Die Kunstpolitik des Nationalsozialismus**, *p. 189, Reinbeck bei Hamburg, 1963.*

Thomas Mann (Lübeck, 6-6-1875 - Kilchberg Zürich, 12-8-1955). Premio Nobel de Literatura en 1929.

Leonhard Frank (Würzburg, 4-9-1882 - München, 18-8-1961).

(3) Sobre las relaciones entre Heidegger y el III Reich, véase especialmente el diálogo sostenido por el filósofo con el semanario **Der Spiegel** *en septiembre de 1966 y publicado tras su muerte por expresa voluntad suya:* **Der Spiegel**, *p. 193-219, Hamburgo, 31 de mayo de 1976.*

Arnold Zwig (Grob-Glogau Schlesien, 10-11-1887 - Berlin-Niederschönhausen, 1968). Premio Lenin de la Paz en 1958.

ganizaciones del NSDAP y del Estado empezaron a publicar en seguida listas negras sobre los autores considerados como indignos de ser leídos por los lectores del nuevo Reich. La SA, las organizaciones estudiantiles y la policía organizaron una limpieza general de las bibliotecas y librerías, retirando las obras que a su juicio eran hostiles al espíritu nacionalsocialista.

La siguiente etapa fue la de la de organizar una quema pública de las obras proscritas. La acción, que la propaganda nazi quiso presentar como espontánea, fue preparada cuidadosamente por el Deutsche Studentenschaft (Estudiantado Alemán), organizando a tal efecto una campaña de esclarecimiento «contra el espíritu antialemán». La campaña abarcaba desde el 12 de abril hasta el 10 de mayo de 1933. Como apoteosis de la misma se preveía la quema general de los libros considerados como antialemanes. La quema principal tuvo lugar en la noche del 10 de mayo en Berlín y otras ciudades del Reich. Iluminado por las llamas de la hoguera, Goebbels pronunció en la Plaza de la Opera de Berlín una arenga demagógica intentando justificar este acto vandálico como una hazaña histórica: «Este es un gran acto simbólico, un acto que documentará ante el mundo que aquí se hunde la base espiritual de la República de Weimar» (4). El número de libros quemados se elevó aproximadamente a 25.000. Mientras los volúmenes eran arrojados al fuego, bandas de música de la SA y la SS entonaban himnos patrióticos, a la vez que estudiantes fanáticos declamaban en voz alta consignas demonizantes contra los autores incriminados. Era un auténtico auto de fe medieval, una misa negra de la barbarie y la anticultura. Indignado, el escritor Oskar María Graf dirigió una carta de protesta a los periódicos exigiendo que se quemasen también sus libros.

René Schickele (OBerehnheim Elsab, 4-8-1883 - Vence Nizza, 31-1-1940).

Georg Kaiser (Magdeburg, 25-11-1878 - Ascona/Schweiz, 4-6-1945).

Entre los libros arrojados a las llamas se hallaban obras de Carlos Marx, Engels, Lenin, Brecht, Max Brod, Döblin, Freud, Heinrich Mann, Erich Maria Remarque, Kurt Tucholsky, Franz Werfel y muchos otros.

EL EXODO

Cuantitativamente, el número de intelectuales que se adhirió al III Reich o por lo menos se acomodó a él, fue superior al de los que abandonaron Alemania, pero no cabe duda que entre los que eligieron el exilio se hallaba lo más excelso de la cultura alemana. En este sentido cabe trazar un paralelo casi exacto entre la Alemania hitleriana y la España franquista.

El éxodo de los intelectuales alemanes no se produjo de golpe, sino escalonadamente. El número de los que se exiliaron no ha podido ser reconstruido con plena certeza. Un especialista sitúa la cifra entre 250 y 1.000 (5). La primera

(4) *Wulf,* **obra cit.**, *p. 46.*

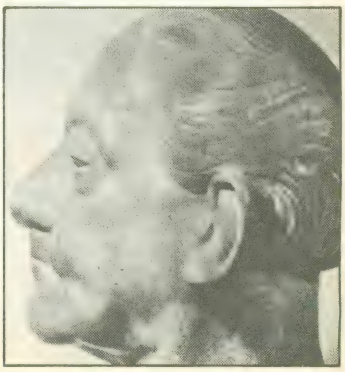
(5) *Dieter Strothmann,* **Nationalsozia-**

Martin Heidegger (Messkrich, Baden, 1889-1976).

gran evasión tuvo lugar inmediatamente después del incendio del Reichstag, en la noche del 27 al 28 de febrero de 1933 (6). Los nazis utilizaron este suceso para detener a varios intelectuales, entre ellos a Erich Mühsam, Carl von Ossietzky, Ludwig Renn, Willy Bredel y Kurt Hiller. Erich Mühsam había jugado un papel central en la revolución bávara de 1919, y Ossietzky era director de la revista «Weltbühne», una de las grandes tribunas antimilitaristas y antifascistas de la República de Weimar. Ambos murieron en los campos de concentración nazis. Los demás detenidos fueron puestos más tarde en libertad y lograron huir del infierno hitleriano. El segundo movimiento migratorio importante tuvo lugar tras la quema de libros del 10 de mayo, y el tercero y último, tras la «noche de cristal», el 9 de noviembre de 1938, cuando fueron incendiadas las sinagogas.

Es imposible, en el marco de esta exposición, incluir una lista completa de los intelectuales que abandonaron Alemania, de manera que a título representativo nos limitaremos a dar los nombres de los más conocidos, por orden alfabético: Johannes R. Becher, Ernst Boch, Bertold Brecht, Willy Bredel, Alfred Döblin, Lion Feuchtwanger, Bruno Frank, Leonhard Frank, Oskar Maria Graf, Hans Habe, Walter Hasenclever, Stefan Heym, Max Horkheimer, Karl Jaspers, Georg Kaiser, Alfred Kantorowicz, Alfred Kerr, Hermann Kesten, Egon Erwin Kisch, Arthur Koestler, Annette Kolb, Alfred Kurella, Else Lasker-Schüle, Rudolf Leonhard, Heinrich Mann, Klaus Mann, Herbert Marcuse, Ludwig Marcuse, Walter Mehring, Alfred Neumann, Balder Older, Erwin Piscator, Theodor Plivier, Gustav Regler, Ludwig Renn, René Schickele, Willy Schlamm, Anna Seghers, Leopold Schwarzschild, Ernst Toller, Bode Uhse, Fritz von Unruh, Jakob Wassermann, Carl Zuckmayer, Arnold Zweig, Paul Zech.

Thomas Mann se hallaba en el extranjero y no tenía inten-



Hans Carossa (Bad Tölz/Obb, 15-12-1878 - Rittsteig/Passau, 12-9-1956).

listische Literaturpolitik, *p. 234, Bonn, 1960.*

(6) Con respecto al trasfondo y pormenores de este acto de provocación nazi, remito a mi trabajo «El incendio del Reichstag», en **Nueva Historia**, *Núm. 14, Barcelona, marzo de 1978.*

Stefan George (Büdesheim, 12-7-1868 - Minusio/Locarno, 4-12-1933).

ción de emigrar, pero los ataques nacionalsocialistas contra una conferencia suya sobre Wagner pronunciada el 10 de febrero de 1933, y los consejos de su hijo Klaus, le movieron a no regresar. Emil Ludwig y Hermann Hesse, ambos alemanes de origen, poseían la nacionalidad suiza y rompieron con el régimen nazi desde fuera. Kirt Tucholsky residía en Suecia desde 1929, Walter Benjamin y Rudolf Leonhard en París. Entre los intelectuales exiliados hay que incluir también a los antifascistas austríacos que tras el «Anschluss» de Austria al Reich hitleriano eligieron el camino de la emigración: Stefan Zwig, Robert Musil, Odon von Horvath, Franz Werfel, Joseph Roth, Elias Canetti, Ernst Waldinger y otros. Egon Friedell se arrojó por la ventana al ver que las tropas alemanas se acercaban a su casa.

Entre los que tomaron posición abierta contra el nacionalsocialismo y los que se identificaron con él hay que situar una categoría intermedia que más tarde formaría el grupo denominado «innere Emigration» o «emigración interior». Se trataba de autores que no habían querido o podido abandonar Alemania pero que tampoco se adhirieron al régimen. Tras la guerra, se ha intentado incluir en esta lista a escritores que no lo merecían —como Benn y Jünger—, pero aparte de estos retoques oportunistas llevados a cabo por la Alemania de Adenauer con el objeto de rehabilitar a un gran número de escritores de derecha, es innegable que entre los intelectuales que se quedaron había muchos antifascistas sinceros, como veremos más adelante.

LA GLEICHSCHALTUNG

Desde sus comienzos, el movimiento nacionalsocialista había expresado claramente su propósito de someter la vida cultural alemana al dictado total del NSDAP y la concepción del mundo nazi. El instrumento destinado a posibilitar la «Gleichschaltung» o sincroniaación literaria e ideológica del país era la propaganda.

La importancia de la propaganda en la vida política moderna fue reconocida ya muy pronto por Hitler, cuyo éxito dentro del NSDAP se debió precisamente a su habilidad para dirigir el aparato propagandístico del partido. En «Mi lucha» escribiría: «Durante el estudio atento de todos los acontecimientos políticos, la función de la propaganda me interesó siempre profundamente. Veía en ella un instrumento que precisamente las organizaciones socialistas-marxistas dominaban y sabían utilizar magistralmente. Aprendí muy pronto que el empleo adecuado de la propaganda constituye un verdadero arte, ingnorado casi completamente por los partidos burgueses» (7). Hitler aprendió sobre todo que la propaganda «tiene que limitarse a muy pocos puntos y repetir éstos eternamente» (8). En mayo de 1931 confió a Breiting: «Cuando hayamos conquistado el poder, edificaremos una poderosa central estatal de propaganda» (9). La propaganda nazi perseguía

Ernst Jünger (Heidelberg, 29-3-1895).

Gottfried Benn (Mansfeld Westpriegnitz, 2-5-1886 - Berlin, 7-7-1956).

(7) *Hitler*, **Mein Kampf**, *p. 193, edición 1940.*
(8) **Ibid.**, *p. 202.*
(9) *Edouard Calic*, **Ohne Maske. Hitler-Breiting Geheimgespräche 1931**, *p. 35-36, Francfort, 1968.*

dos fines fundamentales: difundir al máximo la ideología nacionalsocialista e impedir la libre expresión de todo sistema de ideas contrario al III Reich. Eso significaba, de un lado, dirigismo cultural, y del otro, represión e introducción de la censura.

El primer paso para la homologación institucional de la cultura alemana fue el de crear el Ministerio de Cultura Popular y Propaganda, fundado el 30 de junio de 1933. Para dirigirlo, Hitler nombró al doctor Josef Goebbels, hasta entonces jefe de propaganda del NSDAP. El nuevo mandarín cultural del Reich puso en pie una serie de organismos destinados a posibilitar el control sistemático de las actividades literarias y artísticas de la nación. En el Ministerio de Propaganda existían diversos departamentos encargados de dirigir y controlar las respectivas esferas de creación: prensa, libros, revistas, editoriales, teatro, cine, artes plásticas, etc. El más importante era el departamento VIII, responsable de las actividades literarias (Schriftum). El colaborador más destacado de Goebbels era Hans Fritzsche, jefe de los departamentos de prensa (2.300 periódicos) y de radiodifusión. Fritzsche era sobre todo conocido por su programa radiofónico semanal «Habla Hans Fritzsche», que le convirtió en el ventrílocuo número uno del III Reich. Por supuesto, estaba prohibido escuchar las emisoras extranjeras o leer los periódicos internacionales no afectos al régimen, desde el «Times» al «Neue Zürcher Zeitung».

Goebbels era el hombre de confianza de Hitler en materia de propaganda y cultura, pero el Führer, siguiendo su costumbre maquiavélica de crear focos paralelos de poder, limitó indirectamente su área de influencia al nombrar en enero de 1934 a Alfred Rosenberg «Delegado del Führer para la educación espiritual e ideológica del pueblo alemán». Este pomposo título daba al autor del «Mito del siglo XX» el derecho a controlar el contenido ideológico de todo lo que se publicaba en el Tercer Reich, sobre todo a partir de la II Guerra Mundial, cuando Rosenberg fue nombrado adicionalmente ministro del Reich para los territorios del Este. A menudo ambos intercambiaron cartas bastante agresivas, especialmente por parte de Rosenberg, que no comprendía cómo el Führer había elegido como jefe de propaganda a un hombre que él consideraba como intelectualmente inferior.

Cuantitativamente, el número de intelectuales que se adhirió al III Reich o por lo menos se acomodó a él, fue superior al de los que abandonaron Alemania, pero no cabe duda que entre los que eligieron el exilio se hallaba lo más excelso de la cultura alemana. En este sentido cabe trazar un paralelo casi exacto entre la Alemania hitleriana y la España franquista. (En la fotografía, Hitler saluda efusivamente a su Ministro de Propaganda, Goebbels, frente a una «adquisición» pictórica, posible rapiña de la Alemania nazi victoriosa de 1940).

En la política cultural jugaron también un papel importante el ministro de Ciencia, Educación y Formación Popular, Bernhard Rust, y el jefe de las Juventudes Hitlerianas, Baldur von Schirac. Aparte de las leyes de carácter general, la política cultural tenía como base jurídico-legal la Ley de la Cámara de Cultura del Reich, promulgada el 22 de septiembre de 1933.

El 15 de noviembre de 1933, Goebbels pasó a ser presidente de la Cámara de Cultura del Reich, creada por él. En este organismo estaban agrupadas siete Cámaras representando a las diversas secciones literarias y artísticas.

Günter Eich (Lebus Oder, 1-2-1907).

Gerhart Hauptmann (Ober - Salzbrunn/Schlesien, 15-11-1862 - Agnetendorf/Schlesien, 6-6-1946). (En la fotografía, Hauptmann, y a la izquierda, el dramaturgo norteamericano Eugene O'Neill).

La Cámara de Actividades Literarias era la más importante. A ella pertenecían no sólo los autores y escritores, sino también los editores, lectores, libreros, bibliotecarios y otras profesiones relacionadas con la industria del libro. Tenía 35.000 miembros. Para pertenecer a una de las Cámaras era necesario firmar una declaración escrita comprometiéndose a servir al régimen.

A lo largo del dominio nazi fueron compuestas listas de libros y autores prohibidos. En esta obra inquisitorial participaron no sólo el Ministerio de Propaganda, sino otras instituciones y organismos, como las jefaturas de policía. El número de autores y libros prohibidos era cada vez mayor. En la fase final del III-Reich, el número de libros incluidos en el índice de Goebbels se elevaba a 12.400. Entre esos títulos se hallaban las obras completas de 149 autores.

Pero no sólo los autores vivos fueron pasados por el tamiz de la censura. La labor inquisitorial se extendió a los intelectuales y artistas ya fallecidos, tanto extranjeros como alemanes. Esta tarea de exégesis retrospectiva condujo a situaciones grotescas. ¿Era Beethoven masónico? ¿En qué medida influenció a Franz Liszt su amante la princesa Karolina Sayn-Wittgestein, «judía cien por cien»?

La «Gleichschaltung» afectó también a las editoriales. Si, en general, los nombres de las casas editoras más prestigiosas fueron conservados, los propietarios o directores antifascistas fueron separados de sus puestos y sustituidos por «comisarios» nombrados por Goebbels. Algunos editores fueron detenidos o internados en campos de concentración, como le ocurrió a Peter Shrkamp en 1944. Entre las edito-

riales sometidas a zontrol nazi o totalmente prohibidas se hallaban la Rowohl, Deutsche Verlagsanstalt, Suhrkamp, Fischer, Zsolnay, Cassirer, Rütten und Loening, Paul Steegeman y muchas otras.

A pesar del control ejercido por Goebbels y Rosenberg sobre el mundo editorial, muchos editores lograron burlar la censura e imprimir libros y revistas que más o menos veladamente constituían un desafío a la cultura oficial. Pero esta oposición subterránea contra la censura quedaba anegada en medio de la producción literaria bendecida por el nacionalsocialismo. Ya hemos señalado que lo más selecto de la «intelligentsia» alemana no se integró en el régimen nazi. El III Reich tuvo que nutrirse, pues, de los escritores apolíticos o conservadores y de la pléyade de oportunistas o fascistas que apoyaron activamente al régimen. Un porcentaje quizá mayoritario de la literatura difundida por Goebbels era anterior a 1933. Como ha señalado Klaus Vondung: «Una gran parte de la literatura nacionalsocialista, sobre todo las obras que tuvieron un gran éxito de público y eran consideradas en el III Reich como modelos nacionalsocialistas, surgió ya en los tiempos de la República de Weimar, y otro porcentaje no inferior en número e importancia incluso antes de 1918» (10).

Huelga decir que la cultura alemana descendió a un nivel ínfimo. El ex ministro de Economía Schacht escribiría en este contexto: «Los doce años del imperio milenario de Hitler fueron en el aspecto intelectual y artístico los más estériles que conoció Alemania desde la Guerra de los Treinta Años» (11). Ello no puede sorprender cuando se tiene en cuenta que la cultura del Tercer Reich fue dirigida por dos resentidos: Hitler y Goebbels. El primero era un arquitecto y pintor frustrado, el segundo un escritor fracasado.

(10) Klaus Vondung, **Der literarische Nationalsozialismus,** *en «Die deutsche Literatur im Dritten Reich», p. 51, Stuttgart, 1976, volumen editado por Horst Denkler y Karl Prümm.*

(11) Hjalmar Schacht, **Abrechnung mit Hitler,** *p. 137, Berlín-Francfort, 1949.*

«Los doce años del imperio milenario de Hitler fueron en el aspecto intelectual y artístico los más estériles que conoció Alemania desde la Guerra de los Treinta Años». (En la fotografía, Alfred Rosenberg, en su época de Ministro nazi para los Países Bálticos ocupados, a su llegada a Kiev, capital de Ucrania, durante la segunda Guerra Mundial).

RESISTENCIA, OPOSICION SUBLIMADA Y ESCAPISMO

Al hablar del éxodo de los intelectuales alemanes tras la subida de Hitler al poder, nos hemos referido ya al grupo intermedio que pasó a constituir la llamada «emigración interior», categoría en la que se cobijaban los escritores que permanecieron en el Reich sin compartir interiormente la ideología nazi.

En torno a la legitimidad moral del concepto «emigración interior», surgió tras la II Guerra Mundial una enconada polémica, de cuyos detalles no podemos ocuparnos aquí. Los protagonistas iniciales de la misma fueron Walter von Molo y Frank Thiess, de una parte, y Thomas Mann, de la otra. Saliendo al paso de los que no sólo defendían la emigración interior, sino que la colocaban por encima de la emigración exterior, Thomas Mann escribió: «Quizá sea superstición, pero a mi modo de ver, los libros impresos en Alemania entre 1933 y 1945 carecen de todo valor y huelen a sangre y vergüenza» (12). Más tarde, Franz Schonauer, asumiendo la tesis de Thomas Mann, diría no menos lapidariamente: «La literatura de la llamada emigración interior fue evasión» (13). Y también: «Lo trágico de la literatura burguesa en la Alemania del Tercer Reich radica en el hecho de que todo autor que escribía y publicaba, confirmaba y legitimaba con ello el anti-espíritu absoluto como espíritu» (14). La realidad era más compleja.

(12) **Augsburger Anzeiger,** *12 octubre 1945.*

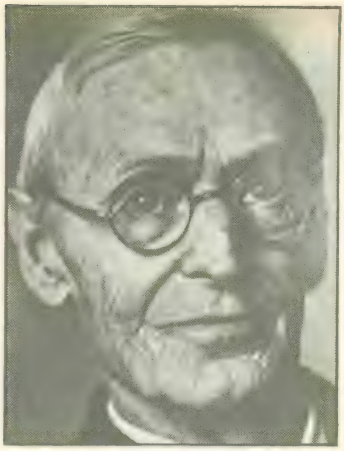
(13) Franz Schonauer, **Deutsche Literatur im Dritten Reich,** *p. 127, Olden-Freiburgo, 1961.*

(14) **Ibíd.,** *p. 129.*

El control policiaco de la Gestapo y la dictadura cultural establecida por Goebbels y Rosenberg hacía difícil el surgimiento de testimonios literarios opuestos al régimen. Pero a pesar de la censura y la sincronización de la vida cultural, surgió en el III Reich una literatura que, abierta o subrepticiamente, se movía a extramuros de la apologética nacionalsocialista. Esta literatura puede dividirse en tres grandes segmentos: la literatura de resistencia, la que pretendía conjugar la legalidad con la oposición sublimada y la que eligió el escapismo como forma de creación.

La literatura de resistencia estuvo protagonizada fundamentalmente por publicistas jóvenes y poco conocidos, generalmente vinculados al partido comunista y el partido socialdemócrata. Citemos en este contexto a Jan Petersen, Kurt Steffen, Berta Waterstradt, Walter Stolle, Elfriede Brüning, Louis Kaufmann, Paul Körner-Schrader y Karl Grünberg. Este grupo clandestino de Berlín fue descubierto en 1935 por la Gestapo y casi todos sus miembros detenidos. Grupos análogos se formaron en Hamburgo, Magdeburgo, Breslau y otras ciudades.

Tras la localización por la Gestapo de las imprentas clandestinas —y ello ocurrió pronto— la literatura de resistencia era impresa fuera de Alemania y reintroducida en el Reich mediante emisarios. En general, los folletos y libros estaban camuflados bajo cubiertas inofensivas, con títulos ajenos al contenido subversivo. Como uno de los grandes testimonios de la literatura de resistencia hay que citar el relato documental «Unsere Strasse» (Nuestra calle), de Jan Petersen, cuyo nombre verdadero era Hans Schwalm. Escrito en Berlín,



Hermann Hesse (Calw Wüttenberg, 2-7-1877 - Montagnola Schweiz, 9-8-1962). Premio Nobel de Literatura en 1946.

fue publicado en varios idiomas fuera de Alemania.

Muchos de los testimonios antifascistas fueron escritos en los campos de concentración. Citemos, en este contexto, los relatos de Heins Beimler, Willy Bredel, Gerhard Seger, Wolfgang Langhoff, Julius Zerfass y Paul Massing. Las crónicas escritas por estos prisioneros —comunistas y socialdemócratas— fueron publicadas en la década del 30 en el extranjero, y en parte reintroducidas en Alemania. Se trataba de los primeros documentos directos sobre los campos de concentración.

Entre los autores que sin pertenecer a grupos clandestinos se sentían en desacuerdo con el III Reich y no disimulaban su oposición al mismo, se hallaban, entre otros, Ricarda Huch, Ernst Barlach, Jochem Klepper, Werner Bergengreuen, Ernst Wiechert, Reinhold Schneider, Theodor Haecker y Ernst Niekisch. Algunos de ellos fueron provisionalmente detenidos, como Niekisch y Wiechert. Este último atacó públicamente a los nazis en la Universidad de Munich, exhortando a sus oyentes a que no se dejaran seducir por su brutalidad y su barbarie. Uno de los discursos de Wiechert fue publicado en la revista del exilio «Das

Walter Benjamin (Berlín, 15-7-1892 - Suicidado en la frontera franco-española el 26-9-1940).

Marie Luise Kaschnitz. (Karlsruhe, 31-1-1901 -).

Wort». La mayoría de estos autores eran de procedencia conservadora o confesional, lo que les daba un margen de libertad que no poseían los autores comunistas o socialdemócratas, casi todos ellos exiliados o encarcelados.

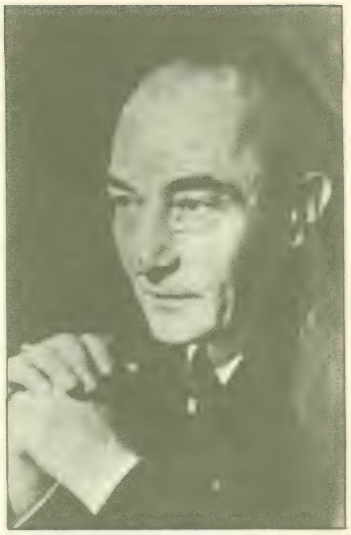
Wiechert escribió un libro claramente oposicional, como «El bosque de los muertos» (1939), sobre los campos de concentración. Bergengruen publicó anónimamente en Austria (1937) la colección de poemas antinazis «El kaiser eterno». También publicó «El gran tirano y el tribunal», que es considerada como una de las principales obras antifascistas aparecidas en el III Reich, así como «En el cielo y en la tierra» (1940). La obra de Niekisch «El reino de los demonios bajos» fue confiscada por la Gestapo. Reinhold Schneider, además de publicar el relato «Las Casas ante Carlos V» (una analogía clara entre la opresión de los indios y de los judíos), compuso una gran cantidad de sonetos subversivos que circulaban de mano en mano en Alemania. Otras obras que pueden considerarse como transposiciones críticas del III Reich fueron: «El Padre», de Jochem Klepper; «El Greco pinta al Gran Inquisidor», de Stefan Andres, y «La boda de Magdeburgo», de Gertrud von Le Fort.

Por último surgió a intramuros del III Reich una literatura escapista que intentaba rehuir la confrontación con la censura limitándose a la creación puramente literaria y evitando el planteamiento de temas escabrosos. Esta literatura esteticista y apolítica fue elegida sobre todo por los escritores jóvenes que iniciaron su carrera literaria a partir de 1933. Su distanciamiento con respecto a la apologética oficial era quizá una manera de subrayar su poco entusiasmo por el régimen, pero también un método cómodo de cultivar el propio jardín en medio del infierno nazi.

Entre los autores que eligieron este camino sobresalen Emil Barth, Günther Eich, Karl Krolow, Horst Lange, Johannes Bobrowski, Albrecht Fabri, Peter Huchel, Eugen Gottlob Winkler (suicidado), Rudolf Krämer-Badoni, el suizo Max Frisch (que publicó sus primeras obras en la Alemania nazi), Hans Erich Nossak, Marie Luise Kaschnitz, Wolfgang Koeppen y Hermann Lenz. La mayoría de estos autores lograron tras la II Guerra Mundial proseguir su carrera literaria y dominar en parte la vida cultural de la RFA, hasta que surgió la nueva generación comprometida de Heinrich Böll, Peter Weiss, Rolf Hochhuth, Grass, Enzensberger, Walser y otros.

LA DIASPORA

En la primera fase de la emigración, los intelectuales alemanes se refugiaron principalmente en Francia, Austria, Checoslovaquia, Inglaterra, Rusia, Holanda, Bélgica y los países escandinavos. Tras el



Robert Musil. (Klagenfurt, 6-11-1880 - Genf, 15-4-1942).

«Anschluss» de Austria, el Pacto de Munich y el estallido de la II Guerra Mundial, comenzó el éxodo hacia los países de ultramar, especialmente América. La primera ola masiva de emigrantes se reunió en París, pero también en el Mediodía. Así, por ejemplo, en el pueblecito pesquero de Sanary sur Mer vivieron durante un tiempo Bertold Brecht, Lios Feuchtwanger, Bruno Frank, Wilhelm Herzog, Alfred Kerr, Hermann Kesten, Arthur Koestler, Rudolf Leonhard, Thomas Mann, Ludwig Marcuse, Balder Olden, René Schickele, Ernst Toller, Franz Werfel, Friedrich Wolf y otros.

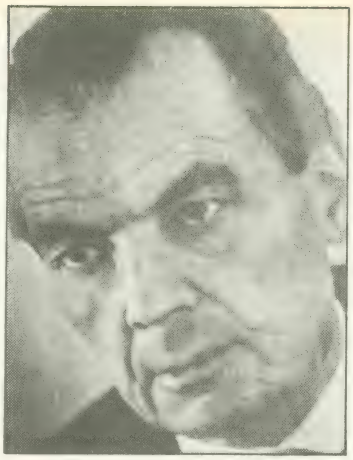
Tras la invasión de Francia por la Wehrmacht, las autoridades francesas internaron a los refugiados alemanes en recintos y campos improvisados. Los internados sólo podían recuperar su libertad si poseían un visado de entrada para otros países. Cuando se trataba de un visado para América, Australia o Africa —y éste era el caso general—, era necesario asimismo un visado de tránsito para España y Portugal, ya que los buques que hacían la travesía de Ul-

tramar partían generalmente de Lisboa. Huelga decir que la Gestapo hizo todo lo posible para que el régimen franquista pusiera toda clase de dificultades a los exiliados alemanes. Franz Werfel, Leonhard Frank y otros escritores nos han dejado testimonio documental de lo difícil que era abandonar Francia y llegar a Portugal. Hubo emigrantes —como Heinrich Mann— que intentaron cruzar los Pirineos ilegalmente. Algunos intelectuales refugiados en Francia fueron apresados por los nazis y conducidos a Alemania. Este fue el caso de

Hans Magnus Enzensberger. (Kaufbeuren, 11-11-1929)

Theodor Wolf, muerto en un campo de concentración en 1943. La Gestapo secuestraba también a veces a intelectuales residentes en países neutrales. Así hizo con el periodista Berthold Jacob, raptado primero en Basilea y más tarde, tras su huida de Alemania, en Lisboa. Llevado a Berlín, murió a consecuencia de las palizas atroces de la Gestapo.

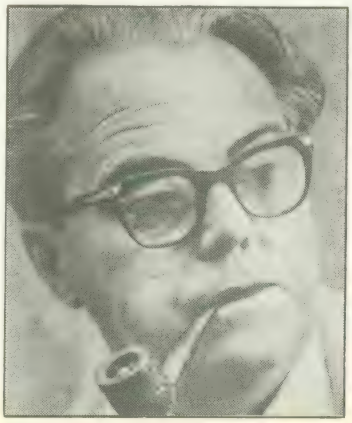
Los intelectuales alemanes refugiados en Inglaterra fueron también internados en campos especiales o embarcados para el Canadá o Australia, pero pasado un año recuperaron su libertad y pudieron participar activamente en la labor antifascista de la prensa y la radio. Después de la caída



Hans Erich Nossack. (Hamburg, 31-1-1901).

de Praga, Viena y París como centros de emigración, Londres se convirtió en uno de los principales focos del exilio alemán.

Rusia concedió derecho de asilo fundamentalmente a intelectuales comunistas o procomunistas. Entre los escritores alemanes residentes en la Unión Soviética cabe citar a Johannes R. Becher, Willy Bredel, Alfred Kurella, Theodor Plivier, Friedrich Wolf, Erich Weinert y Adam Scharrer. Pero la mayoría de intelectuales vinculados al movimiento comunista estaban dispersos por todo el mundo, desde Brecht y Kantorowicz a Anna Seghers y Gustav Regler.



Max Frisch. (Zürich, 15-5-19011).

A causa de la precaria situación en Europa, los Estados Unidos se convirtieron en la última gran morada de los exiliados alemanes. El gobierno de Roosevelt fue generoso en la concesión de visados y en la adjudicación de la nacionalidad americana. Muchos de los emigrantes ya no volverían a su patria de origen. Hollywood abrió también sus puertas a los emigrantes, de manera que muchos autores, directores y actores encontraron trabajo en la meca del cine, entre ellos Max Reinhard, Erwin Piscator, Fritz Kortner, Bertold Brecht, Heinrich Mann, Alfred Döblin, Leonhard Frank, Alfred Polgar y Lion Feuchtwanger. La principal figura del exilio norteamericano fue Thomas Mann, que se multiplicó para ayudar a sus compañeros de destino. Sudamérica fue también otra de las zonas del globo que acogió a los intelectuales alemanes. En el subcontinente residían, entre otros, Gustav Regler, Anna Seghers, Ludwig Renn, Egon Erwin Kisch, Franz Pfemfert, Bodo Uhse, Bruno Frei y Stefan Zweig.

Está fuera de nuestro alcance describir pormenorizadamente las condiciones de vida de los amigrantes. En general fueron duras. Con excepción de aquellos autores que por su renombre internacional tenían asegurado el sustento —como Thomas Mann, Stefan Zweig o Brecht—, los intelectuales exiliados pasaron necesidades materiales. Junto al problema subsistencial tuvieron que afrontar el drama espiritual del aislamiento y la pérdida de sus lectores. La falta de contacto directo con la vida alemana embotó su idioma y puso en peligro su disposición interior para la creación. Algunos intelectuales intentaron romper con la lengua alemana y escribir en el idioma de su nueva patria,

por ejemplo Klaus Mann, Arthur Koestler o Robert Neumann, pero como señala Matthias Wegner, «se puede decir que el número de los que lograron sustituir su idioma por otro fue reducido» (15). A estas cuitas deben añadirse las pequeñas humillaciones del exilio, la lucha contra las autoridades, la sensación de inseguridad y la desmoralización por el auge del fascismo.

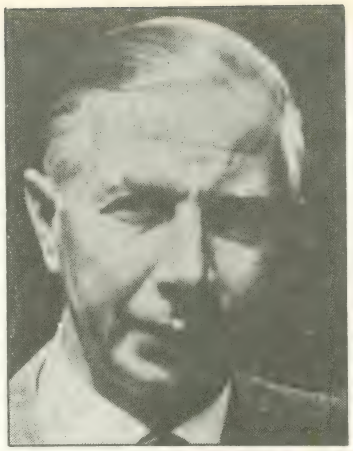
El trauma del exilio condujo a muchos intelectuales a la desesperación, y en algunos casos al suicidio. La mayoría de suicidios tuvieron lugar a partir de 1939. Entre los escritores que se quitaron la vida citemos a Ernst Toller, Stefan Zweig, Joseph Roth, Klaus Mann, Walter Benjamin, Walter Hasenclever y Kurt Tucholsky.

ACTIVIDADES LITERARIAS Y POLITICAS EN EL EXILIO

A pesar de las condiciones adversas del exilio, los emigrantes desarrollaron una intensa labor político-literaria. En medio de su precaria situación moral y material, eran conscientes de la misión que como antifascistas les correspondía: combatir con la pluma al III Reich y recordar al mundo que ellos eran los portadores de la cultura alemana clásica.

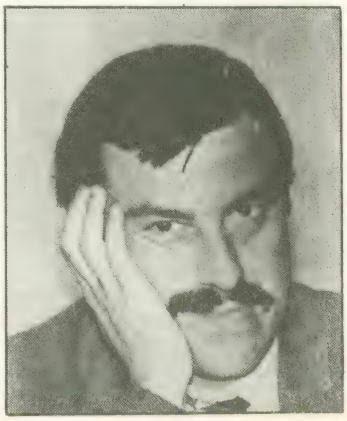
Los emigrantes estaban unidos por el denominador común de su antifascismo, pero su filiación ideológica era diversa e incluso antagónica. Había cuatro tendencias fundamentales: una conservadora, otra apolítica, otra humanista-progresista y otra marxista-comunista. Esta composición ideológica encontró su expresión en la labor creadora y política de los exiliados.

(15) *Matthias Wegner,* **Exil und Literatur** *(Deutsche Schrifsteller im Ausland 1933-1945), p. 147, Francfort, 1967.*



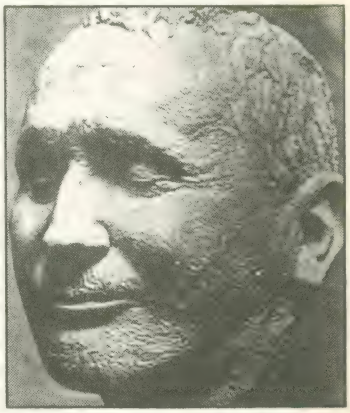
Karl Krolow (Hannover, 11-3-1915).

En el otoño de 1933, algunos escritores residentes en París reconstruyeron la «Schutzverband der deutscher Schrifsteller» (Sociedad para la Protección de los Escritores Alemanes), fundada en 1908 y prohibida por Goebbels. La organización, presidida por Rudolf Leonhard, cayó pronto bajo la influencia de la Komintern, lo que movió a algunos autores no comunistas, como Konrad Heiden y Leopold Schwarzschild, a fundar una contra-organización llamada «Liga de la Prensa y la Literatura Libre». Pero la mayoría de intelectuales permanecieron en la Schutzverband, que poseía delegaciones en Londres, Praga, Bruselas, Amsterdam, Zurich, Nueva York y otras ciudades. El 10 de mayo de 1934 —primer aniversario de la quema de libros en el Reich— un grupo de miembros de la Schutzverband fundó la «Biblioteca Alemana de la Libertad», cuyo objeto principal era el de reunir las obras prohibidas en el III Reich. Presidente de la Biblioteca pasó a ser Heinrich Mann.



Günter Grass (Danzing, 16-10-1927).

En 1935, Willi Münzenberger —todavía miembro del partido comunista— organizó el primer Congreso para la Defensa de la Cultural, al que asistieron numerosos representantes extranjeros. Al estallar la guerra civil española, muchos escritores alemanes —sobre todo comunistas— se incorporaron a las Brigadas Internacionales para luchar al lado de la República: Alfred Kantorowicz, Bodo Uhse, Willy Bredel, Eugen Erwin Kisch, Gustav Regler, Ludwig Renn, Hubertus Prinz von Löwenstein y otros. Algunos escritores —como Klaus Mann y Arthur Koestler— estuvieron en España como corresponsales de guerra.



Bertolt Brecht (Augsburg, 10-2-1898 - Berlín, 1956). Premio Stalin de la Paz en 1955.

Klaus Mann, que durante la década del 20 había llevado la existencia típica del «enfant terrible» y cultivado el escándalo y la crápula, se convirtió en el exilio en uno de los más enérgicos y activos antifascis-

Wolfgang Koeppen (Greifswald, 23-6-1906).

tas de la emigración (16). Dentro de sus numerosas actividades destaca la fundación de la revista «Die Sammlung», en la que aparecieron trabajos de conocidos autores alemanes y extranjeros: Aldous Huxley, André Gide, André Maurois, Ilja Ehrenburg, Carlo Sforza, Jean Cocteau, Hemingway y otros. De todos modos, muchos autores alemanes, asustados por el carácter militante de la revista, se negaron a escribir en ella, como el propio Thomas Mann y Stefan Zweig. Se trataba de autores apolíticos o de autores cuyas obras no habían sido todavía prohibidas en el Tercer Reich. La revista «Die Sammlung» apareció mensualmente desde marzo de 1933 a agosto de 1935. De carácter independiente y liberal, la tendencia general de la revista fue promarxista, pero no ligada a ningún compromiso de partido. Su suspensión se debió a motivos económicos.

La mejor publicación del exilio fue quizá la revista «Das Neue Tagebuch» (El Nuevo Diario), que había aparecido en Alemania desde 1922 bajo el título de «Diario». Dirigida y editada por Leopold Schwarzschild, se publicó desde julio de 1933 hasta junio de 1940. Schwarzschild pudo huir de Francia y llegar a los Estados Unidos, donde se incorporó a la redacción del «New York Times». La revista era republicana de izquierdas y rechazaba la teoría marxista, tendencia que se acentuó a partir de los procesos de Moscú. Esa línea no impidió que en ella colaboraran autores vinculados al marxismo. Entre sus principales colaboradores se hallaban: Hermann Kesten, Ludwig Marcuse, Alfred Döblin, Joseph Roth, Walter Mehring, Arthur Koestler y Konrad Heiden. Ocasionalmente aparecieron también trabajos de autores extranjeros como Bernard Shaw, Ilja Ehrenburg, Francois Mauriac, André Gide y otros.

Otra de las grandes publicaciones surgidas en el exilio fue «Mass und Wert» (Medida y Valor), editada y dirigida por Thomas Mann y Konrad Falke. Fundada en septiembre de 1937, apareció hasta abril de 1940. El contenido de la revista era fundamentalmente literario-cultural. Entre los autores que colaboraron en ella figuraban Walter Benjamin, Franz Werfel, Alfred Döblin, Hermann Hesse, Hermann Broch, Max Brod, Ernst Bloch, René Schickele, Annette Kolb, Georg Kaiser, Erich von Kahler y Ernst Weiss.

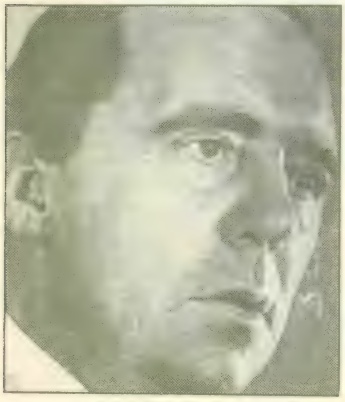
De carácter esencialmene literario era también la revista «Deutsche Blätter» (Hojas Alemanas), publicada en Santiago de Chile desde 1943 a 1946. Dirigida por Udo Rukser y Albert Theile, publicó trabajos de Max Barth, Werner Bock, Albert Einstein, Oskar Maria Graf, Kurt Hiller, Else Laske-Schüler, Max Osborn, Gustav Regler, Hans Sahl, Ernst Waldinger, F.C. Weiskopf, Paul Zech y Carl Zuckmayer. El lema de la revista era: «Por una Alemania europea, contra una Europa alemana».

Dentro de las publicaciones vinculadas más o menos al movimiento comunista cabe citar, sobre todo, la revista «Die Neue Weltbühne», continuadora de la «Weltbühne» (Escena mundial), publicada con gran éxito durante la República de Weimar. El sucesor de Carl von Ossietzky como director de la revista, Willi Schlamm (17), intentó mantener el carácter radical-socialista que había caracterizado a la antigua «Weltbühne», pero tras su sustitución por Hermann Budzislawski, la revista cayó bajo la influencia del partido comunista y se convirtió en una de las principales plataformas del Frente Popular. La «Neue Weltbühne» apareció de 1933 a 1939.

Pero la publicación de más prestigio editada por los comunistas alemanes fue «Das Wort» (La palabra). Fundada en Moscú en 1936, dejó de aparecer a finales de 1939, tras la firma del pacto de no-agresión entre la Alemania nazi y la Unión Soviética. En

(16) Véase al respecto mi artículo «Klaus Mann, sinfonía patética», en **Destino**, *Núm. 2171, Barcelona, 17 mayo de 1979.*

(17) Willi Schlamm acabaría su carrera literaria escribiendo en el consorcio de prensa Springer, portavoz de la derecha en la RFA.



Heinrich Böll (Köln, 21-12-1917). Premio Nobel de Literatura en 1972.

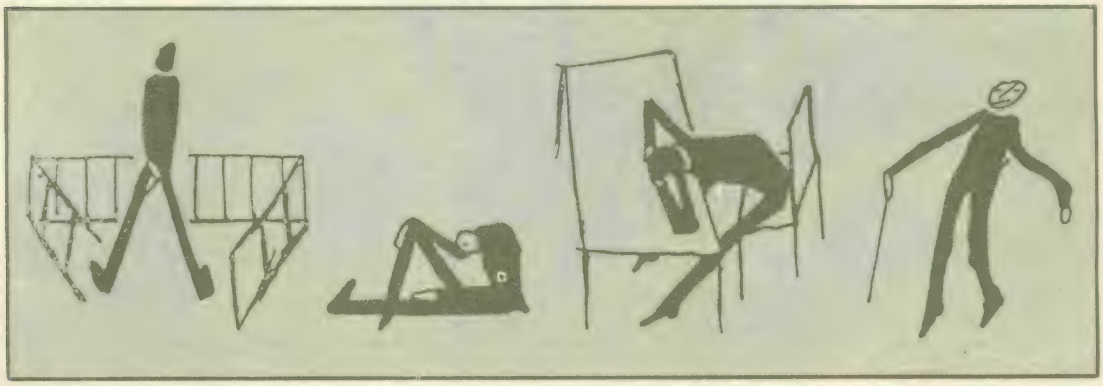
«Das Wort» publicaron trabajos no sólo autores comunistas, sino escritores liberales y burgueses, lo que se explica si se tiene en cuenta que su aparición coincidió con la fase del Frente Popular. Entre las firmas no comunistas se hallaban Thomas Mann, Joseph Roth, Stefan Zweig, Heinrich Mann y Walter Benjamin, y entre los comunistas, Stefan Heym, Anna Seghers, Ludwig Renn y Adam Scharrer. Otro de los colaboradores fue el húngaro Georg Lukács, excelente conocedor de la cultura alemana. Como directores de la publicación figuraban Bertold Brecht, Willy Bredel y Lion Feuchtwanger.

De orientación fundamentalmente comunista era asimismo la revista «Neue Deutsche Blätter» (Nuevas Hojas Alemanas), aparecida en Praga de 1933 a 1935 bajo la dirección de Oskar Maria Graf, Wieland Herzfeld, Anna Seghers y Jan Petersen. Este último residía en Alemania y publicaba bajo seudónimo crónicas relacionadas con la situación del III Reich. Jan Petersen asistió también de incógnito al primer congreso antifascista celebrado en París. Entre los colaboradores de la revista figuraban Bertold Brecht, Johannes R. Becher, Willy Bredel y Lion Feuchtwanger. A veces aparecían trabajos de autores no comunistas, como Hermann Kesten, Walther Mehring o Stefan Zweig.

Además de estas revistas y otras de menor rango que no podemos enumerar, los exiliados publicaron el periódico «Pariser Tageblatt», llamado a partir de 1936 «Pariser Tageszeitung», y que apareció hasta la entrada de las tropas alemanas en París.

Un lugar especial ocupa la labor realizada en el exilio por el grupo teórico de la Escuela de Francfort. El director del Instituto de Investigación Social, Max Horkheimer fue uno de los primeros antifascistas que abandonaron Alemania. Con ayuda de sus antiguos colaboradores —también emigrados— y de nuevos amigos, Horkheimer pudo reanudar en Ginebra las actividades del Instituto y seguir publicando la «Revista de Investigación Social» desde 1933 a 1940, gracias al apoyo de la Librarie Alcan, de París. Tras la ocupación de la capital francesa por los alemanes, el Instituto, trasladado a Nueva York, encontró el apoyo incondicional de la Columbia University. Una parte muy importante de la obra de Horkheimer, Adorno, Walter Benjamin, Herbert Marcuse y otros miembros de la Escuela de Francfort surgió durante los años de exilio. Como se sabe, la «teoría crítica» de la Escuela de Francfort constituye una de las aportaciones más originales y fecundas del marxismo no dogmático.

No menos intensa que la publicación de revistas fue la labor realizada por los emigrantes en el campo de la producción de libros. En este contexto hay que señalar sobre todo las editoriales holandesas Albert de Lange y Querido, cuyos departamentos alemanes estaban dirigidos por intelectuales huidos del III Reich; asimismo, las editoriales suizas Europa y Oprecht und Helbing, y la Ring-Verlag de Basilea, especializada en literatura marxista. Muy importante en el plano antifascista fue la producción de Editions du Carrefour, centro editorial fundado por Willi Münzenberger en París. La antigua editorial comunista Malik siguió funcionando en el exilio, primero en Praga, después en Londres. Al estallar la guerra surgió en México la editorial «Das freie Buch», y en los Estados Unidos, «Aurora». Gracias a la existencia de estas editoriales una parte de los autores emigrados pudo publicar libros durante el exilio y dejar testimonio de la cultura elamana amordazada y perseguida por la barbarie nazi. ■ **H. S.**



En medio de su precaria situación moral y material, los intelectuales alemanes en el exilio eran conscientes de la misión que como antifascistas les correspondía: combatir con la pluma al III Reich y recordar al mundo que ellos eran los portadores de la cultura alemana clásica. (Dibujos de Franz Kafka).

BODA DE LA SEÑORITA CARMEN FRANCO POLO CON DON CRISTOBAL MARTINEZ BORDIU

He aquí varias notas gráficas del enlace matrimonial de la señorita Carmen Franco Polo y don Cristóbal Martínez Bordiu, marqués de Villaverde, celebrado ayer en la iglesia del Palacio de El Pardo: 1) Su Excelencia el Jefe del Estado, padrino de la boda, acompaña a su hija al altar. 2) El cardenal primado, doctor Pla y Deniel, bendiciendo la unión. 3) El cortejo, camino de la iglesia. En primer término, el marqués de Villaverde con su madre, madrina de la boda. 4) Un grupo de invitados. 5) Los marqueses de Villaverde momentos después de la ceremonia. (Fotos Zegri y Cifra.)

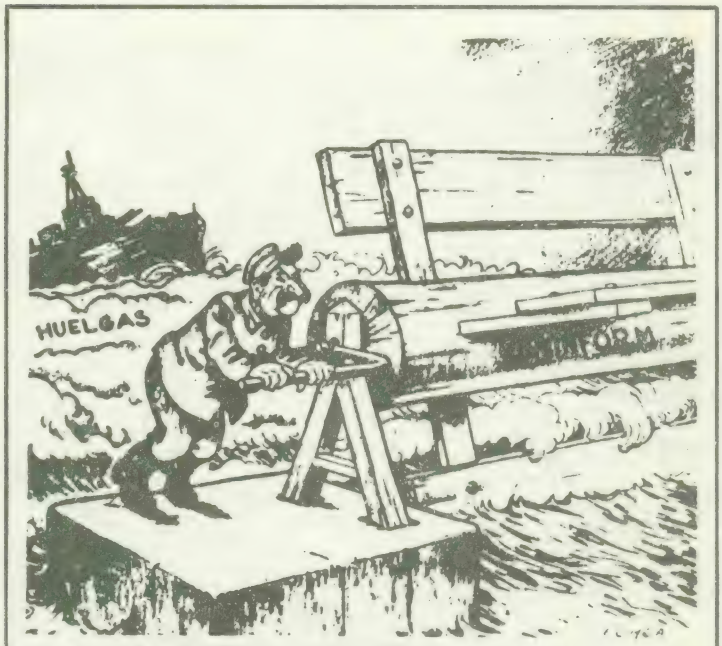
(«ABC», 11-IV-1950.)

AQUI, PARIS

COMIENZAN A APARECER CADAVERES de comunistas españoles, «ejecutados» por sus indiscreciones

PARIS (Crónica radiotelegráfica de nuestro enviado especial).— El día 2 de marzo pasado publiqué una crónica titulada «La necesaria limpieza de los Pirineos franceses, donde los terroristas se disfrazan de leñadores». En ella refería el «descubrimiento» de siete toneladas de armas —uno de los muchos depósitos de material de guerra que los comunistas españoles conservan a lo largo de nuestra frontera— y celebraba que la policía francesa orientase su curiosidad hacia una Organización militar de carácter revolucionario de la cual parecía haberse desinteresado mientras sólo molestaba a los vecinos. En los dos meses que median desde aquel interesante hallazgo se han producido algunos sucesos que merecen ser comentados.

Uno de ellos es el atentado de que ha sido objeto el inspector de policía a quien se debe el descubrimiento del depósito de armas citado. Su significación es precisa: «Quien se meta en nuestros asuntos se expone a un par de tiros, aunque actúe en nombre de la autoridad», advierten claramente los grupos de acción comunistas. Y para que no haya lugar a duda comienzan a aparecer cadáveres. Un día, el de una comunista española llamada Montané, hallado fortuitamente dentro de un cajón de madera en el estanque de Gironis. Otro, el del contable de la Compañía forestal Vallador y Fernández, encontrado en el Sena. Todo permite suponer que la primera ha sido «ejecutada» por sus propios correligionarios, que le atribuían una responsabilidad en la información gracias a la cual la policía pudo dar con el material de guerra citado. Y que el segundo ha corrido una suerte parecida. Extraña «sociedad forestal», trufada de ametralladoras, bombas de mano y otros artefactos propios para la guerra y el sabotaje, cuyo director es el «general» Fernández, y cuyo personal directivo y subalterno está compuesto exclusivamente por ex combatientes comunistas de la guerra de España. El ex que acabo de escribir no tiene otro alcance que el de situar en el pasado aquel tiempo durante el cual éstos pudieron



LA MODERNA INGENIERIA, por Eches.
Aparato con patente de invención, destinado a agitar las aguas turbias en puertos y ciudades de algunas naciones europeas.

(«ABC», 2-IV-1950.)

creerse dueños del territorio nacional donde aún imponían libremente el terror. Combatientes siguen siendo, y no sólo contra el país al que vuelven escondidamente para cometer sus fechorías, sino contra la nación misma que utilizan como base para perpetrarlas. La Sociedad Forestal a que me refiero es, al decir del semanario parisiense «Carrefour», uno de los principales suministradores de traviesas de los ferrocarriles franceses. Tal vez de algo más. Cuando el señor Tillon, jefe de los guerrilleros comunistas, que tanto se distinguieron por sus actividades «depuradoras» en los días que siguieron a la liberación, fue nombrado nada menos que Ministro del Armamento en un Gabinete Gouin, donde Thorez era vicepresidente del Consejo, las bandas de salteadores rojos apostadas a este lado de los Pirineos se sentían seguramente mucho más amparadas que ahora. Aquellos tiempos eran los buenos, los que añoran, los que quisieran resucitar. Entonces los cadáveres y los depósitos de armas movían a mayor discreción: las personas prudentes los ignoraban. Y los labios de quienes sabían no se despegaban por nada. Además, ¿qué oídos se habrían atrevido a escuchar peligrosas revelaciones? Era del campo anticomunista de donde, a veces, se destacaba una personalidad titulada «católica» o «progresista» para vender por veinte dineros —o por menos aún: por un aval de antifascista— los más inexcusables imperativos de la fidelidad a un ideal. La solidaridad comunista no presentaba grieta alguna: estaba consolidada por el interés propio y el terror ajeno.

La corriente se ha invertido, y ahora le toca al partido comunista padecer esa diezma a la que someten las situaciones delicadas. La ferocidad con que reaccionan sus células es la más clara expresión de su temor. El marido de la comunista hallada en el estanque de Gironis ha sido muerto en la frontera pirenaica, cuando regresaba de una «misión política». El «coronel» Vallador, el «general» Fernández y otros empleados de la Compañía Forestal han huido no se sabe adónde. Entre ellos se supone que hay que buscar a los asesinos de la «camarada» Montané. En cierto plano de la Organización comunista, la tibieza, la desviación, el cambio de parecer no son únicamente problema de conciencia, crisis íntima a consecuencia de la cual se abandonan con más o menos sensación de desgarramiento unos compañeros de camino: es una aventura en la que se juega uno la vida. La muerte para el militante comunista, para el que ha visto y ha oído, está emboscada a la vuelta de la primera vacilación.— **LUIS G. DE LINARES.**

(«Madrid», 3-V-1950.)

PUBLICITAS
TEATRO ALBENIZ
COMPAÑIA DE GRANDES ESPECTACULOS
Martes 6 noche
PRESENTACION:
"PETIT CAFE"
LA OBRA MAS ORIGINAL DEL SIGLO
con TONY LEBLANC
NATI MISTRAL · MARUJITA DIAZ · PEPE FRANCO
RICARDO G. URRUTIA
y las estrellas internacionales
PEPITA LERMA y MARI-NIEVES
Dirección y montaje:
RAMON PEÑA

MAS DE DOCE MIL FERROVIARIOS, REUNIDOS EN MADRID, EXPRESARON SU GRATITUD AL CAUDILLO Y AL GOBIERNO

"Las mejoras, dijo el Sr. Sanz Orrio, no se hubieran logrado en plan de lucha violenta"

AÑADIO QUE PRONTO SE LLEGARA AL PERDON Y READMISION CONSIGUIENTE DE LOS DESPEDIDOS POLITICOS

Las ventajas obtenidas se refieren a aumentos de sueldos del cinco al quince por ciento, plus de carestía del veinticinco y dos mensualidades extraordinarias

En los talleres generales de la Renfe se concentraron en la mañana de ayer más de doce mil productores ferroviarios, pertenecientes al Sindicato de Transportes y Comunicaciones, para rendir homenaje de gratitud al Caudillo de España por los beneficios y mejoras económicas que han obtenido, en virtud de reciente acuerdo del último Consejo de Ministros.

En una tribuna levantada al fondo de la gran nave, ocuparon la presidencia, el delegado nacional de Sindicatos, señor Sanz Orrio; vicesecretario de Secciones, señor Valdés, que ostentaba la representación del ministro y secretario general del Partido; director general de Ferrocarriles, Tranvías y Transportes por Carretera, señor García Lomas; secretario nacional de Sindicatos, señor Montero Neña; vicesecretarios nacionales de Ordenación Social, Ordenación Económica y Obras Sindicales; jefe nacional del Sindicato del Transporte; procuradores en Cortes por el Sindicato y jerarquías sindicales.

Entre las aclamaciones al Caudillo y a España comenzó el acto.

PALABRAS DEL SEÑOR GARCIA RIBES

Hizo uso de la palabra, en primer lugar, el procurador sindical en Cortes y jefe de la Sección Social del Sindicato, señor García Ribes, quien dice que se celebra un nuevo triunfo, superior, si cabe, al de aquella jornada del año 1945, cuando se promulgó el Estatuto de Personal, y hace saber la concesión de mejoras a partir de 1.º de abril, tanto para los ferrocarriles de vía estrecha como de los explotados por el Estado y R.E.N.F.E., expresando su gratitud a todos los colaboradores del Caudillo por lo que respecta a ferrocarriles.

Añade que quedan pendientes otras peticiones justas que espera conceda la Renfe, y habla de propuestas sobre el personal administrativo y del reingreso de los despedidos por causas políticas durante nuestra guerra, y de los agentes que fueron readmitidos.

EL JEFE NACIONAL DEL SINDICATO DEL TRANSPORTE

Don Alfonso de Prada, jefe nacional del Sindicato de Transportes y Comunicaciones, expresó su satisfacción por ver reunidos este bloque inmenso de ferroviarios españoles, cuyo mejor título es el de trabajadores.

Se refiere a la justicia social y a la labor general de nuestros Sindicatos, insistiendo sobre las mejoras logradas, para ofrecer la más inquebrantable adhesión al Caudillo y a cuantos han colaborado para la consecución de las mismas. Dijo que después de estas mejoras se debe demostrar el reconocimiento con un aumento en la producción y el rendimiento en el trabajo.

DISCURSO DEL DELEGADO NACIONAL, SR. SANZ ORRIO

Comenzó ponderando la iniciativa de celebrar este acto. «España —dijo—, rodeada de incomprensiones, acosada por odios, despojada de

ACTO SINDICAL.—Doce mil productores ferroviarios madrileños, en representación de todos los de España, se han concentrado en un acto sindical para testimoniar a Su Excelencia el Jefe del Estado su agradecimiento por las mejoras sociales que les han sido concedidas recientemente. El acto fue presidido por el delegado nacional de Sindicatos.

(Agencia «Cifra Gráfica», 4-IV-1950.)

sus riquezas y apartada inicuamente de las relaciones internacionales, halla arrestos suficientes para acreditar que el título de Estado social no es un puro lema literario del Régimen, sino que se conquista a golpes de continuas actividades, encaminadas a implantar una exacta justicia social.

Tales conquistas no se han logrado en colisión de odios de una clase social contra otra, ni alterando la disciplina del trabajo; no apareció en ningún momento un conato de coacción o rebeldía; todo se logró en pacífica conquista».

Puso de relieve a continuación, que estas mejoras no se lograron discutiendo con una empresa próspera, ya que los Caminos de Hierro son, como en todo el mundo, una carga, lo que hacía más grave el problema aquí que en otros sectores, lo que hizo meditar largamente al Gobierno antes de adoptar esta medida.

Esto en plan de lucha violenta hubiera sido muy difícil de conseguir. Las empresas tendrían a su alcance argumentos poderosos.

Habló después de la esperanza de un pronto perdón y readmisión al trabajo de los despedidos políticos, exaltando la aspiración de todos los ferroviarios de conseguir una amnistía laboral, para decir que el Caudillo ha vibrado a compás de los trabajadores en este aspecto, lo que es un mentís para los que desde fuera de las fronteras pretenden sembrar el odio en España.

No es momento este, camaradas, de hablar de odios ni de represalias. Nuestro mejor deseo sería que reinase entre todos una auténtica hermandad cristiana. Para que sea pronto así elevamos nuestras preces a Dios y ofrecemos a nuestro Caudillo todos los esfuerzos de nuestra constante actividad. Camaradas ferroviarios, conservad vuestra fe en la Organización Sindical y en su Caudillo y trabajemos todos unidos para lograr una Patria mejor. ¡Arriba España! ¡Viva Franco!

Todos los oradores fueron muy aplaudidos y terminó el acto con gritos de ¡Franco, Franco, Franco! ¡Viva España!

(«ABC», 5-IV-1950.)

Según el almirante LEAHY, FRANCO estuvo al lado de los aliados

WASHINGTON.—En su libro titulado «Yo estuve allí», recientemente publicado, el almirante William D. Leahy dice que, en su opinión, el Generalísimo Franco estuvo realmente al lado de los aliados durante la última guerra mundial.

El almirante Leahy fué el jefe personal del Estado Mayor del Presidente Roosevelt durante la guerra y desempeñó también el cargo de Embajador de los Estados Unidos ante el Gobierno de Vichy.

Refiriéndose a la entrevista del Generalísimo Franco con Benito Mussolini en febrero de 1941, dice el almirante Leahy, en la página 19 de su libro, que Mussolini había pedido primeramente venir a España para tratar del paso de las tropas alemanas por este país, indudablemente para efectuar un ataque a Gibraltar. Lo que hizo Franco fué proponer que el mismo iría a Italia. Cuando llegó, Franco dijo a Mussolini que el pueblo español no permitiría nunca a los alemanes pasar por España aunque él mismo, Franco, autorizase tal paso, y que además, el mismo se oponía a tal pretensión.

«Después de la guerra—dice Leahy en su libro—se supo que Hitler se irritó mucho en octubre de 1940 cuando Franco rehusó adherirse en forma activa a los planes del Führer para llevar a efecto un movimiento de pinzas contra los ingleses en el Mediterráneo, abarcando Gibraltar y efectuando una invasión a través del Marruecos español. Pruebas similares que fueron apareciendo de vez en cuando me llevaron a la conclusión de que el general Franco, si bien deseaba aparecer como neutral en la guerra, en realidad estaba al lado de los aliados. En algunas ocasiones les fué de muy alto valor al evitar un ataque alemán contra el estrecho de Gibraltar.»

«En vista de la precaria situación militar —prosigue Leahy—aliada a principios del año 1941, el general Franco fue un adivino o tuvo una gran suerte. Casi con todo aquel con quien establecía contacto en Francia por aquella época estaba seguro de la victoria alemana.»

(Agencia «EFE», 17-IV-1950.)

El público norteamericano, conmovido por la personalidad humana del CAUDILLO

El motivo ha sido un reportaje de «LIFE» sobre la boda del marqués de Villaverde

Los marqueses de Villaverde en el albergue turístico de La Cruz de Tejeda (Foto Cifra Gráfica)

(«Madrid», 26-IV-1950.)

JOYERIA - RELOJERIA

García Morales

FUENCARRAL, 23 - MADRID

Joyas de alta calidad - Relojes con pulsera de oro de ley, oficialmente contrastados. Visite nuestras exposiciones con los precios marcados a la vista.

NUMEROSOS TURISTAS EXTRANJEROS EN VALLADOLID

● *Para ver el desfile profesional de las mejores esculturas policromadas del mundo*

Valladolid, 5. Desde el testamento de Alfonso VIII hasta los libros de texto de nuestros párvulos, León y Castilla se han disputado geográficamente a Valladolid, la leal, muy noble, heroica y excelentísima ciudad del valle de Lides, según afirman unos, o del valle de Olivas, del valle de Olor, del valle de Ulid, ya que todos estos orígenes dan como buenos los etimólogos a esta vieja ciudad de Valladolid, que se prepara estos días a macerar sus calles con el espino doloroso y sublime de su Semana de Pasión.

Atrás han quedado para el viajero los páramos y llanuras de las tres provincias, Avila, Segovia, Valladolid, tan maltratadas años recientes por las sequías, y verdes y esponjosas hoy por las recientes lluvias, como si quisieran devolver a Castilla la justificación de su título de granero de España.

De los campos han venido a la capital ganaderos y labradores, que pasean su optimismo esperanzado en la próxima cosecha por las calles de la ciudad. Valladolid no ha asimilado aún el aire, el ambiente de su Semana Santa. Estos primeros días tienen aún el alborozo del Domingo de las Palmas y los grandes hoteles y las pequeñas fondas se van llenando de esa multitud abigarrada que viene a presenciar, atraída por su fama, las procesiones. Procesiones y festejos religiosos, que culminarán el jueves y el viernes cuando el primer Museo de escultura policromada del mundo vuelque sobre las calles gran parte de los tesoros que encierra, de Berruguete, Pedro Mena, Martínez Montañés, Alonso Cano, Juan de Juni y Gregorio Hernández. Entre tanto, en ese compás de espera, los turistas, de los que hay un buen número de ingleses, belgas y portugueses, agudizando las antenas de su atención, se lanzan a las calles, tan llenas de históricos recuerdos, dispuestos a captar este duende que no supo definir García Lorca, y que dormita en el aire de todas las viejas ciudades españolas. Improvisados cicerones salen como por ensalmo de las piedras e ilustran al turista: aquí vivió María de Molina, la Reina fuerte; por este balcón descolgaron a Felipe II para bautizarle; allá rodó a manos del verdugo la cabeza de don Alvaro de Luna, el primer dictador; en esta casa exhaló su último suspiro el descubridor de América. Una

DE ABRIL DE 1950. EDICION DE LA MAÑANA PAG. 19.

CUARENTA MILLONES DE PESETAS EN JOYAS LLEVARA LA VIRGEN DE LA ESPERANZA EN LA PROCESION DEL VIERNES SANTO EN SEVILLA

Todas ellas pertenecen a las casas españolas de Alba, Medinaceli y Osuna

EN EL CORTEJO MADRILEÑO DEL SILENCIO, FORMADO POR SIETE PROCESIONES PARCIALES, FIGURARA LA CRUZ DE JERUSALEN

Escritores y poetas seglares glosarán Las Siete Palabras de Jesucristo en dos festivales que se anuncian para mañana

(«ABC», 6-IV-1950.)

VIA - CRUCIS EN EL PARQUE DEL OESTE

Ayer, a las siete de la mañana, salió de la iglesia del Buen Suceso el tradicional "Vía-Crucis" de penitencia, con recorrido por el Parque del Oeste. Asistieron a este piadoso acto miliares de fieles. (Foto V. Muro.)

(«ABC», 8-IV-1950.)

comisión redactó una lápida que decía: «Aquí murió Colón. ¡Gloria a la ciencia!» (era en 1864). Otra comisión, previendo quizá la luz eléctrica, rectificó el final y puso: «¡Gloria al genio!» (era en 1866). Posteriormente, suprimieron las admiraciones, más tarde la coletilla. Aún no ha podido ser demostrado que ahí muriera el almirante. Don Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias, el de «el orgullo en la horca», yace decapitado en este mausoleo, y el ingenioso hidalgo D. Miguel de Cervantes vivió en esta casa cuando ya, cano y cansado, comenzaba a gozar de la fama que no alcanzó en su juventud.

El Pisuerga, terroso de deshielos, ciñe con su brazo húmedo los arrabales de la antigua Corte de España. En 1729 fue tan crudo el invierno que el río se heló, hasta el extremo de organizar los vallisoletanos bailes y tiro de barra sobre su superficie quieta. No hubo que lamentar más desgracia que la del sacristán de San Pedro, que tuvo la malsana curiosidad de reconocer la profundidad del hielo allí donde parecía más firme, frente a la iglesia de San Nicolás. Medio metro cavó con su azadón el muy curioso imprudente, como si abriera las entrañas a la gallina de los huevos de oro, y ya estaba a punto de conocer el secreto cuando los hielos se quebraron y le sepultaron degollado por sus cristales. Descanse en paz. Amén.

Los turistas entretienen sus ocios con los cuentos y consejas de la ciudad. Tres días de conciertos de música sacra van preparando los ánimos para los acontecimientos del jueves y el viernes.

Las calles de Valladolid son ríos que se desbordan. — T. L. de T.

(«ABC», 6-IV-1950.)

INVITACION A LA CORTESIA

Por Enrique LLOVET

En la Plaza de Oriente, donde Madrid, con su luz azulada y una nube redonda y blanquísima sobre Palacio, es todavía corte, recuerdo de Velázquez, carroza y verde lejanía, jugaban la otra tarde unas niñas al sol de la primavera. Pasaron zumbando varias propuestas y triunfó al fin la

ILUSTRES EXTRANJEROS VISITAN ESPAÑA

El actor del teatro frances, Louis Jouvet, quien hará su presentacion ante el publico madrileño la semana proxima, al frente de su compañía. (Foto Lipnitzki.)

EL DESCUBRIDOR DE LA ESTREPTOMICINA, EN EL MUSEO DEL PRADO.—Acompañado de su esposa y de un grupo de amigos, el doctor Waskman ha realizado una visita al Museo del Prado. La fotografía está tomada en la sala de "El Greco". (Foto Cifra.)

A GARDNER, EN LA FERIA DE SEVILLA.—Entre los muchos extranjeros que han acudido a Sevilla para conocer la Feria de Abril, está la actriz del "cine" norteamericano Eva Gardner, a la que vemos, en la fotografía de la izquierda, vestida como una mocita de la tierra durante su visita al ferial. A la derecha: la bella actriz, acompañada por la esposa del director general del Turismo, señora de Bolín, a la salida de una función de ópera. (Fotos Cifra.)

(Agencia «Cifra Gráfica», 20-IV-1950.)

que, por lo visto, hizo resonar en las pequeñas un incipiente sentido periodístico de la actualidad. Fue una niña paliducha y sabihonda la autora de la moción: «¿Por qué no jugamos a lo caro que está todo?». Y así fue. Por la Plaza de Oriente corrió un estremecimiento y la primavera se alejó de puntillas. Más lejos, otro grupo de niñas, probablemente rebeldes, jugaba a visitarse o no visitarse intentando lavar la infantil injuria de sus compañeras.

Pero no es culpa de las niñas. Nosotros casi no nos damos cuenta porque para oír el quejido de los débiles se requiere silencio, civilización y mesura. Existen en el mundo, bajo el estruendo pavoroso que saluda tipográficamente a los grandes entierros, ciertas cosas que, a punto de morir en la más triste indigencia, están pidiendo con humildad una mano salvadora. Casi no se las oye porque a fuerza de hablar del dinero, los negocios y la dureza económica, que, ciertamente, preside y entristece nuestra época, han comenzado a debilitarse aquellos valores que dieron a la vida, en otras ocasiones, una limpieza superior. Parece como si todo lo que es incapaz de peso y medida, permiso de importación, trueque o chalaneo, todo lo que el hombre puede dar o quitar sin más ley que su voluntad, estuviese en trance de muerte amenazado por un huracán tumultuoso, empeñado en arrancarnos las últimas parcelas de la cordialidad. Y eso es, precisamente, lo que está imprimiendo a los usos sociales una rudeza que pone en peligro incluso las raíces últimas de la convivencia.

Las acciones y reacciones del cuerpo social requieren, como todo mecanismo, un punto de flexibilidad que sólo se alcanza con el empleo de un ingrediente tan viejo como el mundo: la cortesía. Dicho así, suelta la palabra, indefensa en medio de la turbamulta en que vivimos, casi parece una palabra subversiva. ¿Quién piensa ahora en paños calientes, afabilidad, delicadeza y cortesía, si falta tiempo para descolgar el teléfono y reducir el diálogo a un intercambio de cifras, monosílabos y órdenes tajantes?

Pero esas niñas crecidas de golpe, esas niñas que mañana empezarán a jugar a si suben o bajan las divisas, serán un día mujeres y corren el riesgo de serlo sin respeto, sin reverencia y sin encanto. Mujeres a secas, que es una cosa bien triste. Porque no basta con poseer una cualidad de una manera eterna y radical. Eso es fácil. Lo difícil, lo que no se improvisa, es la ramita de laurel, el detalle sutilísimo que da a la vida autenticidad y frescura y que, incluso, hace de la muerte una cosa digna y ejemplar. Los traductores, por ejemplo, deberán tener mucho cuidado para evitar que una ligera alteración cambie el delicado perfil del Alcalde de Zalamea, que no fue, simplemente, un padre ultrajado

que ahorcó al galán de su hija, sino un hombre que, a la hora de agarrotar al capitán, tuvo muy presente que aquello debía hacerse no de cualquier manera, sino «con muchísimo respeto». De todas formas, al capitán le costó la vida su hazaña, pero Crespo entendió que una cosa es quitarle a un hombre la vida y otra despojarle de su dignidad. Y en ese «con muchísimo respeto», en esas tres palabras agregadas a la sentencia, nos dejó la altura máxima de la cortesía, que es algo más que torneo de caballeros, cartas de pésame y suspiros a la luz de la luna.

Nadie puede decir que Hurtado de Mendoza, poeta y embajador del César, fuese un hombre blando, y, sin embargo, de rodillas estuvo ante el Papa, rechazando todas las invitaciones, hasta acabar la lectura, eso sí, de uno de los más ásperdos documentos diplomáticos que recuerdan nuestros archivos. Y nadie le quitó la gloria a los soldados de Carlos, la fiel Infantería, capaz a la vez de enfadarse con el Emperador y morir por el Emperador, porque ésta es, y no otra, la explicación de lo cortés y lo valiente.

La experiencia yo ya hice;
dicen mal del capitán
y matan a quien lo dice.

¿Habrá un terceto superior para explicar la última esencia de la cortesía? Claro que ha pasado tiempo y es difícil que el vencedor pueda hoy saludar al derrotado con el sombrero en la mano y un bosque de lanzas haciendo sombras para que descanse el vencido. Hoy las contiendas son otra cosa, y por lo visto, la evolución consiste en haber alcanzado ese otro ideal, a la vez flamante, primitivo y atómico, que liquida las guerras según la fórmula de que los que ganan le cortan la cabeza a los que pierden. Pero mientras la cabeza esté en su sitio, saludar es una de sus obligaciones. Y saludar quiere decir inclinarse, respetar lo que merece ser respetado y rechazar esas proposiciones con que, en nombre de la vida moderna, se intenta eliminar todo vestigio de respeto, dignidad y compostura. La cortesía es diálogo, gramática, derecho romano y serenidad. También se puede decir que no con cortesía, sin que eso sustraiga a la negativa un ápice de firmeza. Dígalo ese caballero americano que, queriendo hacer un «slogan», ha escrito en las paredes de su almacén una altísima sentencia: «La cortesía, señores, no está racionada en este establecimiento».

Realmente, da un poco de rubor que la voz de alarma nos llegue de tan lejos. Pero quizá así, amparada en el nuevo mito, viniendo de América, que tiene buena reputación como exportadora de cosas suculentas, esta consigna del mutuo respeto podrá regresar a la vieja Europa con renovado vigor. Falta nos hace. Al menos aquí, a no sé cuántos metros sobre el nivel del Mediterráneo, según la afirmación de la Puerta del Sol. Aquí, donde años arriba aquellos hombres que se marcharon de casa, con unas espadas y unos barcos plantaron sus tiendas entre los ascendientes de ese caballero americano y justificaron su aventura dando clase diaria de derecho, cortesía y civilización.

(«ABC», 8-IV-1950.)

UN DISCIPULO DE SARTRE, DISFRAZADO DE RELIGIOSO DOMINICO, ESCANDALIZA SACRILEGAMENTE DESDE EL PULPITO DE NOTRE DAME EN PARIS

París, 10. (Crónica telegráfica de nuestro corresponsal.) Lo que ha ocurrido el Domingo de Resurrección en la catedral de Nôtre Dame es el hecho más grave que he registrado en París desde que en París vivo. Caracteriza —y en esto reside la gravedad— a toda una generación de señoritos maleantes, licenciosos y cobardes que, bajo el siniestro signo de la ocupación alemana y del existencialismo de Sartre, a quien considero como uno de los más insustanciales y verborreicos escritores que ha producido Francia, lleva siete años divulgando el vicio (sin incurrir siquiera en él), practicando la ociosidad, escribiendo novelas «negras», novelas sádicas (bajo cuya influencia se cometen en Francia crímenes tan espeluznantes como el de ese padre que acaba de matar a cintarazos a su hija, Mónica Richer, de catorce

años), bailando los bailes negros de las cuevas de Saint Germain des Prés y exhibiendo públicamente por las calles y cafés la mugre y el descoco de su ropaje estrafalario. Aquí se los llama «zazous» desde que en la época de la ocupación alemana decidieron reprimir con una reforma excéntrica de su indumentaria todo espíritu de rebeldía y de dignidad nacional.

A las diez y media de la mañana, monseñor Feltin, arzobispo de París, celebraba su misa pontifical en el altar mayor de Nôtre Dame. La iglesia rebosaba de fieles, en la más recogida y devota de las actitudes. (Así lo dice un periódico ateo, «Le Combat».) Al llegar al Credo, un joven vestido de dominico —sayal blanco, alzacuello marrón y tonsura— subió al púlpito, que suele ocupar los domingos de Cuaresma el padre Riquet para confundir a los enemigos de la Iglesia, y con voz estrepitosa trató de hacer la apología sacrílega, impúdica y soez del ateísmo. Monseñor Feltin siguió imperturbablemente oficiando el divino sacrificio; los órganos del coro reforzaron sus registros para acallar al blasfemo impostor; el micrófono quedó desenchufado; la multitud de fieles, atónita al principio, fulminó anatemas contra el intruso, y éste, amedrentado, nervioso, blanco y trémulo, buscó la huida. Otros jóvenes estaban encargados de facilitársela por medio de petardos. Los «suizos» de la catedral, que tienen la misión de expulsar del templo con sus alabardas a los enemigos de Dios, persiguieron a la pandilla y lograron entregarla a la Policía. Entre ellos había algunas mozas, de las villanas que trabajan en las cuevas de Saint Germain des Prés.

Es, al parecer, una banda de jóvenes que se llaman a sí mismos poetas, pintores, estudiantes y vagos, adscritos todos ellos al existencialismo de Juan Pablo Sartre. La misma banda del Club de los Ratés, de que hablaban jovialmente los periódicos hace algunas semanas. Club de gente sin oficio ni beneficio, «trabajadores forzados de la nada», que van predicando en sus reuniones licenciosas la pereza, la impotencia, la inutilidad, la versatilidad y el Nirvana existencialista. El jefe de la banda que es el orador sacrílego de Nôtre Dame, llamado Michel Mourre, emboza su libertinaje en el existencialismo, como hacen otros muchos bigardos de la nueva generación.

Todos los periódicos, menos los comunistas, periódicos de derecha y periódicos de izquierda, reclaman severidad en el castigo de estos jovenzuelos «zazous», que «acaban de perpetrar un delito que nunca se había conocido hasta ahora en París». Se había cometido otro en términos menos insolentes, en el turbio período del anticlericalismo y del anarquismo, hacia fines del siglo pasado. En una Historia del París de los diez últimos años del XIX, leo que la población quedó sobrecogida el año 1892 ante el sacrilegio perpetrado en la iglesia de Saint-Merri; el sermón del padre Lemoigne había sido interrumpido por un grupo de anarquistas, que, sin decir palabra, se dedicó a romper sillas desocupadas. Era el año de la dinamita. El año del presidente Carnot, de Ravanchol, de Augusto Vaillant, que lanzó una bomba en la Cámara de Diputados. El año en que París se sublevaba porque los 30 céntimos del «bock» de cerveza subían a 35. Hoy, ese mismo «bock» cuesta 35 y 50 francos, según los sitios.

Ya se advierte que estos tiempos de ahora son más duros y desvergonzados. — Luis CALVO.

(«ABC», 11-IV-1950.)

ADUANAS
ACADEMIA YTURRIAGA - AGUIRRE
Ha conseguido un nuevo éxito al obtener
23 PLAZAS DE LAS 40 CUBIERTAS (57,50 %)
Curso 1949-1950. Empieza 1.º septiembre. Convocadas 25 plazas
Cuerpo Administrativo. ("B. O.". 12 de agosto.)
ANDOVAL, 8 (Glorieta Bilbao). - Teléf. 24 62 72. - MADRID

PRESENTARA MAÑANA MIERCOLES, NOCHE, A LA PRIMERISIMA «ESTRELLA» INTERNACIONAL
HY HAZEL
procedente del «CIRO'S - CLUB» de Londres
Los Tés - Espectáculo de tarde se celebran en «EL PINAR»

La muerte de LEON BLUM deja sin cabeza al socialismo francés

PARIS.—A las tres y media de la tarde del día 31 de marzo, el jefe del socialismo francés, Leon Blum, falleció en su casa de Jouy-en-Josas, cerca de París, a consecuencia de un síncope cardíaco. Hace un año, Blum había sufrido una operación quirúrgica, después de la cual había mejorado considerablemente de sus dolencias. Como de costumbre, mantenía su colaboración casi diaria en "Le Populaire", y el día antes había asistido a una reunión política.

UNA VIDA DIFICIL... PERO FACIL

León Blum nació de una familia rica, acaso demasiado rica para un socialista. Su carrera fué fácil, y no conoció jamás ni la necesidad ni el hambre. Alumno de la Escuela Normal Superior desde los dieciocho años—había nacido en París el 9 de abril de 1872—, a los veintitrés era Auditor del Consejo de Estado y crítico en numerosas revistas y publicaciones literarias. Su obra principal fué las "Nuevas conversaciones de Goethe con Eckermann", y poco después publicó "Matrimonio", obra discutida, en la que su posición de socialista prevaleció sobre sus gustos literarios. En 1900, el socialismo era todavía, en toda Europa, un movimiento descamisado y violento. En Leon Blum se operó la misma transformación que en el partido. No fué jamás un hombre de masas, sino un estudioso de gabinete, que se sentía incómodo en las reuniones obreras, a las que muchas veces tenía que asistir por su cargo de diputado. Llegó al Palais Bourbon en 1919, y desde entonces fué siempre diputado, con una sola excepción: cuando en su circunscripción electoral fué derrotado por el comunista Jacques Duclos.

DE LA PRESIDENCIA DEL CONSEJO, A LA DEPORTACION

Durante muchos años rehuso firmemente toda participación en el Gobierno, pese a que varias veces fué invitado a aceptar una cartera. El triunfo del Frente Popular le dió el Poder en 1936, y sus peores adversarios fueron los huelguistas y ocupantes de fábricas. Se equivocó en la valoración del futuro de Europa, como se equivocó—así lo reconocía en la intimidad—con su ayuda a los rojos españoles. Siendo el hombre de la ayuda a los rojos, lo que nosotros no le perdonamos, fué también el hombre de la "no intervención", cosa que tampoco le perdonan los comunistas. En sus años en el Poder, la realidad estuvo siempre en lucha con sus ilusiones.

En 1938 acaba en Francia el Frente Popular, vencido parlamentariamente después de un fracaso lamentable. En 1940 la derrota de los franceses por el III Reich hace que Blum sea encarcelado, y el proceso de Riom se celebra en el año 1942. Hombre hábil, Blum sabe convertirse en acusador en vez de ser un acusado. Entregado en 1943 a los alemanes, éstos lo envían primero a Buchenwald, luego a Dachau, en un destierro cómodo. El VIII Ejército le libera en 1945. Jefe del Gobierno por poco tiempo, en 1941, logró que Auriol fuese Presidente de la República.

La viuda y el hijo de Leon Blum salen de la casa mortuoria después de asistir al entierro del ex Presidente del Gobierno

NO ES BONITA

No es "un Sol" ni nada de eso; pero el niño se criará con la máxima higiene y comodidad, que es algo mucho más trascendental que la preocupación de tenerle en plan de escaparate para los amigos.

Tres lechos—alto, bajo, inclinado—. Carretón-andadera y mecanismo para evitar riesgos por golpes o insectos. Todo eso resuelve la Cama Americana **SALUD**.

Depositarios exclusivos:

EL PALACIO DE LAS CAMAS

Plaza del Angel, 6

ALQUILO CASA NUEVA

Tres plantas, en LAS MATAS

10 metros CARRETERA CORUÑA, propio para VIVIENDA Y RESTAURANTE. Aguas corrientes, baño, ducha, teléfono. **Víctor Pradera, 83, 2.° derecha. Madrid.**

ESPAÑA VENCIO A PORTUGAL

EQUIPO PORTUGUES.—De izquierda a derecha, de rodillas: ela, Arsenio, Virgilio, Calado y Travassos; de pie: Barrigana, Barroso, Félix, Serafim, Cabrita y Ferreira.

LA SELECCION ESPAÑOLA.—De izquierda a derecha, Basora, Molowny, Zarra, Panizo y Gainza; de pie: Gonzalvo II, Gonzalvo III, Puchades, Asensi, Riera y Eizaguirre.

TERCER GOL DE ESPAÑA. Panizo lanza un fuerte disparo que Barrigana no puede ner, a pesar de su magnífica estirada. Panizo aparece a la izquierda de la fotografía, s dos defensas portugueses que no pueden hacer otra cosa que contemplar como se a el balón en la red. En el momento de realizarse esta jugada, apenas empezado el primer tiempo, el marcador señalaba ya 2-0 a favor de España.

RIERA, LESIONADO. En la jugada que dio el primero y único tanto al equipo portugués, cayó lesionado el defensa central Riera, que aparece en la "fóto" recibiendo los auxilios de sus compañeros.

GOL PARA PORTUGAL. Una salida en o de Eizaguirre permitió a Cabrita marcar un tanto para Portugal.

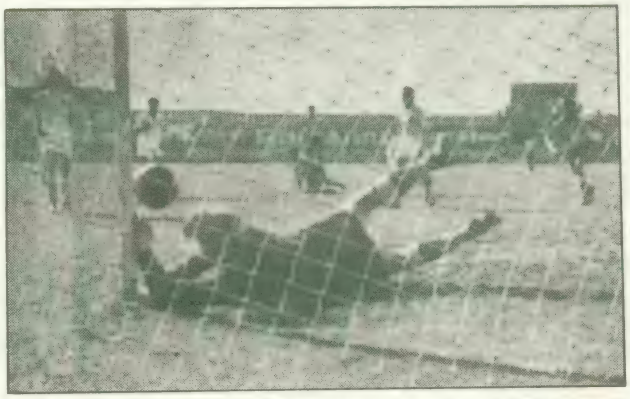
OCHO LOCUTORES DE "RADIO" Ocho locutores transmitieron el partido por "radio", cuatro de ellos para emisoras brasileñas. En primer término aparece Matías Prat, de Radio Nacional de España, que hizo un magnífico relato del encuentro. (Ft. Sant Berner.)

(«ABC», 25-IV-1950.)

EL ATLETICO DE MADRID, CAMPEON DE LIGA

Como resultado de los encuentros del domingo, se ha clasificado campeón de Liga el Atlético de Madrid. En esta página recogemos varias notas gráficas del partido decisivo, jugado en el Estadio Metropolitano entre los nuevos campeones y el Valencia F. C., que terminó con un empate a cuatro goles, después de un segundo tiempo muy emocionante.

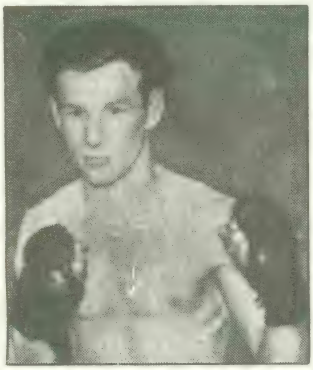
He aquí a Silva, delantero centro del Atlético de Madrid, en el momento de sufrir las consecuencias de una violenta entrada de Monzó. La sanción a esta falta, tirada por Mujica, dió el cuarto gol a los madrileños.



Hernández, medio derecho del Atlético de Madrid, tira un fuerte disparo, que Pérez logra desviar a "corner". Esta jugada pudo representar la victoria del encuentro para los madrileños. (Fotos Sanz Bermejo.)

Los entusiastas seguidores del Atlético de Madrid exteriorizaron su alegría en pancartas humorísticas

EL RIVAL DE LUIS ROMERO



Danny O'Sullivan, que hoy se enfrentará en Londres con el pégil español Luis Romero para disputarle el campeonato de Europa

EL DEPORTIVO DE LA CORUÑA, SUBCAMPEON DE LIGA

El domingo jugaron en San Mamés el Deportivo de La Coruña y el Atlético de Bilbao. El resultado de este encuentro, en el que ambos equipos empataron a dos tantos, ha dado a los gallegos el segundo puesto en la clasificación en el Campeonato de Liga. (Foto Sanz Bermejo.)

SELECCION DE TEXTOS Y GRAFICOS: FERNANDO LARA Y DIEGO GALAN

(«ABC», 4-IV-1950.)

Caro Baroja y el pueblo saharaui

Pedro Vaquero

JULIO Caro Baroja es el autor del único estudio existente sobre el Sahara. Sus «Cuadernos de campo», que ha expuesto recientemente en el Palacio de Bibliotecas y Museos, constan de serie de dibujos, realizados entre 1933 y 1977, entre los que se encuentra un apartado dedicado al Sahara. A la luz de estas investigaciones, la opinión del prestigioso antropólogo e historiador sobre el nacionalismo saharahui y las apetencias imperialistas de Marruecos no por olvidadas dejan de ser del máximo interés.

En líneas generales se puede decir que en el Sahara Occidental hay dos grupos étnicos importantes, el bereber y el árabe. (Guerrilleros del Frente Polisario, en septiembre de 1979).

LOS estudios del Sahara —ha declarado Caro Baroja—, los hice en 1952, durante los cuatro meses largos que estuve allí para hacer una investigación sobre las tribus nómadas. Publiqué el libro Estudios saharianos y creo que está agotado. Allí se analizaba la genealogía, la vida económica, la concepción de la historia y las categorías sociales que tenían. También se hicieron estudios botánicos y geológicos. Los geólogos encontraron los fosfatos y esto fue el principio del fin. Cuando el hombre occidental descubre riquezas se acaba con la organización social y la vida tradicional de las comunidades.

—¿Qué sabe exactamente de los orígenes más remotos de los habitantes del Sahara Occidental?

Todo lo que sea convertir una sociedad nómada, de un golpe, en una nacionalidad moderna, tiene que tener, por fuerza, su carácter artificial.

Yo creo que hay una unidad, que es el Sahara Occidental. Cogería parte de Mauritania, parte del Sahara, parte de Argelia y parte de lo que es Marruecos meridional ahora. (Miembros del Frente Polisario en los alrededores de Bu-Crá).

—En líneas generales, se puede decir que hay dos grupos étnicos importantes, más los puramente combinados.

Dibujo perteneciente a los «Cuadernos de campo», original de don Julio Caro Baroja, que formó parte de la exposición sobre el Sáhara, celebrada en el Palacio de Bibliotecas y Museos de Madrid recientemente.

Por un lado es evidente que hay una población de origen bereber, que es una población autóctona, muy antigua, la de los nómadas antiguos. Estas poblaciones que ya en la Edad Antigua eran conocidas y que tenían una vida pastoril, no exactamente igual que ahora, porque el Sahara se ha ido secando y esterilizando muy rápidamente. Es decir, que es posible que en épocas no prehistóricas sino históricas de la Edad Antigua, el Sahara tuviera una vegetación mucho más fuerte, una fauna y una flora mucho más rica y que, además, las corrientes de agua fueran efectivas, cosa que luego ha desaparecido.

En la época de la expansión islámica hay una corriente nueva, que son los árabes. Los árabes, también nómadas, que vienen de este a oeste y que en un momento dado van dominando sobre la población antigua hasta convertirlos en una

La posesión de la tierra es un concepto oscuro en un país en el que tiene mucha más importancia la lluvia y el cielo que la cosecha o la posibilidad de explotar la tierra mecánicamente. (Población saharahui, partidaria del Frente Polisario, celebrando, en 1979, el aniversario de la revolución).

especie de tributarios. Este es el segundo grupo ético que forma la población del Sahara.

—¿Qué relación existe entre los saharahuis y los habitantes de las naciones que les rodean?

—Creo que el concepto de nación en el desierto es un poco ambiguo. Es evidente que donde hay población sedentaria, o sea al norte del río Dra o en sus inmediaciones, se puede establecer una línea en la que la antigua jurisdicción de Marruecos, el imperio de Marrakech ha tenido influencia. Pero desde el Dra hacia el sur, hasta el Senegal, y desde la costa hasta muy dentro del desierto estas circunscripciones se deben a la determinación del reparto de los franceses de final de siglo y comienzo de éste, es la repartición artificial y colonial. Y es artificial la determinación de Mauritania y es artificial la determinación del Sahara Español. Todo eso antes era una unidad de nómadas, sin idea de nación, sin idea de Estado y con unos grupos que están en lucha unos con otros y, claro, con el sistema económico del nomadismo no se podían marcar estas fronteras.

—En este caso, ¿incluso la creación de una nación en el Sahara Español sería artificial?

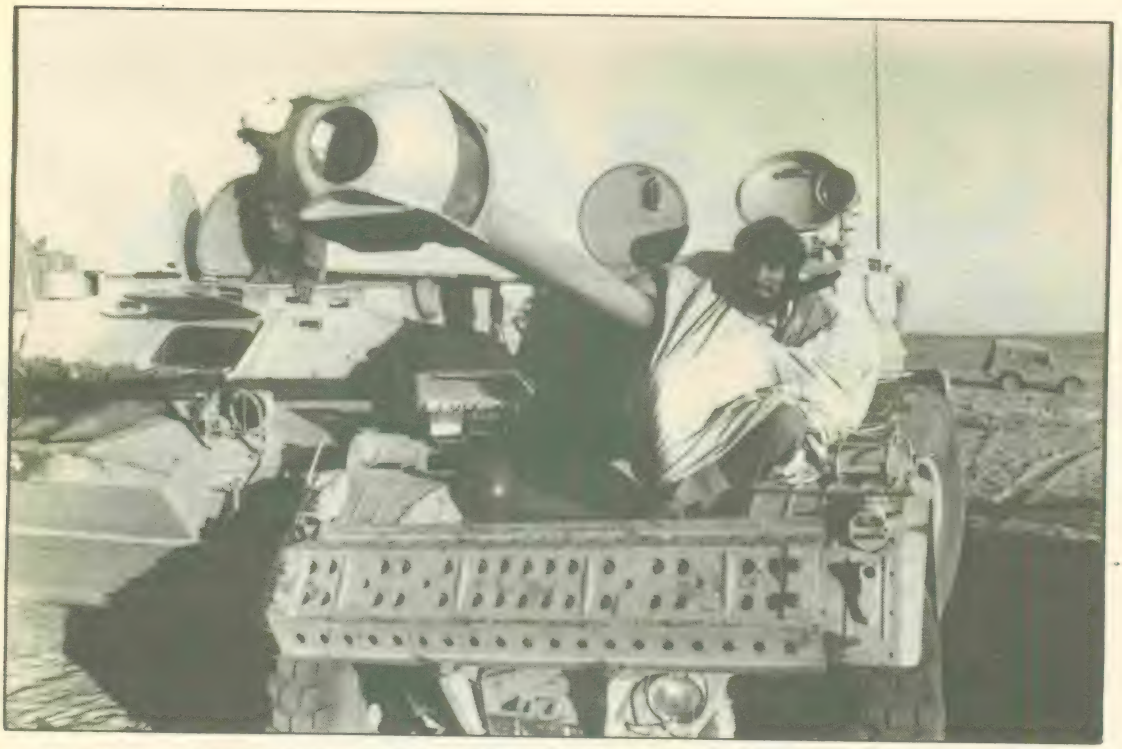
—Todo lo que sea convertir una sociedad nómada, de un golpe, en una nacionalidad moderna, tiene que tener, por fuerza, su carácter artificial. Ahora, que sean Marruecos y Mauritania los que tengan que dominar ahí... pues también es artificial. Es decir, que las cosas son todas artificiales desde el momento en que no se ha respetado la vida anterior a la colonización.

—¿En qué unidad entraría el Sahara Español en una hipotética división de Africa teniendo en cuenta las características de los grupos humanos, en lugar de los intereses de las potencias colonizadoras?

—Yo creo que hay una unidad, que es el Sahara Occidental. Cogería parte de Mauritania, parte del Sahara, parte de Argelia y parte de lo que es Marruecos meridional ahora. Eso ha sido una unidad condicionada por el nomadismo, por las rutas caravaneras, por las relaciones entre el Africa blanca y el Africa negra. Es decir, que hay una unidad vieja, arcaica. Luego hemos cortado y hemos partido, todo se hizo arbitrariamente y ahora se hereda esa repartición.

—En el caso concreto de Marruecos, ¿cree que existen esos lazos históricos, raciales, étnicos con que se pretende justificar la anexión?

—No, eso no existe. Mauritania tiene afinidad étnica mayor. Los pueblos de Mauritania son nómadas como los del Sahara, no tanto al sur, pero en fin, hay



Un miembro del Polisario sobre un carro de combate, tomado a las tropas de Hassán II, en Tinduf, el 15 de enero de 1980.

una zona de Mauritania que puede ser más parecida al Sahara que Marruecos. Lo cual no quiere decir que Mauritania tenga autoridad sobre el Sahara. Tendría que ser una cosa federativa o como se quiera llamar, pero no con esta especie de sumisión a la autoridad ajena. Respecto a la supuesta dominación de Marruecos sobre el Sahara en épocas pasadas, es cierto que ha habido muchos intentos de dominación, pero también es cierto que los del Sahara han dominado muchas veces sobre Marruecos.

—La pretensión de crear ese gran imperio marroquí que englobaría a Mauritania, el Sahara Occidental e incluso parte de Argelia tampoco tiene ningún tipo de justificación.

—Eso es un imperialismo como otro cualquiera. Y si el imperialismo francés, español o inglés se ha suprimido, no hay razón para crear otro imperialismo en el momento actual.

—¿Qué conceptos o normas rigen para la posesión de la tierra entre los saharahuis?

—La posesión de la tierra es un concepto oscuro en un país en el que tiene mucha más importancia la lluvia y el cielo que la cosecha o la posibilidad de explotar la tierra mecánicamente. Así que, claro, una idea de la propiedad territorial es muy difícil aplicarla en el desierto. Se tiene propiedad de los camellos y de las cosas que el hombre produce, pero pensar que la tierra puede ser físicamente un coto cerrado, como en una sociedad agrícola o en una sociedad pastoril de tierras con prados, pastos y dehesas, no. Esto es muy difícil aplicarlo allí.

—¿Hasta qué punto esta organización social y económica es compatible con la guerra de guerrillas por la que ha optado el Frente Polisario?

—Los saharahuis han sido siempre guerreros muy fuertes y han hecho razzias de cientos y aún miles de kilómetros. Así que, para una población que ha tenido guerras también con un sentido nómada, la guerrilla puede ser fácil de llevar a cabo, siempre que tengan armamentos adecuados. En fin, yo preveo que golpes de mano a las poblaciones sedentarias les podrán dar muchas veces. La cuestión es que eso tenga un refuerzo, un apoyo. Y con la situación que están Marruecos y Argelia los apoyos ya se sabe de dónde vendrán.

—Esta facilidad de las poblaciones nómadas para hacer una guerra de guerrillas hará más efectiva y duradera la resistencia del Frente Polisario.

—Todas estas poblaciones móviles, naturalmente, tienen la posibilidad de las emboscadas, de los escapes, de meterse en territorios poco controlados. Es

la clásica guerra de los países poco poblados, en los que el control es muy difícil.

—De todas formas, ¿no hay actualmente una tendencia de estas poblaciones a la sedentarización?

—Sí, desde luego. La gente ha ido quedándose alrededor de El Aaiún y de los núcleos de población militares. Ya en el año 1952, que había mucha menos población, se veía esta tendencia.

—Pero si la tendencia a ser sedentarios no es natural de los nómadas, y se produce, ¿no será consecuencia de algún tipo de represión?

—Hay una razón:: que a las gentes del desierto las compañías, en muchos casos, les han querido convertir en obreros para sus trabajos, para las pistas, para los fosfatos... En la zona francesa, en los años cincuenta y tantos, había ya una tendencia del capitalismo, no sólo francés sino también yanqui, de quitarles sus costumbres antiguas y convertirles en gente con hábito de obrerismo moderno. Es decir, esa tendencia no es de ellos, es de las fuerzas económicas que les imponen estos factores que vienen cuando llega no sólo la colonización sino el imperialismo industrial. Esto, a mi juicio, supone la pérdida total de su personalidad. La pérdida total de sus valores, para convertirse en un proletariado como muchos otros del mundo actual, que no tienen apoyo en sí mismos. Tienen que apoyarse en cosas que les dan hechas: la radio, la televisión, el programa, el alimento... Todo está hecho por la potencia industrial que quiere explotarles.

—¿Cree que existe entre los saharahuis ese sentido de pertenencia a un grupo nacional necesario para constituir una nacionalidad?

—Los jóvenes que estén más capacitados, y los que hayan tenido acceso a la cultura, calcarán de cualquier programa de cualquier país todos estos problemas de las nacionalidades y del derecho a la autodeterminación. Ahora, si en Europa, con las estructuras políticas viejas que tenemos andamos mal, nos podemos figurar cómo andarán estas gentes con unos programas calcados y todavía mal ajustados. Porque, claro, el problema del ajuste político de Africa ya se está viendo que es terrible. Habría que cambiar todas las fronteras, volver a interpretar ecológicamente los países y ver qué antiguos límites han tenido las cosas. Pero estas especies de determinaciones desde arriba siempre traen mal resultado.

—¿Cómo se considera el pueblo saharahui respecto al mundo árabe?

—Cuando yo estuve, todo el norte de Africa estaba bajo la influencia de la admiración que producía Egipto. Creían, falsamente, que Egipto era una potencia enorme en esa época. Luego vinieron los desastres, las guerras con Israel, y les sorprendió mucho la falta de fuerza de Egipto. Entonces ya empezaron a pensar en otras cosas, pero en un momento dado, después de la guerra del 45, la idea de que Egipto iba a comerse el mundo la tenían. ■

P. V.

Don Julio Caro Baroja, prestigioso antropólogo e historiador, es autor del único estudio existente sobre el Sahara Occidental. Su investigación es el resultado de cuatro meses de estancia, en 1952, entre las tribus nómadas de la ex colonia española.

José Moreno Villa, poeta: La historia en marcha

José Miguel Naveros

ESTO no es un ensayo, es historia: la historia de un hombre poeta, y gran poeta. Aquí no hay un tema sólo de poesía, y menos de crítica de la obra de un poeta. El mismo José Moreno Villa nos lo dice: «Las mejores biografías de los artistas son sus obras» (1).

(1) **Vida en claro,** *autobiografía de José Moreno Villa, pág. 278.*

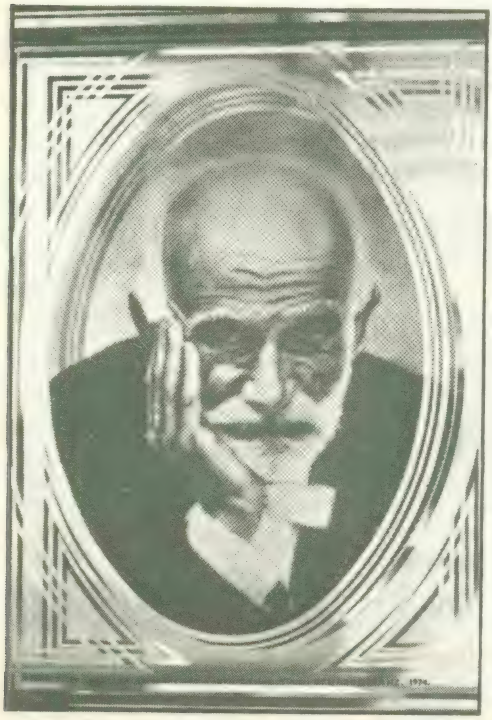
A José Moreno Villa hay que cogerlo como andaluz de Málaga (Málaga, cantaora) en propias palabras suyas: «Sin temor a equivocarme puedo decir que lo andaluz de mi poesía tengo que buscarlo en esos instantes de duende. Y que el cante jondo pudo en mi mocedad lo que pudieron el mar y el campo en mi niñez». O sea, otro caso de «duende» como el de García Lorca. Pero hagamos una afirmación para los que no han penetrado en Andalucía, no se han sumergido en su alma: el andaluz es el más universal de los españoles. (Julián Marías ha dicho en su libro «Nuestra Andalucía»: «Andalucía es un caso de genialidad»). Es el español que se adapta a cualquier lugar del mundo. Siente Andalucía en lo que lleva en él sin necesidad de tener que vivir en ella. El poeta nos cuenta como con diecisiete años sale del puerto de Málaga hacia la vida, haciendo esta observación exacta y concisa: **«Portus... Porta.** La puerta se pasa caminando; el puerto, navegando. La puerta se pasa sobre lo inerte; el puerto, so-

bre lo inquieto». Y agrega: «Salí, pues, de Málaga sobre el agua viva del mar. Mi destino por lo visto después, era vivir en lo inestable. Buscar el cuarto a propósito para una vida de concentración y hallarme siempre como bajo un mandato de salida. En mi cuarto de la Residencia de Estudiantes, donde viví veinte años, tuve la maleta constantemente a la vista» (2).

El primer viaje de Moreno Villa, de ascendencia noble andaluza, fue por mar hasta Barcelona y desde allí a Francia y luego norte de Italia a Basilea. Se dirigía a Alemania para estudiar química. Los familiares, cosecheros de vinos, querían en el futuro contar con un buen técnico y mejorar el producto de sus esencias vinícolas (aquí no cabe la palabra «caldos»). Pero surgió el poeta, no el químico —abandonó los estudios—, y se formó en Alemania, lejos de su Málaga soleada y cantaora. Había que imponerse al ambiente y se impuso. A los tres meses hablaba alemán y comprendía las lecciones en la Universidad. Al año de su estancia en Friburgo, y tras de peripecias en sus hospedajes, que nunca le dejan satisfecho, da con un cuarto acogedor al que se entra por un jardín. En este cuarto desbroza poesías de Goethe, Heine, Schiller y Uhland. Lee el «Quijote», por primera vez, y las «Novelas Ejemplares». Sigue con las poesías de Baudelaire, Verlaine, Poe, Novalis, teatro de Hauptmann y novelas de Tolstoi, Stendhal y Flaubert. Probablemente lee entonces también unas páginas selectas de D'Annuncio y una colección de poemas de Leopardi.

Para clasificar el espíritu extremadamente fino de Moreno Villa —si es que los espíritus se pueden clasificar, y menos el andaluz de pura cepa— hay que dejarse caer en las manos del poeta, «Vida en claro» —a la que ya hemos hecho referencia en notas—, donde al enfrentarse en Friburgo con su catedral gótica, nos recuerda: «Para un andaluz joven y recien salido de su ambiente, un monumento gótico es algo inexplicable. Las torres como lápices afilados, los arbotantes como muletas de tullido, las puertas abarrotadas de imágenes alfeñicadas, la piedra toda horadada, perforada, convertida en flores y hojas. Sospechaba que aquello quería decir algo, que no era un delirio del hombre. Lo que no sospechaba era que, con el tiempo, yo mismo iba a sentir en gótico, es decir, que aquella fuga ascendente de la piedra respondía al anhelo de un San Juan de la Cruz y a todo el auténtico lirismo. Ya en los mejores poetas alemanes había notado esa capacidad de fuga lírica manejando vocablos que valían para el mundo

(2) *Obra citada, pág. 57.*



D. Francisco Giner de los Ríos.(Ronda 1839-Madrid 1915).

José Moreno Villa. (Málaga 1887-México 1955). Retrato de juventud.

material como para el espiritual».

REGRESA A MALAGA POR POCO TIEMPO, Y LUEGO SE ESTABLECE EN MADRID

Cuando regresó a Málaga, sin terminar, repetimos, su carrera de químico, que colgó en bien de la poesía, la pintura y el estudio del arte —otras de sus especialidades— pensó que su lugar era Madrid. En Madrid, Moreno Villa, hombre que sólo se proponía vivir con dignidad, encontró inmediatamente una ambientación para su desenvolvimiento literario: su conocimiento del alemán le llevó pronto a traducir obras importantes. Pero también se dio a conocer por la inmediata publicación de su libro «Garba» (1913), que merece los elogios de la crítica. Era el primer paso serio de manos de las Musas. No extraña que Moreno Villa creyera en las Musas. Claro que «Las Musas —son palabras de él— son avaras para los poco dotados»... «Son tan exigentes como generosas». Pero hay que tener en cuenta que José Moreno Villa, andaluz hasta los tuétanos, tenía, por disciplina, su paso por la Universidad alemana. El decía que «disciplina inglesa», tanto por su pose como por su refinada educación. De la poesía decía: «La poesía es saber, sí, pero saber enlazar, relacionar, fundir con lo que se llama gracia —gracia espiritual— lo que jamás se había conectado. Es llevar a la conciencia ajena el vislumbre de una realidad no constatada por otro camino que el de las afinidades profundas».

Ante Francisco Giner, una de las fuerzas más espirituales que ha tenido España, llegó Moreno Villa como poeta. Don Francisco le dijo: «—Y usted, ¿qué quiere hacer? Porque hacer poemas... Usted sabrá que de los poemas no se puede vivir...». Moreno Villa contestó: «—...Yo pensaba dedicarme a la historia del arte.—Magnífico. Pues vaya usted a ver a Gómez Moreno».

A los pocos días empezaba a recibir, con Ricardo Orueta, lecciones del maestro. Dibujó capiteles y zapatas, hizo fotografías y tomó cantidad de apuntes. Desde entonces, 1911, empieza su contacto con los pueblos de España, «tan pobres y tan benditos como el pan» —es su frase.

Inmerso en la literatura y en la Historia del Arte, Moreno Villa esquematizó sus actividades, realmente su vida, de esta forma gráfica que él mismo trazó:

Está presente en él el hombre científico de su juventud (el que fue estudiante de química en una Universidad alemana), el que amó la soledad desde su niñez, y el que sentía una disciplina por educación y por espíritu. Ese Mediterráneo del sol es escuela de civilización. Por él nos entró la Prehistoria; en él se escribió la libertad que sentía Moreno Villa, la que le llevó entre los grandes poetas españoles —él lo era— a la izquierda y a formar parte de la España peregrina. Murió en 1955 sin volver a ella. ¿Cómo venía y a qué venía? ¡Qué gran pecado los años de guerra y posguerra en Guerra! 40 en números.

POETA ENTRE DOS GENERACIONES

José Moreno Villa es el poeta más destacado y fino entre las dos generaciones: 98 y 27. Pero de ninguna está desligado, engarza con las dos y se muestra siempre personal. Cuando le prologó Ortega y Gasset su libro «El pasajero» («o una nueva musa», como agregaba el prologuista), dijo en un precioso **Ensayo de estética a manera de prólogo** (3): «... Pero reservemos nuestro amor de lectores para los verdaderos poetas, es decir, para los hombres que traen un nuevo estilo, que son un estilo. Porque estos hombres enriquecen el mundo, aumentan la realidad ... Hay en él un poema titulado "En la selva fervorosa", que debe leer el lector con sumo recogimiento. Hay allí poesía pura».

Antonio Machado, en **Reflexiones sobre la lírica** (4), dice: «La primera composición del

(3) Ortega y Gasset, **Obras completas,** *Romo VI, págs. 247 a 264.*
(4) Antonio Machado, **Obras completas,** *Losada, págs. 821 a 831.*

D. Antonio Machado. (Sevilla 1875-Collioure 1939).

libro **Colección** (1924), de José Moreno Villa, se titula «Modelos, las montañas». Léamoslo:

«Así como vosotros, en el mitin / de la naturaleza multiforme; / junto al valle de los almendros / y la fresca ladera / y el río y los jardines. / Así como vosotros, en el mitin / de nubes y de soles, / sin adornos, sin cambios, / en sobriedad eterna / —un tanto arisca—, lejos / y por encima de nuestros tejados».

«Es decir, que este fino cantor malagueño, tan hábil para captar los elementos fluidos del paisaje, mira a las montañas, mejor diré, piensa en las montañas para dictarnos una norma estética».

«La segunda composición del libro —sigue Machado— se titula "Voz madura":

«Déjame tu caña verde. / Toma mi vara de granado. / ¿No ves que el cielo está rojo / y amarillo el prado; / que las naranjas saben a rosas / y las rosas a cuerpo humano? / Déjame tu caña verde. / ¡Toma mi vara de granado!».

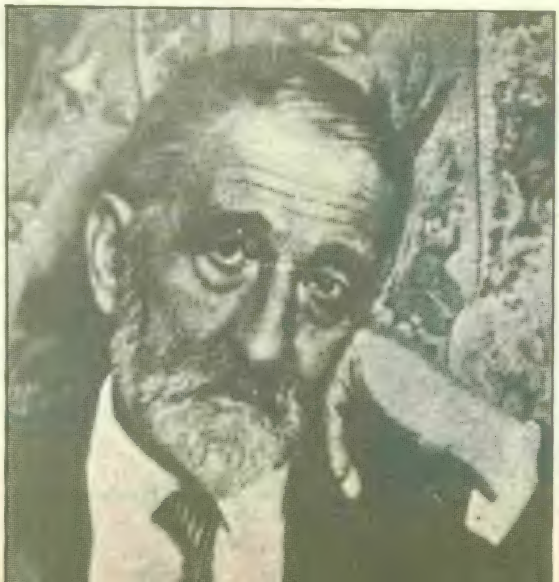
Machado califica la poesía de Moreno Villa diciendo que tiene «el valor de las imágenes líricas. ... Entre los nuevos poetas españoles —muchos son, y de mérito indudable— ocupa Moreno Villa una posición firme, que debe ser señalada».

Angel Valbuena Prat (5) dice comentando la poesía de Moreno Villa, se refiere a «Garba», que el poeta guarda relación con Juan Ramón Jiménez:

«Se queda, como la juncia, / al borde de la corriente... / ¡Sol de la tarde! Incansable / viajero que nunca vuelves...».

---

(5) Angel Valbuena Prat, **La poesía española contemporánea,** *Madrid, 1930, pág. 74.*



D. Manuel Bartolomé Cossío. (Haro 1857-Madrid 1935).

«Hay, además, un sentido de paisaje interior, un amor a la copla andaluza, característicos. "La tristeza de la moza", del citado libro, recuerda, ligeramente, algún tema de las "Baladas de Primavera" juanramoniano».

El profesor J. Fernández Montesinos halló una «dependencia íntima» entre la poesía de Pérez de Ayala y Moreno Villa. Las diferencias son abismales y no caben comentarse.

Sí tiene valor una apreciación de Eugenio D'Ors:

«**El pasajero,** de Moreno Villa: «Un acontecimiento muy importante se prepara. Puede lanzarse el vaticinio de que la poesía castellana va a conocer su Juan Maragall. Va a conocer el poeta de la pura sugestión, el de la nominación extasiada, sin conceptos tras de la nominación y aun sus imágenes».

«Pero el extasiado Moreno Villa es algo filósofo. El posee, como Antonio Machado, un guitarrista metafísico en los tercetos detonantes de las **Comedias,** ¡pero en ese vago y dulce susurro de las asonancias! La guitarra metafísica de Machado es intelectualista. Sus asonancias riman a veces el paso, ni siquiera apresurado en exceso, de una disertación. Pero el poeta nuevo canta el oscuro fluir. «El Pasajero» permanece fiel a lo pasajero. Hay aquí un peligro. Toda música es un peligro. **Lé réste est littérature...** Mañana gritaremos, vueltos a los clásicos: Viva el resto» (6).

José Moreno Villa en 1909.

«Cabeza de Don Quijote». Oleo de Moreno Villa, 1943.

Independientemente a estos estudios sobre la poesía de Moreno Villa, profundos los de Ortega y Machado, cabe agregar este elogio a «Garba» por parte de Pío Baroja, cuando se lo presentó Martínez Sierra: «¿Usted es Moreno Villa? Pues esos medallones publicados en "Garba" están muy bien».

PRESENCIA DE JOSE MORENO VILLA EN LA GUERRA DE ESPAÑA

En **La hora de la catástrofe,** como llama Moreno Villa a la guerra del 36, él se encuentra en la Residencia de Estudiantes. Con visión profética en «Puentes que no acaban» (7), escribe:

«No sería nada extraño que la Humanidad se pegase un tiro

(6) Glosa de «Xenius» (Eugenio D'Ors), enero de 1914.

(7) 1933, pág. 37.

«Retrato de Consuelo». Oleo de Moreno Villa. 1937.

delante de la Sociedad de Naciones».

En este mismo libro podemos leer (8):

«Qué modorra gris y qué desconcierto de ametralladoras en la vertiente de las circunstancias».

Mas en un artículo «Yo mataba a todos», publicado el 26 de enero de 1935, justamente nos da la idea de la tragedia que nos acecha:

«¿Cuántas veces oye uno la bárbara frase a lo largo de estos días de locura? Y proferida con saña, amartillándola con un ademán duro, contrayendo los músculos faciales y enseñando los mordientes cuernecillos de las encías.

»¿Quiénes son los que matarían y quiénes los dignos de ser sacrificados? Porque yo tengo oída la frase a buenas amas de su casa, a señorones de aparente ponderación, a oscuros transeúntes, a destacadas personas que llevan trajes profesionales, a mozos y charlatanes de café. Por eso la recojo aquí, porque la frase que flota y domina en las conversaciones es siempre aviso del tiempo y del alma del tiempo. En este caso borrascoso, tenebroso. Al parecer, todos somos dignos de muerte y todos queremos darla. Un veneno cruel nos circula por la sangre, una toxina de locura. La lleva lo mismo ese cardenal requetehispánico, hecho de nudos de chaparro, que el dubitativo diplomático. Se oye el espíritu de venganza en los cuartos de banderas, en las sacristías, en los cafés y plazas, en torno a las camillas del brasero... Y a la hora de dormir, que debiera ser hora de contrición por lo que el sueño tiene de muerte, la mujer le dice al marido: **yo los mataría a todos**».

E intercala este otro párrafo, que se comenta por sí solo:

«España está bajo el espíritu de Sade. El sueño de los surrealistas franceses lleva camino de realizarse en este país, que, por otra parte, ha sido siempre tan cariñoso y digno, sensual y generoso. Se diría que la semilla de aquellos dos ejemplares de crueldad del tiempo de la Dictadura prendió en nosotros todos, fomentado por el soplo del Dios de la venganza, del terrible Dios del Sinaí».

Don José Ortega y Gasset. (Madrid, 1883-1955).

(8) La misma obra: «Puentes que no acaban», pág. 38.

«Retrato de Federico». Oleo de Moreno Villa. 1938.

La tragedia vino, nos colmó a todos de sangre; Moreno Villa fue una víctima más de ella, ningún español viviendo en España dejó de pulsar sus vicisitudes. Nuestro poeta siguió ejerciendo su labor en el Archivo del Palacio Real, pero cuando el asedio de Madrid, las balas y los cascotes penetraban por los ventanales y tuvo que dejar de hacerlo. Casi solo en la Residencia de Estudiantes, se han marchado la mayoría de los que en ella vivían, tiene dos actos de ejemplaridad, y más sin ser político como no lo era wwafiliado a una organización política.

Se inscribió para el servicio militar cuando estaba para cumplir cuarenta y nueve años. A los pocos días recibió una carta diciendo que se tomaba nota y le llamarían si era necesario.

Escribió una serie de poemas metido en la guerra: «El hombre del momento»: «*Botas fuertes, manta recia, / fusil, pistola es el hombre. / Barba hirsuta, barba intonsa, / saliva e imprecaciones; / pisar duro, mirar fijo, / dormir vestido es el hombre...*» (9).

«Estampa de Madrid, frente de lucha»: «*Nadie habla. Todos van, / todos vamos, / a la guerra por la guerra...*» (10).

«Revelación», «El avión nocturno», «Descanso de un miliciano», «Frente»... (11). En «El avión nocturno» se le oye un latido lleno de rabia:

«Apodérate de la noche
pajarraco de mala entraña
y apodérate de los cuerpos
indefenso bajo las sábanas.
Ven y hunde, destroza y quema;
salgan cunas por las ventanas,
rueden ancianos impedidos
entre cascotes, hasta la calzada.

.....

Toda la fuerza es tuya, tiene
un pueblo dormido y sin balas.
Ensáñate, que nadie te ve;
la noche sin luna te ampara».

(9) Madrid, 21 de noviembre del 36.
(10) 22 de noviembre.
(11) 23 de noviembre.

Dibujo de Moreno Villa. 1939.

«Retrato de León Felipe». Oleo de Moreno Villa. 1940.

El 29 de noviembre salió de Madrid hacia Valencia con un grupo de intelectuales. El Quinto regimiento se preocupó de su evacuación. La expedición la comprendían el doctor don Pío del Río Ortega, Antonio Machado, los pintores López Mezquita y Gutiérrez Solana, Juan de la Encina, el doctor Márquez, el escultor Victorio Macho, Navarro Tomás, el doctor Sacristán y Moreno Villa. A estos acompañaban sus familiares.

Dibujo de Moreno Villa 1939.

En Valencia se les hospeda en un edificio con un rótulo que dice: «Casa de la Cultura». Los valencianos le llamaban «El casal dels sabuts de tota mena» (La casa de los sabios de todas clases).

Aquí trabaja con Arteta y Solana haciendo litografía en negro y colores. Arteta conocía ya la técnica y se la enseñó al pintor de la Montaña y al poeta y pintor de Málaga. «Mis primeras en color —nos dice— se basaron en motivos del frente que me contó Emilio Prado: "Los perros hambrientos sobre los milicianos muertos" y "Los efectos de una bomba, donde se veía una pierna hincada en una reja de ventana"».

Inventarió los libros traídos del Monasterio del Escorial, empaquetándolos en cajones bien forrados, ayudado por Navarro Tomás, e intervino en actos públicos de propaganda republicana, precisamente representando a la «Casa de la Cultura» en el del hundimiento del barco ruso «Consomel» por un submarino. Su discurso se basaba en figurar un telegrama imaginario puesto desde el fondo del mar por los héroes desaparecidos

—la totalidad de la tripulación—. La acogida que le dieron los asistentes al acto fue el silencio. No lo comprendieron. El mismo nos dice que el representante de los anarquistas, que intervino en el citado acto, le dijo aquella tarde: «Tú has sido el más elocuente de todos».

Un grupo de escritores jóvenes, Gil Albert, Dieste, Gaya y Barbudo, le pidieron que fuera con ellos a solicitar una revista. Era un hombre mayor y bien considerado, y pensaban que les facilitaría la autorización. De aquella visita que hizo forzada, se negaba por no tener influencias, salió luego **Hora de España.**

«Frente de Madrid». Litografía en color de Moreno Villa. 1937.

SU MARCHA A ESTADOS UNIDOS PRIMERO Y DESPUES A MEXICO

A propuesta de Navarro Tomás, que no aceptó el compromiso, fue designado delegado de propaganda cultural por América del Norte. No quería aceptar —Moreno Villa nunca quiso cargos—, pero Roces, el Subsecretario de Instrucción Pública, le convenció. El 3 de febrero de 1937 salió hacia Francia para desde allí seguir a los Estados Unidos. Iba a cumplir el 16 de este mes cincuenta años.

En Valencia escribió el romance «Madrid y sus enemigos» (12). El romance invocaba «*el libro, el lecho, el hogar, hasta el aire que transita / por los barrios de Madrid, / aire de la cumbre limpia*», y nombraba como víctimas: «*Somos nosotros y son / Velázquez, Goya y Cetina, / Lope, Calderón y el Greco, / Cervantes, Chueca y Zorrilla. / Somos todos esas casas / que el bombardeo aniquila*». Y terminaba con la real lamentación de siempre, nuestro mayor enemigo de siglos: «*... y Europa, que nos olvida, / o se acuerda de nosotros / para hundirnos en ruinas*».

Desplegó en Nueva York y Washington toda la actividad que pudo. Moreno Villa llevaba en sus venas el hombre cumplidor y ordenado, el señor que cuando acepta un cargo da todo lo que tiene, y más que tuviera. Su labor nunca la llegó a considerar como de gran utilidad para la España republicana. La burguesía norteamericana nos era hostil. Los estados imperialistas quieren pueblos vencidos donde gobernar con el dinero y barajar nombres que

El poeta y su mujer, Consuelo, en 1939.

(12) *Valencia, enero de 1937.*

José Moreno Villa en su estudio de Ciudad de México, en 1940.

se dejan sobornar. Las manchas de sus actitudes las cubren éstos con el honor y la salvación de la patria. Una bandera elevada en un mastil no es el pan ni el bienestar de un pueblo.

Nos refiere el propio Moreno Villa, en su citada obra **Vida en claro**, que ante la insistencia de Genaro Estrada, que había sido embajador de México en Madrid, y la reclamación diplomática que se hizo, pasó a este país. La carta de Estrada decía: «Sé que está usted ahí. Ese no es su sitio. Véngase a esta tierra de México, donde no le faltará de nada de lo que tenía en España; ni siquiera un árbol como aquel que se veía junto a su cuarto de la Residencia de Estudiantes».

México tiró del poeta, pintor e historiador del arte José Moreno Villa. Anticipó así el exilio de tantos y tantos españoles. Allí se casó, allí tuvo un hijo y allí murió. Cerró sus ojos de exilado. ¡Qué dolor más intensificado en un espíritu tan fino! Con razón escribió:

«No vinos acá, nos trajeron las ondas. /Confusa marejada, con sentido arcano, / impuso el derrotero a nuestros pies sumisos...».

Y más tarde, en «La noche del verbo», le oiremos quejumbroso:

«¡Qué lejos está todo lo más íntimo! / El Yo, también está como los mundos / cercado de infinito»...

Moreno Villa habla siempre dentro de su propia caracola, su habitación de soltero de muchos años, y esto no impide su historia en marcha. Sí. Toda acción exterior tuvo en él repercusión.

TABLA

José Moreno Villa nació en Málaga en 1887 y murió en México en 1955.

Escribió: «Garba» (1913); «El pasajero» (1914); «Luchas de pena y alegría» (1915); «Evoluciones» (1918); «Florilegio» (1920); «Colección» (1924); «Jacinta la pelirroja» (1929); «Tres series de Carambas», «Puentes que no acaban» (1933); «Salón sin muros» (1935); «Patrañas» (cuentos) (1924); «Pruebas de Nueva York» y «La comedia de un tímido» (teatro) (1924).

En México: «Locos, enanos, negros y niños palaciegos» (1939); «Cornucopia de México» (1940); «Doce manos mexicanas» (1942); «Vida en claro» (1944), y «La música que llevaba poesía» (1913-1947); «Argentina, 1949». Póstumamente apareció en Málaga «Voz en vuelo a su cuna» (1961). ■ **J. M. N.**

José Moreno Villa, al comenzar la guerra civil española, en 1936.

¿ES LA TIMIDEZ UNA ENFERMEDAD?

Siempre he experimentado una admiración secreta por **H. M. Borg.** El gran dominio de si mismo ante los exámenes en la Universidad y su tranquilidad innata cuando nos hallábamos en presencia de otros constituían para mi un perpetuo motivo de asombro.

Una tarde del pasado invierno me encontré con él con ocasión de una cena de antiguos alumnos y el placer de vernos de nuevo, después de un lapso de veinte años, nos situó en trance de confesión y, naturalmente, sacamos a relucir nuestras vidas. No escondí el hecho de que la mía hubiera podido ser un tanto mejor de no haber sido siempre tan tímido.

Borg me dijo: «*He pensado con frecuencia sobre esta paradoja. Las personas tímidas son, generalmente, seres superiores. Podrían realizar grandes empresas y esto no es secreto para ellos. Pero esta falta les condena irremediablemente a vegetar en puestos mediocres e indignos de su valía*».

«*Por fortuna, la timidez tiene cura. Basta con atacarla de manera adecuada. Es preciso, ante todo, juzgarla con seriedad, como si de una enfermedad física se tratase y no considerándola como producto de la imaginación*».

Borg, me informó entonces acerca de un procedimiento muy sencillo que regula la respiración, normaliza los látidos del corazón, relaja la garganta, impide el enrojecimiento del rostro y mantiene la calma incluso ante circunstancias muy embarazosas. He puesto en práctica sus consejos y pronto he tenido el placer de poder declarar que al fin me he visto libre, absolutamente, de mi timidez.

He participado este método a varios amigos y ellos han obtenido resultados sorprendentes. Mediante tal método estudiantes han aprobado sus exámenes, viajantes de comercio han multiplicado sus ventas, y hombres han sacado fuerzas de flaqueza para declararse a la mujer de sus sueños. Un abogado joven, que fallaba lamentablemente en el curso de su actuación y defensa, ha adquirido el arte de la respuesta aguda que le ha proporcionado sobresalientes éxitos.

El espacio no me permite extenderme para ofrecer aquí mayores detalles, pero si usted desea lograr tal imagen de sí mismo, tal audacia de buena ley que constituye los ingredientes hacia el éxito en la vida, solicite a **H. M. Borg**, su librito titulado **«Leyes eternas del éxito»**. El se lo remitirá gratuítamente a quienquiera que ansie dominar la timidez propia.

He aquí su dirección: **H. M. BORG**, c/o AUBANEL PUBLISHERS, 14,Highfield Road. Dublín, 6. Irlanda.

E. Soriano.

«LAS LEYES ETERNAS DEL EXITO»

Recorte o copie este vale y envielo a: **H. M. BORG c/o AUBANEL PUBLISHERS, 14 Highfield Road, Dublín 6. Irlanda,** *Usted recibirá el libro discretamente y sin obligación alguna.*

Nombre .....

Edad ..... Profesión .....

Dirección .....

..... Número .....

Ciudad ..... País ..... Zona Postal ....

Costo del franqueo-aéreo a Irlanda:

LA GESTACION DE UNA CRISIS

EL importante trabajo que nos entrega Rosario Villari en cuidada edición de Alianza Editorial (1) conlleva, implícito, una reflexión histórica sobre la presencia y actuación de la monarquía española en Nápoles para un período tan conflictivo como el que comprenden los términos cronológicos de la investigación. Ha exigido, por consiguiente, una superación de las muchas barreras que oponía una bibliografía nutrida por textos de carácter descriptivo, en unos casos, y comprometido en puntos de vista exageradamente nacionales o regionales, en otros.

Dos preocupaciones fundamentales han asistido al autor en su tarea: situar a Italia meridional en el contexto de la crisis general del siglo XVIII, y desentrañar la génesis de la insurrección ocurrida en 1647-48 atendiendo a su significación histórica profunda. El desarrollo de esas ideas obliga a proyectar el trabajo sobre la historia total del virreinato, marcando la existencia de un proceso diferenciador entre Italia meridional y la Europa moderna en expansión: «De hecho —dice Villari—, uno de los elementos característicos de la crisis del siglo XVII se cifra en la aparición de diferencias estructurales cada vez más profundas entre las distintas regiones europeas. Mientras en una parte de Europa —y también en algunas zonas de Italia— el período de dificultades coyunturales desencadena la «última fase de la transición de la economía feudal a una economía capitalista», en la Italia meridional se produce una verdadera decadencia, a lo largo de la cual los aspectos progresivos desaparecen coincidiendo precisamente con el cambio de coyuntura». En efecto, inversamente a lo que está aconteciendo en los demás países, se percibe una cierta simplificación en el cuerpo social del virreinato español en territorio italiano. La aristocracia logra una consolidación de su poder, al mismo tiempo que los grupos que habían emergido del seno del sistema feudal, diferenciándose, son desplazados a una situación de marginalidad La incidencia de este proceso como elemento de retraso con respecto al proceso modernizador del resto de Europa occidental, sólo será captada con toda su gravedad durante la época en que tiene lugar la «revolución agrícola», y se produce una aceleración del crecimiento capitalista.

Villari ha rastreado la evolución de los acontecimientos político-institucionales, el rápido aumento de la deuda pública, las repercusiones de la creciente presión fiscal, y la contribución prestada por el reino de Nápoles en circunstancias decisivas para las empresas militares de la España del período. Justamente, al considerar el sistema español en su conjunto, cabe encontrar una explicación al aumento de las cargas fiscales y al endeudamiento público que configuran factores desencadenantes de la revuelta antiespañola. La política propiciada por el Conde Duque de Olivares, emanada de los ensayos de ajustar el equilibrio interno del imperio a las urgencias del erario, exigió de las provincias contribuciones más elevadas y, por fuerza, afectó a las autonomías locales. Se trataba de un fortalecimiento del poder central que, en el caso de Nápoles, se tradujo en un manejo autoritario del poder por parte del virrey, hecho que entraba en contradicción con la política de equilibrio hasta entonces llevada por la Corona con las autoridades locales; equilibrio que se había manifestado siempre respetuoso de las autonomías regionales de tipo institucional.

Por lo demás, la justicia real se mostraba incapaz de imponer su autoridad a los señores feudales y de respaldar a los organismos municipales. Este hecho constituyó otro factor de deterioro, puesto que disminuyó la confianza popular en la administración española, que contemporizaba ante el poder cada vez más fuerte de los barones: «Incluso en el siempre delicado terreno de la administración de la Hacienda, los mismos funcionarios reales hubieron de llegar a compromisos con los señores locales en lo referente a la recaudación de impuestos y a la represión del contrabando. Y estas componendas se hicieron prácticamente inevitables cuando el estado, al pasar casi todos los ingresos al sector privado, perdió gran parte del interés que le llevaba a intervenir directamente en la administración de finanzas. La recaudación de impuestos terminó siendo, en la práctica, un negocio privado sobre el cual la administración central ejercía un control cada vez más débil y desdibujado».

El primer estremecimiento que sacudió a la sociedad fue la revuelta que tuvo lugar en 1585 y que se materializó en una turbulenta participación de la muchedumbre urbana, que se había visto afectada por una sensible disminución de los salarios. Surgió entonces una corriente popular que se transformará luego en una fuerza a tener en cuenta; no faltaron tampoco síntomas de oposición a los españoles, e incitaciones a la sublevación, alimentadas por las noticias de la revolución en Flandes. Pero aunque se produjo la intervención de la nobleza, hasta aquí su programa de acción era muy limitado: se reducía a contener el empuje de las nuevas fuerzas sociales, a quienes atribuía muchos de los males que aquejaban al reino —especulación comercial, corrupción burocrática— y sus secuelas de protesta por parte de las clases populares. Surgió, más adelante, en elemento catalizador de

(1) Rosario Villari, **La revuelta antiespañola en Nápoles. Los orígenes (1585-1647)**, *Madrid, Alianza Editorial, 1979.*

todas las fuerzas entonces en juego, capaz de proporcionar al conjunto una aportación ideológica. Este fue Tomasso Campanella, cuyo mesianismo profético vaticinaba cambios inminentes en el estado: «creando una homogeneidad provisional entre los diferentes grupos sociales». Claro está que el nuevo orden que debía surgir del cuestionamiento agresivo del régimen existente, sólo fue esbozado en definiciones utópicas, debido a carencias inherentes a la situación histórico - cultural del temprano siglo XVII. Los instrumentos de crítica y análisis necesarios para diseñarlo, sólo estarán disponibles en la centuria siguiente.

Pero cuando se producen los rebrotes de la oposición antiespañola, y con ellos la reincidencia en los temas reformistas y el agravamiento del malestar popular, la nobleza ha encontrado apoyo a sus reivindicaciones en la tradición histórica napolitana. Claro que se trata todavía de cimentar las bases de su poder, según una concepción estática de la sociedad, cara a la nobleza. Pero: «Desde este punto de vista, cualquier replanteamiento de los problemas del presente necesitaba esgrimir una justificación histórica, o por lo menos crear ''mitos históricos'' adecuados a las nuevas exigencias». Establecida en esta posición, la nobleza, hasta entonces sin demasiados objetivos para rebelarse contra los virreyes, que les habían distinguido con sus privilegios, comenzó a proyectarse como un peligro real. Sobre todo cuando creció la oposición a los hombres de negocios que supieron aprovechar la crisis económica del reino para labrar enormes fortunas —coincidiendo con las penurias del estado durante el último período de la guerra de los Treinta Años— y adquirieron prerrogativas feudales. Esto producía una transformación social a la cual la nobleza se oponía con todas sus fuerzas, cuestionando los procedimientos del gobierno español: «Toda la temática elaborada en el curso de esta polémica sirvió de base, a lo largo de casi dos siglos, para el ''juicio histórico'' formulado sobre el gobierno español en Italia, constantemente acusado de ''corrupción'' a causa, sobre todo, de la relativa facilidad con que en ciertos países coadyuvó a la ascensión social de los negociantes burgueses».

Pero en Nápoles no se produjeron, como en otras regiones del imperio, revoluciones capaces de conjuntar fuerzas en un programa unificado. La falta de tradición política con sentido nacional, el predominio de los intereses de carácter sectorial, etc., alejaron esta posibilidad. Esta situación fue, en cambio, posible, con la coyuntura económica y social. Las dos líneas de fuerza contra el poder español resurgieron en 1647: la conjura aristocrática y la revuelta popular. La primera se manifestó por su cuestionamiento al aparato estatal en lo atingente a la administración de justicia y el sistema tributario, en cuanto afectaban al proceso de «refeudalización», al tiempo que introducían cambios sociales en la nobleza. Se trataba, en fin, de un episodio en la lucha por la extensión y fortalecimiento del poder feudal. La segunda era un movimiento popular, revolucionario y antifeudal que, a la inversa de los señores, tenía motivos para teñirse de una fisonomía antiespañola, en cuanto el estado representaba, para ellos, la carga fiscal, la corrupción, y las penurias que conllevaba la crisis económica.

No llegaron, sin embargo, a funsionarse las dos líneas. Incluso, la capital será ganada por el espíritu y las ambiciones de los señores feudales. Este camino inverso —teniendo en cuenta el proceso general europeo— de conquista de una ciudad por los ideales nobiliarios se debe a que, según Villari: «De hecho, la guerra que en 1647 y 1648 asoló la Italia meridional fue, en sus rasgos esenciales, un conflicto campesino, quizá el de mayor ímpetu y más vastas proporciones conocido por la Europa occidenatal durante el siglo XVII».

Modelo de reconstrucción histórica, apoyada en un prolijo trabajo de archivo, esta investigación ofrece un valioso material de reflexión para la historia comparativa y, desde luego, es una aportación importante para los estudiosos del siglo XVII. ■

NELSON MARTINEZ DIAZ

LA ESPAÑA DE FERNANDO VII

Se acaba de realizar una segunda edición de un importante texto del profesor Miguel Artola (1), **«La España de Fernando VII»,** cuya edición de 1969 se agotó rápidamente. La actual llega a nuestras manos con importantes aportes científicos y con la puesta al día en conceptos que en la edición primera todavía no habían sido investigados con la profundidad que merecían.

Efectivamente, la narración y el estudio actual que nos ofrece el profesor Artola de la época fernandina y la crisis del Antiguo Régimen, sólo es comparable a los trabajos y aportaciones que está realizando actualmente el profesor Fontana.

La crisis abierta en 1808 —motín de Aranjuez y abdicación de Carlos IV— desemboca en las Cortes de 1808, que abre el primer ciclo revolucionario. Las Cortes reunidas en Cádiz inician el desmontaje del Antiguo Régimen y legislan una serie de medidas que dan como resultado la Constitución de 1812.

El verdadero y único protagonista de este primer ciclo no fue otro que el Pueblo. La Corona, pieza fundamenatal del aparato del Antiguo Régimen, había claudicado en Bayona ante el emperador francés; y fallando la Corona, se vino abajo todo el edificio de la monarquía absoluta: cedieron las autoridades centrales, provinciales y locales, las Capitanías generales, la Audiencia, el Consejo Real..., todo se hundió. El vacío de poder fue recogido por el Pueblo, las masas, y se articuló una nueva organización, distinta a la absolutista, apareciendo las Juntas Provinciales, que se convirtieron en el único poder político y militar.

Ese poder popular designó, para el gobierno de sus organizaciones, a elementos extraños a su clase. La soberanía que había recogido tras el abandonismo de la Dinastía, la entregó a los miembros de la nobleza provincial y local. Así lo vio, por ejemplo, Carlos Marx: «Las Juntas fueron elegidas por sufragio universal, pero el gran celo de las clases bajas se manifestó por la obediencia. Eligieron generalmente a sus superiores naturales, elementos de la nobleza provincial y de la pequeña nobleza, respaldados por el clero, y poquísimas personalidades de las clases medias». ¿Qué quería significar con esto Carlos Marx? ¿Acaso que con ello se desvirtuaban las posibilidades reales de una auténtica revolución?

Artola, en su introducción a las «Memorias del tiempo de Fernando VII», publicadas en la B.A.E., contestó al texto de Marx: «Lo que no vio (Marx) es que precisamente esa nobleza provincial y esos elementos de la burguesía, lejos de ser, según sus

*(1) **«La España de Fernando VII».** En «Historia de España», de R. Menéndez Pidal, vol. XXXII. Prólogo de Carles Seco Serrano. Editorial Espasa-Calpe. Madrid, 1979. 999 págs.*

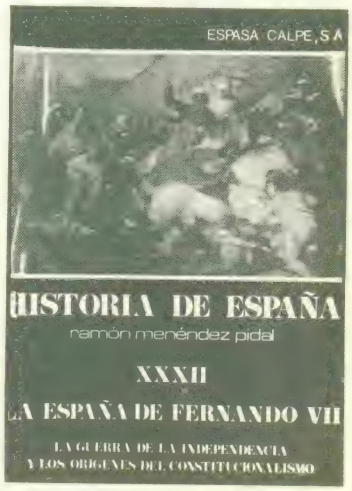
palabras, **otros tantos diques opuestos a la avalancha revolucionaria,** iban a ser en gran parte los fautores de la revolución ulterior, que no sólo no fue llevada a cabo por el pueblo, sino, en cierto modo, contra los deseos del pueblo».

Artola tiene razón... en parte. No iba a ser la nobleza, grande o pequeña, madrileña o periférica, central o local, el motor de la incipiente revolución. El Pueblo, en aquellos momentos, confió en una nueva clase en ascenso continuo: la burguesía, un estamento con su propia ideología, que intentaba derribar mediante métodos radicales los obstáculos que impedían realizar el reformismo iniciado por los ilustrados que favorecían el desarrollo de los intereses económico-sociales.

Pero la falla producida en el Antiguo Régimen por la invasión napoleónica y la pasividad y el abandono de las autoridades locales y provinciales ante el moderno ejército francés, propició la entrada en la escena española de una serie de corrientes que habían sido despreciadas y arrinconadas por los «godoyistas». La inteligencia del país se hallaba dividida: por un lado, los que todavía creían en el retorno puro y simple de las instituciones del Antiguo Régimen, sin cambios ni retoques, por superficiales que fueran; en segundo lugar, los llamados afrancesados, que veían en Francia el modelo a aplicar en España; en tercer lugar, los que aceptando el imposible retorno del despotismo ilustrado veían en la tradición monárquica española soluciones aceptables; y, por último, los que creían en un modelo de corte reformista que propiciara la revolución industrial indispensable para el desarrollo de sus intereses, mediante la redacción de una constitución burguesa.

Las juntas provinciales, tomadas por este último sector, propiciaron la coordinación de todas ellas a nivel estatal mediante la formación de una Junta Central, investida con poderes políticos y militares, para realizar la convocatoria de Cortes y redacción de un texto constitucional.

La guerra contra los invasores franceses transcurría de una forma anárquica y sin dirección posible. Las victorias españolas se debían o bien a la ayuda del ejército expedicionario inglés de Wellington o bien a las prudentes retiradas de las fuerzas napoleónicas. Mientras tanto, el deseado Fernando daba muestras en Valençay de la más repugnante de las conductas mientras los españoles se batían a muerte en los campos de batalla, Fernando VII felicitaba a Napoleón por sus victorias en el suelo patrio. Incluso, de una forma voluntaria y espontánea, pidió al emperador ser aceptado como hijo adoptivo. Esto último era solicitado en los mismos días en que los ejércitos franceses estaban culminando la ocupación de Andalucía y un puñado de españoles acorralados en Cádiz estaban organizando la apertura de las Cortes y se disponían a derramar hasta la última gota de sangre por el retorno del que creían su leal y valiente rey. El cinismo, la doblez y la cobardía del «rey deseado» todavía daría en el futuro innumerables muestras de su peculiar agradecimiento al pueblo español con las



más abyectas y traicioneras de las conductas.

A pesar de la labor obstruccionista de los sectores absolutistas, que consiguieron la anulación de la Junta Central y la formación de una regencia colegiada más acorde con sus interesados planes, que no eran otros que la de poner diques a la obra reformista de la burguesía, las nuevas Cortes fueron convocadas en 1810 y dos años más tarde alumbrarían un texto constitucional. La experiencia gaditana puso de manifiesto las divisiones internas en dos amplios sectores: los liberales y los serviles. La discusión sobre la abolición de la Inquisición abrió una brecha insalvable entre ambos bandos. El triunfo sonrió a los primeros: la Constitución de 1812 decreta la desamortización de los bienes eclesiásticos, suprime el Tribunal del Santo Oficio, proclama la libertad de imprenta, la soberanía nacional de las jurisdicciones de señorío, cámara elegida por dos años mediante sufragio indirecto y con obligación de votar los presupuestos, rey constitucional limitando sus poderes absolutos y reorganización uniforme de los municipios y provincias. Es el triunfo del ideal burgués.

La legislación, pues, de las Cortes de Cádiz tuvo dos objetivos fundamentales: transformar la sociedad y construir un nuevo régimen acorde con el ideal del liberalismo. La nueva sociedad se basará en los principios teóricos individualistas de libertad, igualdad y propiedad. Por otro lado, se disuelve la organización social por estamentos y se aboga por la clasista.

Hemos hecho mención extensa de este primer período de la época fernandina, porque los hechos acaecidos en sus inicios van a marcar todo el reinado de Fernando VII hasta su muerte en 1833, que desembocará inmediatamente en la primera guerra carlista. El análisis realizado por Artola, hoy por hoy, es una de las mejores aportaciones científicas para el conocimiento de esta época fundamental de nuestra historia. ■ **JOSEP CARLES CLEMENTE**

REBELDES A LA REPUBLICA

SEGÚN palabras del autor, este libro (1) nació motivado por la lectura de la Historia de Livio que refiere algunas manifestaciones de rebeldía de los jóvenes. Estas estaban suscitadas por causas religiosas o políticas, pero sus actores mostraban ingenuidad, esperanza y apasionamiento. Esa juventud sin nombre pagó con la vida su deseo de cambio.

El inconformismo de los jóvenes es una constante histórica. En la actualidad, esta problemática está empezando a ser considerada con seriedad. Las generaciones de los mayores ven con cierto temor que sus hijos se les escapen o vayan más allá de lo que ellos comprenden.

A veces la rebeldía no muestra razones coherentes y no puede ser ex-

(1) Murga, José Luis: **Rebeldes a la República,** Edit. Ariel, Barcelona, 1979.

plicada con exactitud; esto facilita los argumentos de los adultos contra la juventud contestataria. Sin embargo, que los jóvenes no hallen las causas o no sepan expresarlas, no quiere decir que no las tengan y que no exista la obligación de encontrarlas y analizarlas. Hay períodos de crisis, como el presente, en que pasa a ser una manifestación mundial desgarrante. «Cuando el contorno social haya adquirido un determinado clima de dolor, de hastío y de tristeza, sólo entonces esa juventud marginada y defraudada presentará síntomas alarmantes, intensos y universales» (pág. 11).

Las manifestaciones son a veces pacíficas, poéticas o filosóficas, con jóvenes amantes de la libertad y contrarios a la guerra. Otras veces, asumen roles violentos, agresivos, muestran su desprecio por una cultura que los oprime. Paz y lucha son los dos polos de esta coordenada dolorosa, conmovedora. Que la juventud proteste, se margine, se destruya es un síntoma de mal funcionamiento de la sociedad.

Los pacifistas muestran connotaciones nihilistas; parecen cansados, distantes; ajenos a los ideales de sus mayores. Tienden a ensoñaciones místico-religiosas con ceremonias rituales o predican la vuelta a ultranza a la naturaleza.

Salvando las diferencias, estos movimientos se sucedieron en la antigüedad clásica. Las similitudes no sólo se observan en la sincronía, sino también en la diacronía. Aunque no se hayan conservado documentos suficientemente explícitos, una lectura atenta permite inferir la existencia de contestación juvenil en la antigüedad. En Grecia y Roma se canalizó por la vía religiosa que era la más apta; pero no por la religión oficial dogmática y empequeñecida por celos nacionalistas, sino a través de una intuición de amor universal y libertad general. Por eso: «...en este clima de desarraigo y de desesperanza, nacieron las antiguas ideologías religiosas misteriosóficas superando las viejas instituciones inherentes a su tiempo, preñadas de injusticia y crueldad. Era, por tanto, lógico que... la nueva religión... conservase siempre cierto sabor proletario e incluso muchas veces barbarizante» (pág. 19). Su atractivo radicaba en la explosión vitalista y humanitaria, y aun en su sabor antihelénico y antirromano.

La reacción será muchas veces sangrienta. Cada vez que la paz (aunque esta apeste a muerto) sea amenazada por elementos antes sumisos, se producirá una dura represión por parte de la minoría privilegiada que detenta el poder. En el mejor de los casos, la represión será una estudiada política de «recuperación» y los viejos enemigos se convertirán en jefes del nuevo movimiento, de la nueva religión, olvidando que hace poco pretendían exterminarla. «Los que detentan el poder político pueden, llegado el momento, neutralizar la fuerza y el vigor de las nuevas visiones cosmogónicas, convirtiéndolas en una organización semifolklórica, robándole así, de un solo golpe, toda su virtualidad, todo su arrastre y todo su genio vital, joven y fuerte» (pág. 44).

Dionisos, Orfeo, Prometeo son los dioses de los jóvenes rebeldes de la antigüedad; arquetipos vitales, gozadores y dadores de sus dones tanto a ricos como a pobres, a nativos como a extranjeros, constituirán el símbolo del descontento. Una y mil veces, los tiranos decretarán la cárcel y la muerte a sus seguidores.

A estas minorías distintas, incomprendidas, disconformes se las tilda de viciosas, corruptas, afeminadas. Como una constante, aparece el exotismo, la danza orgiástica, la liberalidad sexual o incluso la ingestión de drogas. Pero lo cierto es que las voces que se escuchan son siempre las oficiales. Los jóvenes tolemaicos, los romanos o los griegos no pudieron defenderse, hasta nosotros sólo llega su silencio. Es como si parte de la juventud debiera morir, como Dionisos, para que la vida del resto fuera más alegre y más esperanzada. En los reinos helenísticos, por ejemplo, se conjuga el miedo al más allá con el incierto futuro político, de ahí el contraste entre hedonistas que sólo buscan el placer y filósofos ascetas. La sociedad vive erotizada hasta lo perverso y los gobiernos militarizados por el temor a la subversión. En este caldo de cultivo no es de extrañar que los jóvenes muestren su descontento. Jóvenes nobles como Aristónico, hijo del rey Atalo II de Pérgamo, se ponen al frente de míseros esclavos e incluso llegan a fundar la ciudad de los pobres. Tampoco faltaron intelectuales que prestaron su apoyo a los rebeldes; para estos pensadores empezaba a ser inteligible la idea de un solo dios, padre por igual de todos los hombres.

Entre las riquezas de las ciudades griegas surgen los filósofos de la inquietud y el escepticismo; vestidos miserablemente predican la pobreza. Por mimetismo, los discípulos ostentan un «desaliño-protesta» como manifestación contestataria. Lamentablemente, casi nada sabemos de ellos, cuando este conocimiento sería interesante por su semejanza con ciertas actitudes de la juventud actual. Los filósofos cínicos tienen un gran sentido de rebeldía frente a las viejas instituciones, hablan de la igualdad de los hombres y se declaran, como Diógenes, ciudadanos del mundo.

También en Roma, en las épocas de crisis, aparecieron jóvenes «subversivos». En este caso, nuevamente, sólo podemos escuchar a los acusadores, sea el senado, el cónsul o la élite inmovilista enclavada en el poder. En el siglo II a. C., la mujer romana empieza a existir como persona, asiste al teatro, pasea por las calles, frecuenta fiestas, interviene en la vida social. La disgregación de la familia tradicional, el abandono de las viejas costumbres, provocan en Catón enérgicas protestas. En este ambiente de lujo, de mezcla de gentes de todos los países y de ciudades crecidas con desmesura, con violentas sacudidas económicas, fuerte inmovilismo de la nobleza y desconcierto político, surgen los disconformes deseosos de una apertura más justa. «Por todo ello, quizás los jóvenes romanos y más aún los más cultivados debieron llegar bien pronto a la toma de conciencia, tal vez no del todo reflexiva, de la necesidad de una generosa apertura de Roma frente al exagerado nacionalismo quiritano. Frente a ellos, la postura rigurosa del patriciado, acaparando

todos los cargos públicos y la casi totalidad de las magistraturas, debió parecer como un reducto de estrechas miras...» (pág. 81).

No fueron los jóvenes, sino las nuevas corrientes culturales, la deshumanización de las ciudades y los problemas de posguerra, los que quebraron la paz romana. El desequilibrio social era ineludible en una sociedad de nuevos ricos desaprensivos, con latifundistas acaparadores y un gran ejército en permanente pie de guerra. En el 217 veinticinco esclavos fueron crucificados por sospecha de conjura. En el 198 hubo otro levantamiento de siervos rurales. Dos años más tarde nuevamente los campos se llenan de rebeldes. Luego la famosa sedición de siervos agrícolas de la Apulia, entre los años 185-186. Los condenados fueron 7.000. Estas revueltas parecen relacionarse con la agitación urbana de las bacantes del año 186; pero en este caso la protesta no era sólo de la clase inferior, sino un movimiento juvenil y femenino con una extraña evocación religiosa, entre frenética y espiritual, contradictoriamente pacífica y violenta. Tal vez estas manifestaciones no tengan relación entre sí, pero lo evidente es que muestran un descontento de sectores marginados. El joven y la mujer, al ser excluidos, se sentían más cerca de los siervos que de la clase dominante. «Con sorpresa y quién sabe si no con cierto temor, el joven que está empezando a ser "rebelde" comprobará que se va haciendo enemigo de los suyos... (pág. 90). Los jóvenes seguirán a Baco, dios de la vida, de la alegría, de la naturaleza, de la espontaneidad; desprejuiciado y liberal.

El castigo fue atroz. Todos los sospechosos fueron perseguidos, y como dice el propio Tito Livio, fueron más los muertos que los presos. La masacre fue rápida e indiscriminada. Pero el poder de esta ideología persistió por su sentido de fraternidad comunitaria y su prédica entre política y religiosa, con connotaciones bárbaras y músicas estridentes. Cuando el camino de la represión se visualizó como inútil, se recurrió a la corrupción recuperadora, y así se transformó la temida postura rebelde en secta manejada por el sistema.

En la actualidad, los jóvenes también se sienten rebeldes, atraídos por los grupos marginados y ellos mismos discriminados. El ansia de justicia, la identificación con los desposeídos, los enfrenta a sus mayores, a los que acusan de egoístas, intolerantes, hipócritas y amargados.

Por fin, si bien el título del libro se presta a posibles confusiones, el estudio es claro y apasionado. El tema de la juventud grecorromana y su proyección en la antigüedad permite seguir el camino dialéctico entre los individuos y la sociedad, los rebeldes y el Estado, los pobres y los poderosos. ■ **MARIA VICTORIA REYZABAL.**

OTROS LIBROS RECIBIDOS

FATIMA, LA ESCLAVA. Leopondo Azancot. ARGOS-VERGARA, 1.ª Edición, diciembre de 1979, 236 páginas.

HISTORIA Y SOCIOLOGIA DE LA CIENCIA EN ESPAÑA. Pedro González Blasco, José Jiménez, José M.ª López Piñero. ALIANZA UNIVERSIDAD, 1.ª Edición, 1979, 196 páginas.

EL VICIO INGLES. Ian Gibson. PLANETA, 1.ª Edición, febrero 1980, 334 páginas.

NADA Y ASI SEA. Oriana Fallaci. NOGUER, Sexta Edición, 1979, 324 páginas.

EL ARCO IRIS. Pearl S. Buck. CARALT. BIBLIOTECA UNIVERSAL. 1.ª Edición, noviembre 1979, 238 paginas.

PRADO FLORIDO. John Galsworthy. CARALT. BIBLIOTECA UNIVERSAL. 1.ª Edición, noviembre 1979, 286 páginas.

OPERACION GUERNIKA. Faustino González-Aller. ARGOS VERGARA. 1.ª Edición, diciembre 1979, 236 páginas.

LA INQUISICON ESPAÑOLA. Henry Kamen. CRITICA (GRIJALBO), Barcelona, 1979, 324 páginas.

PIO II, ASI FUI PAPA. Adaptación y Traducción de Antonio Castro Zafra. ARGOS-VERGARA. 1.ª Edición, febrero 1980, 348 páginas.

HEREJIA Y SOCIEDAD EN EL SIGLO XVI. LA INQUISICION EN VALENCIA, 1530-1609. Ricardo García Cárcel. EDICIONES PENINSULA, SERIE UNIVERSITARIA. 1.ª Edición, enero 1980, 350 páginas.

EL MOTIN DEL «CAINE». Herman Wouk. GRIJALBO. 1.ª Edición, 1979, 676 páginas.

HISTORIA Y CRITICA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA. Francisco Rico (6). MODERNISMO Y 98. José-Carlos Mainer. EDITORIAL CRITICA, Barcelona, 1980, 494 páginas.

EL ASCENSO DEL HOMBRE. Jacob Bronowski. FONDO EDUCATIVO INTERAMERICANO, S.A., 1979, 448 páginas, 219 ilustraciones.

SOBRE LA DESIGUALDAD ECONOMICA. Amartya Sen. Editorial CRITICA (GRIJALBO), Barcelona, 1979, 146 páginas.

TORMENTAS DE GUERRA (1 y 2). Herman Wouk. GRIJALBO. Barcelona, 1979, 984 páginas.

NUEVA GACETA RENANA (II). MARX-ENGELS. OME 10/Obras de Marx y Engels, 1848. CRITICA (GRIJALBO), Barcelona, 1979, 424 páginas.

LOS SUEÑOS VANOS, LOS ANGELES CURIOSOS. Camilo José Cela. ARGOS-VERGARA, 1.ª Edición, Barcelona, 1979, 282 páginas.

LA GUIA DE GOYA EN MADRID. Xavier de Salas. EDICIONES ORGAZ, 158 ilustraciones, 1152 páginas, 1.ª Edición, Madrid, 1979.

MURILLO. Diego Angulo Iñiguez. EDICIONES ALFAGUARA, S.A. (III Tomos), 708 ilustraciones, Madrid, 1979.

LITERATURA Y REVOLUCION. Víctor Serge. BIBLIOTECA JUCAR DE POLITICA, 1.ª Edición, 96 páginas, junio de 1978.

LA ESCUELA DE YASNAIA POLIANA. LEON TOLSTOI. BIBLIOTECA JUCAR DE PEDAGOGIA, 1.ª Edición, 128 páginas, junio de 1978.

LA REVOLUCION DESFIGURADA. LEON TROTSKI. BIBLIOTECA JUCAR DE POLITICA, 1.ª Edición, marzo de 1979, 190 páginas.

ALFONSO XIII, LA II REPUBLICA, FRANCISCO FRANCO. Diego Abad de Santillán. CRONICA GENERAL DE ESPAÑA. EDICIONES JUCAR, 1.ª Edición, septiembre de 1979, 496 páginas.

LA GUERRA CIVIL EN ESPAÑA, Frank Jellinek. CRONICA GENERAL DE ESPAÑA. EDICIONES JUCAR, 1.ª Edición, enero de 1978, 504 páginas.

DOCUMENTOS SECRETOS SOBRE ESPAÑA. CRONICA GENERAL DE ESPAÑA. EDICIONES JUCAR. 1.ª Edición, diciembre de 1978, 152 páginas.

SOLO HASTA EL 31 DE MAYO

Oferta especial a nuestros lectores

TIEMPO DE HISTORIA ha aumentado a 125,— Ptas. el precio de venta. Lógicamente la tarifa de suscripción se ha modificado, pasando a ser de 1.225,— Ptas. para España y 1.625,— Ptas. para el extranjero.

En atención especial a los lectores de TIEMPO DE HISTORIA, y de forma excepcional, se seguirán aplicando las antiguas tarifas (975,— Ptas. y 1.300,— Ptas., respectivamente) a todas las peticiones de suscripción que se reciban antes del 31 de mayo de 1980. De esta forma, además de recibir cómodamente TIEMPO DE HISTORIA en su domicilio, le resultará cada número a 81,— Ptas., ahorrándose 44,— Ptas. por cada ejemplar.

Para aprovechar esta oferta bastará que nos remita el boletín de suscripción que aparece en esta misma página.

BOLETIN DE SUSCRIPCION RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A:

TIEMPO de HISTORIA: CONDE DEL VALLE DE SUCHIL, 20. TEL. 447 27 00. MADRID-15

(Agradeceremos escriban con letras mayúsculas)

Nombre .....

Apellidos .....

Edad .....Profesión .....

Domicilio .....

.....Teléfono .....

Población .....D. Postal .....

Provincia .....País .....

Suscríbame a TIEMPO DE HISTORIA durante UN AÑO (12 meses) a partir del número del próximo mes de .....

Señalo con una cruz ☒ la forma de pago que deseo.

☐ Adjunto talón bancario nominativo a favor de TIEMPO DE HISTORIA

☐ Recibo domiciliado en Banco o Caja de Ahorros (sito en España). (Rellenar el boletin anexo.)

☐ He enviado giro postal n.º .....
a «TIEMPO DE HISTORIA, c/c postal n.º 74.174
Estafeta Oficial - Madrid».

Todas las altas de suscripciones y cambios de domicilio recibidos antes del día 18 de cada mes, surtirán efecto a partir del número del mes siguiente. Las que se reciban después de dicha fecha tendrán que esperar al segundo mes, ya que así lo exige la frecuencia programada para la utilización de nuestros archivos mecanizados.

Sr. director BANCO / Caja de Ahorros (táchese lo que no interese)

.....

Domicilio de la Agencia .....

.....Población .....

Titular de la cuenta .....

.....

Número de la cuenta .....

Sírvase tomar nota de atender hasta nuevo aviso, con cargo a mi cuenta, los recibos que a mi nombre le sean presentados para su cobro por la empresa editora de la revista TIEMPO DE HISTORIA.

Fecha .....

Atentamente
(firma)

Enviennos también este boletín a TIEMPO DE HISTORIA. Nosotros nos ocuparemos de hacerlo llegar a su Banco.

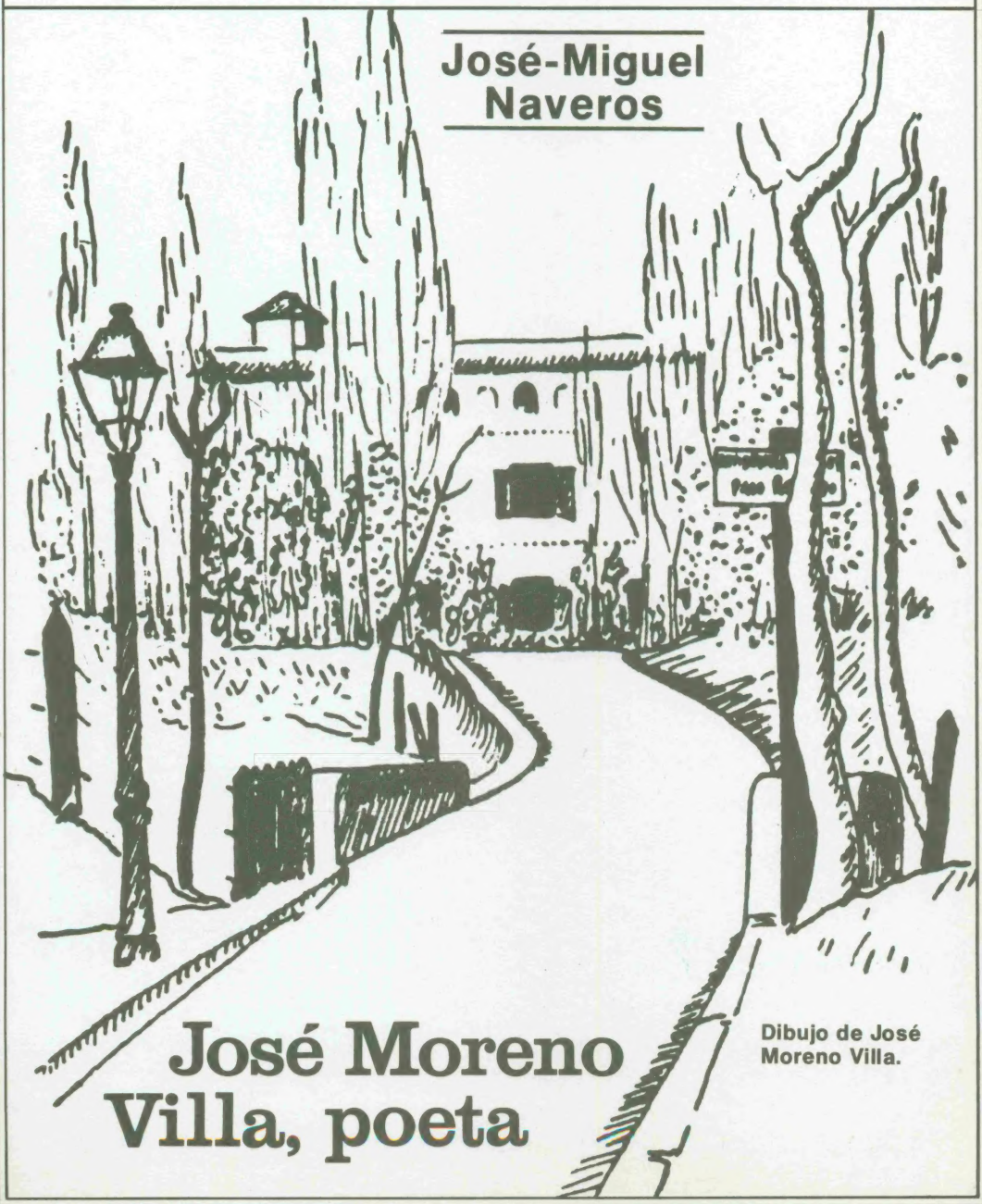
TARIFAS DE SUSCRIPCION

	Correo ordinario	Correo certificado	Correo aéreo
ESPAÑA	975	1.075	1.005
EUROPA, ARGELIA, MARRUECOS, TUNEZ	1.300	1.545	1.540
AMERICA Y AFRICA	1.300	1.545	1.925
ASIA Y OCEANIA	1.300	1.545	2.215

Para cualquier comunicación que precise establecer con nosotros, le agradeceremos adjunte a su carta la etiqueta de envío que acompañaba al último ejemplar de la revista que haya recibido.

EN ESTE NUMERO DE

TIEMPO DE HISTORIA



José-Miguel Naveros

José Moreno Villa, poeta

Dibujo de José Moreno Villa.

EN ESTE NUMERO DE

Pedro Vaquero

Caro Baroja y el pueblo saharaui

Población saharaui durante la celebración del Primer Aniversario de la proclamación de la REPUBLICA ARABE SAHARAUI *(27 de febrero de 1978).*